Leo Perutz

El Judas de Leonardo

DESTINO

violet dreams box

El Judas de Leonardo

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

El Judas de Leonardo

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

Leo Perutz

El Judas de Leonardo

1

En marzo de 1498, en un día que trajo a la llanura lombarda aguaceros interrumpidos por ráfagas de viento y nevadas tardías, el prior del convento dominico de Santa Maria delle Grazie se dirigía al castillo de Milán para presentar sus respetos al duque Ludovico Maria Sforza, a quien llamaban el Moro, y obtener el apoyo del duque en un asunto que, desde hacía tiempo le causaba constante preocupación y contrariedad.

El duque de Milán ya no era en aquellos días el soldado y estadista de pensamiento audaz y decisiones rápidas que en el pasado había logrado mantener tantas veces alejada la guerra de su ducado y que, fomentando los desórdenes en todos los países vecinos, distraía las fuerzas enemigas y aumentaba su propio poder. Su buena estrella y su prestigio estaban declinando y, en cuanto a la buena estrella, el propio duque solía decir que una onza de suerte vale a veces más que diez libras bien pesadas de sabiduría. Habían pasado los tiempos en que llamaba al papa Alejandro VI su capellán, al rey de Francia su correo diligente, a la Serenísima -la República de Venecia- su bestia de carga y al emperador romano su mejor condotiero. Aquel rey de Francia, Carlos VIII, había muerto y su sucesor, Luis XII, aspiraba, como nieto de un Visconti, al ducado de Milán. Maximiliano, el emperador romano, estaba enredado en tantos conflictos que él mismo necesitaba ayuda y, en cuanto a la Serenísima, había demostrado ser un vecino tan díscolo que el Moro le había advertido que le mandaría a pescar mar adentro y no le dejaría ni un palmo de tierra firme donde sembrar grano si se le ocurría unirse a la liga de sus adversarios. Pues aún poseía algunas toneladas de oro para hacer la guerra en caso de necesidad.

El Moro recibió al prior del convento de Maria delle Grazie en su viejo castillo, en la sala de los Dioses y Gigantes, que debía su nombre a los frescos que cubrían dos de sus paredes, mientras que la tercera, con sus colores muy desvaídos y parcialmente descascarillados, sólo mostraba

atisbos de una *Visión de Ezequiel* de la época de los Visconti. Aquí solía tratar el duque en las horas de la mañana parte de los asuntos de Estado. Raramente se le encontraba solo en esa tarea, pues a todas las horas del día necesitaba tener rostros familiares cerca de él o al alcance de su voz. La soledad, aunque sólo durase unos minutos, le inquietaba y agobiaba; se sentía entonces como si ya hubiese sido abandonado por todos, y un presentimiento sombrío hacía que el más amplio recinto se le estrechase hasta convertirse en un calabozo.

Aquel día, pues, y a esa hora, se encontraba con el duque el consejero de Estado Simone di Treio que le acababa de exponer cómo se debía recibir al gran senescal del reino de Nápoles que era esperado en la corte. Además estaba presente tomando notas, un secretario de la cancillería ducal. En el vano de una ventana se hallaban el tesorero Landriano y el capitán del ejército Da Corte, de quien ya entonces se decía que prefería las coronas de oro francesas a cualquier otra moneda, y ambos señores contemplaban con gesto de entendidos dos caballos, un gran beréber y un siciliano, que unos mozos de caballería hacían ir y venir por el viejo patio mientras el caballerizo del duque discutía el precio con su dueño, un tratante de caballos alemán que movía la cabeza todo el tiempo con gesto negativo. Al fondo de la sala, no lejos del fuego de la chimenea, a los pies de un mural que representaba a un gigante descomunal que hinchaba los carrillos de manera aterradora, estaba sentada la dama Lucrezia Crivelli que era considerada la amante del duque. La dama se hallaba en compañía de dos caballeros: el poeta cortesano Bellincioli, un hombre flaco cuyo rostro tenía la expresión melancólica de un mono tísico y el tañedor de lira Migliorotti, llamado El Hinojo en la Corte. Pues del mismo modo que los dulces y las golosinas elaborados con hinojo sólo se sirven al final del almuerzo, cuando todos ya están ahitos, el tañedor de lira sólo era llamado por el duque cuando éste estaba harto de cualquier otro entretenimiento. Este Hinojo era un hombre parco en palabras, y si alguna vez decía algo, resultaba torpe y vulgar, además tenía una voz áspera y por ello prefería guardar silencio. Sin embargo, sabía expresar

de manera muy hábil y comprensible todos sus pensamientos y opiniones por medio de las notas de su lira. Y ahora, en el preciso instante en que el Moro daba con palabras amables la bienvenida al prior y le acompañaba acto seguido a un sillón, el Hinojo entonó de manera solemne y ampulosa, haciendo que sonase como un canto coral, una copla milanesa que comenzaba con estas palabras:

Ladrones merodean en la noche.

¡Ten cuidado de tu bolsa!

Pues todos sabían en la corte que el prior había adquirido la costumbre de solicitar la munificencia del duque siempre que se le presentaba la ocasión, y generalmente iniciaba sus peticiones quejándose de que, debido a la adversidad del clima, las viñas de las dos propiedades del convento no habían brotado, una circunstancia que le había puesto o terminaría por poner en el más grave apuro.

La amante del duque, que se había levantado de su asiento junto al fuego de la chimenea y caminaba hacia donde estaba el prior, volvió la cabeza hacia el Hinojo y le dirigió una mirada de reprobación. Ella había recibido una educación religiosa y, aunque ya no veía en cada sacerdote o en cada monje a un representante de Dios en la tierra, le parecía que el dinero que iba a parar a la Iglesia era un dinero bien empleado del que cabía esperar el mayor provecho.

Mientras tanto, el prior se había dejado caer en el sillón con un leve gemido. Al preguntarle el duque por su salud, se lamentó de que en las últimas semanas había perdido el apetito y puso a Dios por testigo de que en dos días no había podido ingerir más que un trozo de pan y media ala de perdiz. De seguir así -añadió-, terminaría completamente depauperado.

Para sorpresa general, resultó que esa vez no había venido a pedir una ayuda en forma de dinero, pues sin mencionar en ningún momento las viñas, que probablemente tampoco habían brotado ese año, abordó directamente el asunto al que culpaba de su mal estado de salud.

–Se trata de ese Cristo con sus apóstoles – dijo abanicándose- es decir, si es realmente un Cristo, pues todavía no se distingue nada salvo unas piernas y unos brazos pertenecientes a no sé qué apóstol. Estoy harto. Ese hombre se pasa de la raya. No aparece durante meses, y cuando por fin viene, permanece medio día delante del cuadro sin tocar un solo pincel. Creedme, ha empezado esa pintura nada más que para matarme a disgustos.

El Hinojo había acompañado todo este discurso con una nueva melodía, una copla satírica que solían cantar las gentes sencillas de Milán cuando no querían seguir escuchando un sermón malo, largo y aburrido, y esa canción decía:

¡Vamonos a casa! ¡Bendito sea Dios!

Lo que él dice es una monserga.

–Habéis llegado, reverendo padre -se oyó decir ahora al duque-, a una fragua donde me encuentro constantemente entre el yunque y el martillo, pues raro es el día en que no me sea presentada alguna queja contra ese hombre por quien siento, como todo el mundo sabe, el mismo afecto que hacia un hermano, y al que nunca dejaré de querer. Al parecer, se ha instalado una calma en gran parte de sus artes y desde que dirige su atención, no sé si por terquedad o por verdadera pasión, a los experimentos y las matemáticas, no se puede obtener de él ni siquiera una pequeña Virgen; eso, dice él, es una tarea que corresponde a Salai, el discípulo que molía sus colores hasta el año pasado.

–Creo -objetó el poeta Bellincioli- que precisamente ahora se ocupa más que nunca de los problemas de la pintura. Ayer mismo me hablaba con ese énfasis suyo de los diez temas principales que debía administrar el ojo del pintor, y me los enumeró: sombra y luz, contorno y color, figura y fondo, distancia y proximidad, movimiento y descanso. Y, con el gesto más grave, añadió que la pintura debía colocarse por encima del arte de los médicos, pues lograba resucitar a los que están muertos desde hace tiempo y disputar a la muerte a los que todavía viven. Así no habla quien desespera de su arte.

–Se ha convertido en un soñador y un cuentista -dijo el capitán del ejército Da Corte apartando por un instante su atención de los dos caballos que estaban abajo, en el patio-. Me parece que no llegaré a ver en otro lugar que sobre el papel sus puentes portátiles para ríos de orilla; altas y bajas. Acomete los proyectos más extraordinarios no concluye nada.

–Lo que vos, excelentísimo señor, habéis tenido a bien llamar una calma -se dirigió el tesorero Landriano al duque- nace quizás del temor que tiene a cometer errores. Y ese temor crece en él de año en año, a medida que aumenta su saber y madura su maestría. Debería olvidar un poco de su arte y de su saber para realizar otra vez obras hermosas.

–Puede ser -admitió el prior con gesto aburrido-. Pero él debería recordar, ante todo, que un refectorio está pensado para sentarse allí a comer, no para expiar pecados. No soporto más la visión del andamio y del puente delante de esa pared pintada de cualquier manera, y menos aún el olor del mortero, del aceite de linaza, de la laca y de las pinturas, que percibo constantemente. Y cuando quema seis veces al día madera húmeda hasta que el humo espeso nos irrita los ojos, sólo para averiguar, como dice él, de qué color ese humo, visto desde cierta distancia, se muestra al ojo… que alguien me diga lo que tiene que ver eso con la Cena.

–Hemos escuchado -opinó el duque- tres o cuatro versiones sobre la interrupción del trabajo de messere Leonardo y ahora es justo que dejemos que él mismo tome la palabra sobre este asunto suyo. Él está en mi casa. Pero os aconsejo, reverendo padre, que le habléis con tiento, pues no es de los que se dejan obligar.

Y dio orden al secretario de hacer venir al maestro Leonardo.

El secretario encontró al pintor en un rincón del viejo patio, en cuclillas, descubierto bajo la lluvia, apoyando sobre las rodillas el cuaderno de apuntes donde había reteñido a lápiz los movimientos del gran bereber y las medidas de su pata trasera estirada. Cuando oyó lo que querían de él, y que el

prior del convento de Santa Maria delle Grazie estaba con el duque, cerró su cuaderno y, sin una palabra y sumido en pensamientos, cruzó el patio y subió las escaleras detrás del secretario. Delante de la puerta de la sala se detuvo y añadió algunos trazos al dibujo de la pata del caballo. Después entró, y todavía estaba tan ensimismado, que hizo ademán de saludar al Hinojo antes de hacer su reverencia al duque y al prior, sin reparar al principio en los demás presentes.

–Sois, messere Leonardo, el motivo de la para nosotros muy grata visita con que nos ha sorprendido aquí el reverendo padre a una hora tan temprana -dijo el duque, y cualquiera que estuviese familiarizado con sus costumbres podía percibir de esas palabras que el reproche que contenían iba menos dirigido a messere Leonardo que al prior, pues el Moro odiaba las sorpresas y para él una visita no anunciada nunca era bienvenida.

–He venido aquí, messere Leonardo -comenzó entonces el prior del convento de Santa Maria delle Grazie-, pese al mal tiempo que en verdad no es nada beneficioso para mi salud, para que vos, en presencia de su alteza el señor duque, que es el protector de nuestro convento, me respondáis, pues es la Santa Iglesia la que a través de mí os ha brindado la oportunidad de demostrar vuestro talento y vos me habéis prometido realizar, con la ayuda de Dios, una obra sin igual en toda la Lombardía, y para demostrar que vos me lo habéis prometido no os traeré dos ni tres testigos, sino cien. Y ahora han vuelto a transcurrir meses sin que hayáis avanzado lo más mínimo en vuestro trabajo, es más, hasta ahora no habéis hecho nada de interés.

–Reverendo señor, me dejáis completamente asombrado -le respondió messere Leonardo-, pues trabajo con tanto ahínco en esa Cena que por ella me olvido de comer y de dormir.

–¡Os atrevéis a decirme eso a mí! – exclamó el prior rojo de ira-. A mí que acudo tres veces al día al refectorio para ver, cuando por fin estáis, cómo miráis a las musarañas. ¡A eso llamáis trabajar! ¿Acaso soy un necio del que se puede uno burlar?

–Y yo he impulsado -prosiguió imperturbable messere Leonardo- esa obra en mi cabeza, trabajando sin cesar en ella hasta el punto que pronto os podría dar satisfacción, y mostrar de lo que soy capaz a aquellos que vendrán después de mí…, si no estuviese aún detrás de un asunto, es decir… la cabeza de aquel apóstol que…

–¡Tú y tus apóstoles! – le interrumpió enojado el prior-. La Crucifixión que ocupa el muro de enfrente, también con unos cuantos apóstoles, ya está terminada desde hace tiempo aunque Montorfano la comenzó hace menos de un año.

En cuanto sonó el nombre de Montorfano, que entre los artistas de Milán era considerado un pintor cuyas obras reportaban escaso honor a la ciudad, la lira del Hinojo emitió algunas disonancias ensordecedoras y al mismo tiempo el consejero de Estado Di Treio dio un paso al frente y, con perfecta cortesía pero en un tono de cierta indulgencia, dijo que el reverendo le perdonase, pero que de esos Montorfanos había una docena en cada esquina.

–Vive de pintarrajear todas las paredes -opinó el poeta Bellincioli encogiéndose de hombros-. Los muchachos que le muelen las pinturas se ríen a carcajadas de esa Crucifixión.

–Yo la considero una obra muy digna -dijo el prior, que cuando se había formado una opinión se aferraba a ella con terquedad-. Y en cualquier caso, está terminada. Lo que más aprecio de ese Montorfano, es que sabe dar a la superficie de un cuadro la apariencia de un cuerpo sublime, despegado del fondo y eso también lo ha logrado en esa obra.

–Sólo que en lugar del Salvador colgado de la cruz ha pintado un saco lleno de nueces -le replicó Bellincioli.

–¿Y vos, messere Leonardo? ¿Cuál es vuestra opinión sobre esa Crucifixión? – preguntó la amante del duque, que deseaba ver en apuros al maestro de tantas artes. Pues sólo a regañadientes se dejaba éste inducir a emitir un juicio sobre las obras de otros artistas, especialmente cuando en ellas no lograba hallar nada bueno. Y tal como había esperado, messere

Leonardo trató de eludir la respuesta a una pregunta que le resultaba sumamente inoportuna en presencia del prior.

–Vos, distinguida dama, tenéis, sin duda, el mejor juicio sobre esta cuestión -dijo con una sonrisa y un movimiento apaciguador de la mano.

–¡Nada de eso! No tratéis de escabulliros. Queremos oír vuestra opinión -exclamó el Moro, divertido e intrigado.

–A menudo -comenzó messere Leonardo tras alguna reflexión- pienso que la pintura va decayendo de generación en generación cuando los pintores sólo se inspiran en las pinturas ya realizadas en lugar de aprender de las cosas que existen en la naturaleza y de aplicar lo aprendido…

–¡Vayamos al grano! – le interrumpió el prior-. Queremos oír lo que tenéis que decir sobre esa Crucifixión.

–Es una obra que complace más a Dios -dijo ahora messere Leonardo sopesando sus palabras-. Y cada vez que la contemplo, siento todos los sufrimientos del Salvador martirizado…

De la lira del Hinojo llegaron algunos acordes alegres que podían interpretarse como una risa corta y traviesa.

–… hasta tal punto representan fielmente la realidad -prosiguió messere Leonardo-. De Giovanni Montorfano tengo que decir además que sabe trinchar magistralmente una liebre o un faisán, lo cual denota por sí solo una mano hábil.

Las notas de la lira saltaron haciendo cabriolas y entre las amortiguadas risas de los cortesanos se alzó la voz del enojado prior.

–Ya se sabe, messere Leonardo, todo el mundo lo sabe, que tenéis la lengua más viperina de todo Milán -exclamó-, y los que se las han tenido que ver con vos sólo han obtenido perjuicios y disgustos. Los buenos hermanos de San Donato lo saben por experiencia desde hace años. Ojalá les hubiese escuchado.

–Os referís -dijo messere Leonardo sin inmutarse- a aquella Adoración de los pastores que comencé a pintar por encargo de los monjes de San Donato y que no terminé por el apoyo que me concedió el Magnífico.

–Ignoro si era una Adoración y lo que tuvo que ver el Magnífico con el asunto -declaró el prior-. Sólo sé que los monjes salieron perjudicados por vos. Pero parece desprenderse de vuestras palabras que os habéis dejado pagar ese trabajo dos veces, primero por los monjes, después por el Magnífico; tanto el uno como los otros quedaron al final defraudados.

–A mí me parece más bien que detrás de sus palabras se esconde una historia -opinó el duque-, o muy mal tendría yo que conocer a mi Leonardo. ¿Es así, messere Leonardo? Entonces dejad que la oigamos.

–Es una historia -confirmó messere Leonardo-, aunque no muy amena; no obstante, si vos, indulgente señor, deseáis escucharla, empezaré diciendo que, como me acaba de recordar el reverendo señor prior, llegué con los monjes de San Donato a ese acuerdo en Florencia, hace catorce años, el día de santa Magdalena y les prometí…

–Siempre habéis sido un gran prometedor -objetó el prior.

–… pintar para el altar mayor de su iglesia una Adoración de los pastores y los reyes; ese mismo día recibí de los monjes un cántaro de vino tinto como primer pago y me puse manos a la obra. Pronto me di cuenta de que la representación de los pastores y de los reyes, a uno de los cuales pensaba dar los rasgos del Magnífico, exigiría escaso esfuerzo y poca reflexión; en cambio, me pareció que una parte mucho más importante de mi tarea era mostrar en el cuadro cómo recibe la gente esa noche el mensaje de la salvación que es anunciado a artesanos, magistrados, campesinos, vendedoras ambulantes, barberos, carreteros, porteadores y barrenderos, en las tabernas, las viviendas, los patios, los callejones y dondequiera que estuviesen las personas reunidas, sentadas o de pie,

irrumpe alguien y proclama (y también al sordo se le ha de gritar al oído) que esa noche ha nacido el Salvador.

Estas últimas palabras habían sido acompañadas por el Hinojo de una melodía que era tan sencilla y piadosa como las canciones que cantan los campesinos de las montañas cuando en Nochebuena acuden a misa por los caminos nevados. Y messere Leonardo se interrumpió y escuchó esa melodía que, ahora que él guardaba silencio, continuó hasta convertirse en un estallido de júbilo; permaneció atento hasta que la melodía se extinguió con un último y leve grito de júbilo. Luego prosiguió:

–En cuanto a ese sordo que también ha de recibir la buena nueva, se me ocurrió que era muy importante observar y seguir, el cambio de expresión de su rostro, y ver cómo la apática indiferencia que muestra frente a todos los acontecimientos que no le conciernen a él mismo, es borrada de sus rasgos, primero por la inquietud que ignora aún su causa, luego por el tormento de no poder comprender y finalmente por el temor de que pueda haber sucedido algo grave para él. Pero entonces llega el momento en que presiente, más que comprende, que él también ha sido hecho partícipe de la salvación; sin embargo, su rostro no refleja todavía la alegre emoción sino, de momento, nada más que impaciencia, porque ahora tiene prisa por saberlo todo. Pero para retener todo eso en mi cuaderno necesitaba tratar con un sordo durante algún tiempo. Sin embargo, no encontré uno que…

–Ya está. – Llegó desde la ventana la voz de Da Corte-. Han llegado a un acuerdo. El alemán ha asentido con la cabeza.

–Aún no. Ni mucho menos -le replicó Landriano-. Fijaos, el caballerizo mayor sigue insistiéndole. Estos alemanes son correosos como el cuero cuando se trata de dinero. No se avanza con ellos, es más fácil hablar con un judío.

Entonces volvió a reinar silencio. Los dos caballeros seguían el desarrollo de las negociaciones. Desde el sillón del

prior llegaba el sonido de su respiración tranquila y regular. La Crivelli llamó con una seña a un criado de aspecto efébico que había traído una fuente con frutas y se disponía a retirarse silenciosamente, y le dio en voz baja la orden de ocuparse del fuego que se estaba apagando.

–No encontré ningún sordo en Florencia -retomó messere Leonardo la palabra-. Realmente no parecía existir en aquel entonces una sola persona en la ciudad que hubiese perdido el oído hasta tal punto que pudiese servir para mis estudios. Acudía a diario a los mercados y preguntaba a las gentes que compraban o vendían, enviaba a mi criado a los pueblos de los alrededores y cuando é regresaba a casa al anochecer, me hablaba de ciegos, cojos y toda clase de inválidos, pero nunca se topaba con un sordo. Sin embargo, un día al volver del mercado, encontré esperando en mi casa a un hombre que era sordo como una tapia. Era un desterrado que había regresado a Florencia. Cuando vagaba por los callejones, había sido apresado por los alguaciles, y Lorenzo el Magnífico, para castigarle y creyendo complacerme, había mandado privarle del oído. ¡Fijaos bien, señores! Ese ingenioso instrumento, alojado por la inteligencia suprema en un espacio tan pequeño para captar la diversidad de los sonidos y los ruidos del universo y, según su naturaleza, reproducirlos todos con la misma fidelidad, ese instrumento tan fino había sido destruido por una mano torpe y eso había sucedido por mí. Comprended, señores, que no quisiese seguir pintando ese cuadro ni permanecer más tiempo en una ciudad donde se me había hecho semejante favor. Y es cierto que los monjes de San Donato han perdido un cántaro de vino y además algún dinero que me habían asignado para pinturas, aceite y albayalde, pero qué poco pesa su pérdida frente a la que tuvo que sufrir el desterrado por culpa de esa desdichada Adoración de los Reyes que reconocen a Dios pero valoran en nada sus obras maravillosas.

En el silencio que reinaba en la sala se percibía ahora claramente la respiración del prior que, agotado tras el viaje por malos caminos, fatigado en exceso por la controversia, y

porque cualquier relato que estuviese obligado a escuchar le cansaba muy deprisa, se había quedado dormido en su sillón. El sueño había alisado sus facciones quitándoles cualquier dureza, su rostro con ralos mechones blancos caídos sobre la frente, era ahora el de un anciano pacífico alejado de las cosas de este mundo y así, dormitando, defendía su causa frente a messere Leonardo mejor que antes con sus alfilerazos y sus accesos de cólera.

–Messere Leonardo -dijo el duque después de un rato de silencio-, nos habéis descrito con mucha claridad esa maravillosa Adoración tal como debería haber sido según vuestros planes, y es lamentable que el gran esfuerzo que I empleasteis entonces no haya producido más resultado I que esa breve historia que sonaba triste pero que fue deliciosa contada por vos. Sin embargo, no nos habéis explicado todavía por qué eludís con tanta obstinación el trabajo de la Cena, en cuya terminación insiste ese venerable hombre con una impaciencia que sólo puede nacer del gran amor que siente por vuestro arte y vuestra persona.

–Porque todavía no tengo lo más importante, me refiero a la cabeza de Judas -contestó messere Leonardo-. Entendedme bien, señores: no busco un rufián o un delincuente cualquiera, no, quiero encontrar al hombre más malvado de todo Milán, ando tras él para dar a ese Judas sus rasgos, le busco por todas partes, dondequiera que me encuentre, de día y de noche, en las calles, en las tabernas, en los mercados y también en vuestra corte, señor, y hasta que no le tenga no podré continuar mi trabajo… a no ser que deje a Judas de espaldas al espectador, pero eso supondría para mí un deshonor. Dadme a Judas, noble señor, y veréis con qué ardor reanudo el trabajo.

–¿Pero no decíais hace poco -objetó el consejero de Estado Di Treio en tono humilde y respetuoso- que habíais encontrado al hombre más malvado de Milán en la persona de un florentino de familia antigua, un hombre rico que tiene a su hija hilando hasta altas horas de la noche y le escatima la comida? El otro día la encontré en el mercado donde, para procurarse dinero, trataba de vender uno de sus pocos vestidos.

–Con ese hombre que bajo el nombre de Bernardo Boccetta se dedica aquí a la práctica de la usura me he equivocado -explicó messere Leonardo con un cierto pesar en la voz-. Él no es más que un miserable avaro. En su casa corre con un palo detrás de los ratones para no tener que mantener a un gato. Él se habría embolsado las treinta monedas de plata y no habría delatado a Cristo. No, el pecado de Judas no era la avaricia, no besó al Señor por codicia en el jardín de Getsemaní.

–Lo hizo -opinó Bellincioli- por la envidia y la maldad de su corazón que sobrepasaban ambas la medida humana.

–No -le replicó messere Leonardo-. Pues el Salvador le habría perdonado la envidia y la maldad; ambas son innatas en el hombre. ¿Ha existido jamás un ser superior que no haya conocido la envidia y la maldad de los inferiores? Y así es como quiero representar al Redentor en esa Cena: ardiendo en deseos de expiar, a través del sacrificio en la cruz, todos los pecados del mundo, la envidia y la maldad inclusive. Sin embargo, no perdonó el pecado de Judas.

–¿Quizás porque Judas conocía el bien y siguió el mal? –sugirió el Moro.

–No -dijo messere Leonardo-. ¡Pues quién puede vivir en el mundo y servir a la obra de Dios sin cometer a veces traición y hacer el mal!

En ese instante, y antes de que el duque hallase una respuesta a esas palabras audaces, apareció el caballerizo mayor en la puerta, y por la expresión de su cara se podía ver que había llegado con el tratante alemán a un acuerdo sobre el precio del beréber y el siciliano. El duque dio inmediatamente orden de que volviesen a mostrarle los dos caballos que en adelante se convertían en su propiedad y todos los cortesanos le acompañaron al patio.

Así ocurrió que messere Leonardo se encontró de pronto solo en la gran sala de los Dioses y Gigantes, con el prior dormido en su sillón y el criado que seguía atizando el fuego de la chimenea. Y como si hubiese esperado ese instante,

extrajo de debajo del cinturón su cuadernito y, rememorando la actitud y la expresión del prior cuando le regañaba, escribió, empezando por la derecha y terminando por la izquierda, sobre una hoja sólo parcialmente cubierta con bocetos, las siguientes frases:

Pedro, el apóstol, que está enfurecido: déjale alzar el brazo de manera que los dedos arqueados estén a la altura del hombro. Haz sus cejas bajas y fruncidas, los dientes apretados y las dos comisuras de la boca formando un arco a los lados. Así estará bien. Le llenaré el cuello de arrugas.

Hizo desaparecer el cuadernito debajo del cinturón y, afl alzar los ojos, cayó su mirada sobre el servidor, un muchacho de no más de diecisiete años, que se encontraba con un leño en la mano junto al fuego de la chimenea mirándole fijamente con una expresión de expectación, exaltación e indecisión. Leonardo le indicó con una seña que se acercase.

–Parece -dijo- como si tuvieses que decirme algo y fueses a asfixiarte si no te dejase hablar.

El muchacho asintió y respiró profundamente.

–Ya sé -comenzó- que no me corresponde hablar en este lugar. Tampoco tuve hasta ahora ocasión de prestaros el más mínimo servicio, pero como hace un instante se mencionó a ese Boccetta…

–¿Cómo te llamas, muchacho? – le interrumpió messere Leonardo.

–Me llamo Girolamo, aquí en la casa me llaman Giomino, soy el hijo del bordador en oro Ceppo, al que vos conocíais. Mi padre tenía su taller en el mercado de pescado junto a la barbería que todavía se encuentra allí, y yo os he visto dos o tres veces en su casa.

–¿Tu padre ya no vive? – preguntó messere Leonardo.

–No -dijo el chico mirando el leño que sostenía en la mano, y al cabo de un rato añadió-: Se quitó la vida, Dios se apiadará de él. Estaba enfermo y siempre le perseguía la desgracia y al final, ese Boccetta de quien hablabais antes, le

arrebató lo poco que le quedaba. Vos decíais que ese Boccetta no era más que un avaro, pero creedme, también es un estafador y además sin ningún escrúpulo; yo podría contar muchas cosas de él, tantas que mientras tanto se apagaría ese fuego que arde ahí, ¿pero un Judas…? No, no es un Judas, pues cómo podría ser un Judas, si no existe en todo el mundo una sola persona a la que él ame.

–¿Tú conoces el secreto y el pecado de Judas? ¿Sabes por qué traicionó a Cristo? – preguntó messere Leonardo.

–Le traicionó cuando comprendió que le amaba -res-] pondió el muchacho-. Vio que tendría que amarle demasiado y eso no se lo permitía su orgullo.

–Sí. Ese orgullo, que le llevó a traicionar su propiol amor, ése fue el pecado de Judas -dijo messere Leonardo.

Miró atentamente el rostro del muchacho como buscando en sus rasgos algo que mereciese la pena retener. Luego tomó de sus manos el leño que sostenía y lo contempló.

–Es madera de aliso -constató-, una madera bastante buena, pero produce un fuego poco intenso. Con la madera de pino sucede lo mismo. Habría que alimentar el círculo de las llamas con troncos de encina, ésos dan eti calor adecuado.

–¿Os referís al fuego del infierno? – preguntó consternado el muchacho que seguía pensando en Judas, y no id habría sorprendido en absoluto escuchar que messerd Leonardo, que entendía de todas las artes y disciplinas y que incluso había ideado para la cocina ducal un asador que giraba solo, se hubiese propuesto ahora mejorar las instalaciones del infierno.

–No, me refiero a los hornos de fusión que he construido -dijo Leonardo haciendo ademán de marcharse.

Abajo en el viejo patio estaba todavía el tratante alemán. Sostenía una bolsa de cuero en la mano pues le habían pagado una parte del dinero en letras de cambio y ochenta ducados en efectivo. Era un hombre de extraordinaria belleza, de unos cuarenta años, alto, con ojos de mirada vivaz y una barba oscura que llevaba recortada a la manera levantina. Estaba de

buen humor y satisfecho con el mundo que había creado Dios, porque había obtenido por los dos caballos el precio que esperaba.

Cuando vio a un hombre de aspecto respetable, incluso atemorizante, cruzar el patio y dirigirse hacia él, pensó primero que era alguien enviado por el duque y que quizás había surgido algún problema con los caballos. Pero pronto se dio cuenta de que ese hombre caminaba sumido en sus pensamientos y no perseguía un objetivo concreto. Así pues, se hizo a un lado para dejarle pasar mientras trataba de introducir apresuradamente la bolsa del dinero en el bolsillo de su abrigo, al tiempo que echaba la cabeza ligeramente hacia atrás con la expresión asombrada e interrogante de un hombre dispuesto a aceptar explicaciones y eventualmente a entablar una conversación.

Pero messere Leonardo, que estaba con sus pensamientos en el Judas de su Cena, no tuvo ni una mirada para él.

2

El tratante que había tenido en el patio del castillo ducal un encuentro tan fugaz con messere Leonardo, el Florentino, se llamaba Joachim Behaim. Había nacido en Bohemia y vivía allí, pero prefería hacerse pasar por alemán porque eso le daba más prestigio y autoridad en los países que recorría. A Milán había llegado desde Levante para vender sus dos caballos -caballos de especial belleza y de tan noble raza que, en su opinión, el lugar que les correspondía sólo podían ser las caballerizas de un duque, y si no hubiese llegado a un acuerdo con el caballerizo mayor del Moro habría tenido que probar suerte en la corte de Mantua, de Ferrara o de Urbino-. Y ahora que se había librado de la preocupación que suponían los dos caballos, cuyo sustento y mantenimiento le habían costado cada día un buen dinero, y ahora que tenía en sus manos la suma de la venta, habría podido regresar a Venecia donde le reclamaban sus negocios. Pues él comerciaba con todo lo que le era ofrecido a precios ventajosos en los países de Levante. Así tenía en los almacenes de Venecia telas de seda chipriota y

mantas de la más fina lana por valor de ochocientos cequíes, y la subida y la bajada del precio de estos y otros productos de Levante requerían toda su atención si no quería salir perjudicado por dejar pasar el momento oportuno para lanzar su mercancía al mercado. Sin embargo, no podía decidirse a partir de Milán. No es que le atrajese demasiado la vida de esa ciudad, aunque es cierto que en aquel entonces ésta había reunido en sus casas y palacios a las mentes más refinadas y cultas de Italia, y todos en Milán, desde el zapatero hasta el duque, escribían con pasión, comentaban, discutían, medían versos, pintaban, cantaban, tocaban el violín o la lira, y quien no dominaba ninguna de esas artes interpretaba al menos a su Dante. Para él, Joachim Behaim, esa ciudad de fama mundial no valía más que otra, pues él se sentía a gusto donde podía comprar o vender con ventaja, y por la noche, en amena compañía, beber sus dos medidas de buen vino de Chipre o de hippocras sin ser engañado. Y se quedó en Milán porque unos días antes se había cruzado con una muchacha que con su aspecto, su manera de andar, su porte, una mirada que le había dirigido y una sonrisa que le había regalado, le había quitado la tranquilidad y le había cautivado tanto que tenía que pensar en ella día y noche. Y como suele ocurrir con los enamorados, estaba convencido de que nunca volvería a ver a una muchacha tan bella y encantadora, aunque recorriese el mundo entero en busca de ella.

Sin embargo, habría ido en contra de su carácter voluntarioso tener que aceptar que había sucumbido a semejante hechizo y que el deseo de volver a ver a esa muchacha y de llegar a conocerla le retenía en Milán. En las mujeres y las muchachas que había encontrado hasta entonces en su país o en tierras extranjeras sólo había visto a donantes de breves alegrías, criaturas hechas para pasar un buen rato. Amor no había sentido por ninguna de ellas. Y que se hubiese enamorado seriamente esa vez, era algo que no quería reconocer, y por eso se decía constantemente que, desde luego, no se quedaba en Milán por aquella muchacha, eso era ridículo, eso era no conocerle, la muchacha era lo de menos, al fin y al cabo, hacía tiempo que pensaba cobrar en esa ciudad

una vieja deuda y, después de tantos años de requerimientos y de espera inútil, no estaba dispuesto a perder la ocasión de recuperar su dinero, y nadie podía pretender que renunciase, sin más ni más, a una reivindicación incuestionable y a un derecho más que evidente, él no era de ésos, y los derechos eran los derechos…, y todo eso se lo repitió hasta que por fin se convenció de que sólo esa cuestión y no otra le retenía en Milán.

En cuanto a la joven milanesa que, sin sospecharlo, le había sumido en semejante desasosiego, y que se había cruzado con él en la calle de San Jacobo que bordea el mercado de frutas y verduras, a la hora del Ave María, en un momento en que la gente se agolpaba más de lo habitual en esa calle, pues a los que la cruzaban para comprar en el mercado sus zanahorias, coles, manzanas, higos o aceitunas se sumaban aquellos que salían de oír misa de las iglesias vecinas. Al principio, no había reparado en la muchacha y quizás habría pasado por su lado sin prestarle atención, sobre todo porque ella llevaba la cabeza baja como era la costumbre, mientras que él pensaba en la venta de sus caballos. Entonces oyó, procedentes del mercado, las notas de la canción, y al mirar en la dirección de donde venían, vio, en medio del ruido y ajetreo del mercado, entre cestos de uvas y carros de verduras, a un hombre que estaba de pie sobre un tonel de col y que, rodeado de burros que rebuznaban, campesinos que discutían, mujeres que regateaban y gatos que corrían de un lado para otro, cantaba su canción con voz melodiosa, imperturbable como si estuviese completamente solo en la plaza y reinase el silencio alrededor y, mientras cantaba, movía los dedos como si tañese las cuerdas de una lira…, y eso hizo reír a Joachim Behaim, hasta que se dio cuenta de que el extraño personaje miraba con una expresión expectante en su dirección, es decir en la de Joachim Behaim, y al volver la cabeza descubrió a la muchacha.

En seguida comprendió que la canción sólo podía estar dirigida a ella. La muchacha se había detenido y sonreía. Su sonrisa era especial, expresaba reconocimiento, saludo,

timidez y un poco de alegría, regocijo y un cierto agradecimiento. Con un movimiento de la cabeza apenas perceptible hizo una seña al cantante que estaba sobre el tonel de col. Después se volvió, sonriendo todavía, y su mirada cayó sobre Joachim Behaim que estaba allí fascinado, contemplándola con unos ojos en los que se podía leer la declaración de una pasión impetuosa. Ella le miró con curiosidad, y la sonrisa que aún no había desaparecido de su rostro se convirtió en una sonrisa distinta que ahora le dedicaba a él.

Se miraron mutuamente. Sus labios estaban cerrados, sus semblantes eran como los de personas que no se conocen, pero sus ojos hacían peguntas:

¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Adonde vas? ¿Me querrás?

Luego los ojos de ella se separaron de los suyos como separa uno de un abrazo, inclinó levemente la cabeza y a instante se alejó.

Joachim Behaim que parecía despertar de un encantamiento, corrió tras ella; no la quería perder de vista, y mientras la seguía todo lo deprisa que podía mascullando furioso muchos «¡diantre!» y «¡maldita sea!» porque como siempre que tenía prisa, se cruzaban en su camino todos los mozos de cuerda y muleros, vio en la calle justo delante de sus pies, un pañuelo. Lo recogió del suelo y lo deslizó ente sus dedos, pues en cuestión de pañuelos, ya fuesen de lira o de seda, procediesen de Flandes, de Florencia o de Levante, era un experto y no necesitaba examinar el que tenía en la mano para saber que era de ese lino finamente tejido, de brillo sedoso, que llamaban *boccaccino* en el comercio y que las mujeres y las muchachas de Milán llevaban, porque así lo exigía la moda, prendidos a un lado de sus vestidos, hasta medio dormido podría haber dicho en el acto a cuánto salía una vara de ese *boccaccino*. También le parecía evidente que la muchacha había dejado caer el pañuelo a propósito; él debía recogerlo del suelo y entregárselo, ella se detendría y se haría la sorprendida, «Sí, en efecto, señor, es mi pañuelo, no me

había dado cuenta de que lo había perdido, os doy las gracias, señor, ¿dónde lo habéis encontrado?». Y para entonces ya estarían en plena conversación. De tales pequeñas artimañas y trucos se servían las mujeres, tanto en el sur como en el norte y, desde luego, también las milanesas, de las que se decía que habían sido dotadas por la naturaleza de un carácter alegre y que siempre estaban dispuestas a amar y dejarse amar.

Una Anita adorable, dijo para sí, pues cada muchacha que le gustaba era para él una «Anita», aunque luego resultase llamarse Giovanna, Maddalena, Beatrice, o si vivía en los países de Oriente, Fatima o Dschulnar, para él seguía siendo «Anita». Ahora no hay tiempo que perder, se dijo a sí mismo, pero en el mismo instante se dio cuenta de que la muchacha ya no caminaba delante de él, ya no veía a su Anita, había desaparecido, y eso le desconcertó y confundió tanto que, con el pañuelo en la mano, se dejó durante unos instantes increpar y empujar de un lado a otro por los muleros y los porteadores, hasta que por fin comprendió que su aventura, que tan prometedoramente había comenzado, terminaba nada más empezar.

«La culpa será suya y no mía, si no recupera el pañuelo -pensó contrariado-; del mejor *boccaccino* y apenas usado, ¡cómo lo puede abandonar así! ¿Por qué tenía tanta prisa? ¡Al menos podría haberse vuelto una vez! ¡Dios santo, esos ojos, ese rostro! ¡Maldita sea debería haberla seguido más deprisa!»

Mientras argüía y porfiaba de esa manera consigo mismo y con la muchacha, tan pronto echándose a sí mismo la culpa de haberla perdido de vista, tan pronto echándosela a ella, se le ocurrió que, ya que había desaparecido, podía al menos estudiar más de cerca al extraño admirador que tenía la muchacha en el mercado, y que quizás era aconsejable llegar a conocerle. De ese modo sería tal vez posible, se dijo, averiguar algún dato sobre ella, sobre su persona y su condición, sobre dónde vivía, sobre su origen, sus costumbres y su familia, sobre dónde podría volver a verla y si era una muchacha decente o una de las ligeras pues, al fin y al cabo, uno siempre desea saber en qué agua está pescando. Mientras tanto, el

cantante del mercado había terminado su canción y había bajado del tonel de col. Y caminando hacia él, Joachim Behaim descubrió con asombro que aquel hombre que había actuado como un muchacho enamorado divirtiendo a los muleros con su canción, estaba ya bastante entrado en años; probablemente había rebasado con creces los cincuenta. Y Joachim Behaim tuvo la sensación de que con aquel hombre, que más que un galán parecía la mismísima muerte descarnada, se había cruzado en alguno de sus viajes y eso debía haber sido hacía mucho tiempo y en otro país. «¿En Francia tal vez? ¿En Troyes? ¿En Besançon? ¿O en Flandes? ¿En Borgoña?» No, no podía recordar el escenario ni las circunstancias concretas del encuentro que parecía perderse en un pasado irreal, pero cuanto más reflexionaba, más seguro estaba de que no veía por primera vez aquel rostro donde los años, las experiencias, las pasiones y, sin duda también, el desengaño y más de una preocupación habían trazado sus profundos surcos.

El hombre parecía haberse dado cuenta de que Joachim se acercaba a él con la intención de hablarle. Arqueando las cejas miró displicente por encima de él, y su rostro adoptó una expresión fría y distante. «Altivo como uno que es conducido a la horca», pensó Joachim Behaim, y al instante se dio cuenta de lo disparatada que era esa ocurrencia, pues nadie caminaba altivo hacia la horca, más bien digno de lástima, desesperado, reclamando compasión o quizás indiferente, si se había resignado con su destino. Ese hombre de semblante altivo tomaría sin duda muy a mal una pregunta sobre aquella muchacha y no estaría en absoluto dispuesto a dar explicaciones a nadie. Quizás era de los que aprovechaban cualquier motivo para iniciar una reyerta y daba la impresión de tener una mano muy suelta con el puñal.

A Behaim no le faltaba coraje, sabía salir airoso de las riñas y las peleas. Sin embargo, tendía a la prudencia, y en una ciudad donde era extranjero y no tenía un solo amigo, prefería evitar las reyertas, pues no se podía prever cómo terminaban.

Así que pasó por el lado del hombre en silencio, con fingida indiferencia y sin dirigirle una sola mirada.

Desde entonces no había vuelto a ver a la muchacha, tampoco había acudido todos los días a la calle de San Jacobo pues la venta de los dos caballos había ocupado gran Parte de su tiempo. Pero en cuanto cerró el trato y pudo olvidarse del asunto, abandonó su posada, aunque le ofrecía todas las comodidades que él exigía y podía esperar en un país extranjero, y alquiló una buhardilla espaciosa con una cama en la calle de San Jacobo, en la casa de un hombre que comerciaba con velas de cera.

Durante toda una tarde, acechó la calle desde la ventana de su habitación, pero la muchacha no apareció. Cayó en la cuenta de que si la veía, tendría que bajar antes por la escalera de caracol y atravesar la habitación que servía de almacén al cerero y que para entonces la muchacha habría vuelto a desaparecer y le contrarió no haber pensado antes en ello. También se decía que se había quedado en Milán por otro asunto completamente distinto y mucho más importante, lo de la muchacha era secundario; antes de nada debía conseguir su dinero, y como estaba cansado de esperar y de acechar la calle y además empezaba a oscurecer, bajó a la tienda del cerero en busca de consejo.

El cerero era un hombre bastante simple que no veía más allá de la puerta de su tienda, pero era muy charlatán y entremetido y cuando entablaba conversación con alguien no le soltaba tan deprisa. Ese «alemán» llegaba muy oportuno.

–Adelante, adelante, sentaos y poneos cómodo -comenzó-, y luego decidme dónde os aprieta el zapato, pues he vivido el suficiente tiempo en esta ciudad como para poder ayudaros con mi consejo y con información de toda clase y así complaceros. ¿Deseáis vender o comprar aquí y de qué productos se trata? Cuidado al comprar, señor, cuidado, ése es el primer consejo que os doy; no compréis nada sin consultarme, pues esta ciudad tiene, como suelen decir de ella, los señores, las piedras y los canallas más grandes. ¿O acaso tenéis alguna queja de vuestra salud, buscáis un boticario, un

médico? A mí me parece que os vendría bien que os sangrasen un poco.

–Me encuentro aquí buscando a un hombre que desde hace tiempo me debe dinero por unas mercancías que recibió de mi padre para venderlas -dijo Behaim cuando pudo tomar la palabra-. Siempre he sido un poco congestionado, pero me encuentro perfectamente.

–¿Buscáis a un hombre que os debe dinero por mercancías que recibió de vuestro padre? – repitió el cerero tan despacio y grave como si esa noticia le indujese a reflexionar profundamente pero antes tuviese que grabarla palabra por palabra en su memoria-. ¿Qué clase de mercancías? – Quiso saber entonces.

–Cajitas de plata para meter agujas -le informó Joachim Behaim-. Además pequeñas pantuflas, de esas que llaman *zoccoli* en Venecia.

–*Zoccoli*, *zoccoli* -repitió el cerero como si esa palabra le sumiese en profundas cavilaciones-. Y cajitas de plata, ¿decís? ¿Estáis seguro de que aún vive?

–¿El hombre que me debe el dinero? Sí, ese hombre vive -declaró el alemán-. Me lo han dicho.

–Qué lástima -opinó el cerero-. Ese dato es muy poco oportuno y temo que no podré proporcionaros información. Verdaderamente no es un dato favorable. Habéis de saber que yo vendo velas para entierros y funerales, ése es mi negocio y por eso sólo averiguo algo sobre los habitantes de Milán cuando han muerto. Sólo entonces se descubre quiénes eran y la fama que tenían en vida.

–¿De verdad? ¿Es así? – se sorprendió Behaim.

–Pero si sigue con vida -prosiguió el cerero-, mi consejo es el siguiente: dirigios a un miembro del gremio de los mozos de cuerda y preguntadle por ese hombre. Pues aquí en Milán, los mozos de cuerda entran en todas las casas, ven lo que pasa en ellas y nada se les escapa. Pero procurad no toparos con uno que vaya demasiado cargado con cajas y fardos, con ése es

mejor no hablar, pues no se limitará a sus «¡eh!», «¡oh!», «¡cuidado!», «¡despejen», y en un instante se pondrá soez y podréis consideraros afortunado si no os desea más que la peste, una apoplejía o la podredumbre de los dientes. ¡Sí, aquí en Milán se pueden averiguar muchas cosas de los mozos de cuerda!

–Hay algo todavía que quisiera preguntaros -dijo Behaim-. Hace unos días, iba por esta calle con la intención de conseguir algo bueno y agradable para la noche…

–¿Algo bueno y agradable para la noche? – exclamó el cerero muy ufano-. Yo puedo sugeriros algo. No me cuesta nada daros un consejo, si es eso lo que deseáis. ¡Comprad un par de lampreas! Son el plato ideal para un paladar refinado, son exquisitas y precisamente ahora es la época. Yo os las preparo, vos os encargáis mientras tanto del vino y juntos pasaremos una excelente velada. Uno cuenta esto, el otro aquello…

–Yo no pensaba en lampreas para esa noche, sino en una chica -le interrumpió Behaim-. En alguna joven bonita, y tuve suerte, me crucé con una que me encantó. Pero la perdí de vista y no pude encontrarla; pienso que seguramente habrá pasado más de una vez por delante de la puerta de vuestra tienda y si os la describo podréis decirme quién es.

–¡Adelante! – le animó el cerero-. Pero sed breve, no vaya a ser que os quiten las lampreas delante de las narices. Esta vez habéis acertado conmigo, pues conozco a todas las muchachas de este barrio, las conozco aún de la época en que pensaba casarme. Lo creáis o no, pero entonces revoloteaban a mi alrededor como los tordos cuando maduran las uvas.

–¿Hace mucho tiempo que pensabais casaros? – preguntó Joachim Behaim.

–Hace ya bastantes años -admitió el cerero con un suspiro-. Dejadme pensar. Sí, hará unos doce o quince años. Tenéis razón: después de la muerte, el mayor destructor es el tiempo, y al vinagre no se le nota que también fue vino algún día.

–Era una criatura joven y hermosa con la que me crucé en ese callejón -le informó Behaim-. Alta pero de miembros finos. Y tenía una naricilla…

Se interrumpió y reflexionó porque no sabía muy bien qué decir de esa naricilla.

–… que se adaptaba perfectamente a su cara -prosiguió entonces-. Y tampoco era engreída. Sonrió al verme y dejó caer su pañuelo, este pañuelo que veis aquí de buen *boccaccino*, para que se lo devolviese.

–¡Vaya! – exclamó el cerero-. ¡Qué mujer más vulgar! ¡Hacer señas a los hombres! De ésa obtendréis poco honor.

–¡Mucho cuidado! – se enfadó el alemán-. ¡Cómo osáis hablar así! Y además, ¿quién está hablando aquí de honor? Quiero divertirme con ella y eso es todo. Honor… ¡Vamos hombre! Mal rayo me parta, ¡si la sopa es buena, qué me importa la sopera?

–¡Está bien! ¡Está bien! – trató de aplacarle el cerero, que no quería quedarse sin lampreas-. Eso es asunto vuestro, no mío. Haced con ella lo que os plazca.

–Todavía no he llegado a ese punto -se lamentó Behaim-. Habéis de saber que sólo la he visto una vez.

–La veréis, la veréis todas las veces que queráis -le prometió el cerero-. Sólo tenéis que pasar por delante de su casa, ella estará asomada a la ventana, ansiosa de veros aparecer. O cuando sepa que vais a venir, se sentará delante de la casa en el pequeño banco del muro, acicalada como la santa Virgen que se prepara para ascender al cielo.

–Ése es el problema…, no conozco su casa ni sé dónde buscarla.

–¡Dónde buscarla? – se exasperó el cerero-. Pues allí, allá, en esa calle, en aquella, en las iglesias, en los mercados, junto a las barracas de feria… sobran sitios donde buscarla, Milán es una ciudad grande.

–Ahora que lo pienso -dijo Behaim-; tal vez existe un camino que conduce hasta ella.

–Cien caminos -objetó el cerero, como si semejante abundancia de caminos fuese del mayor provecho para Behaim.

–Parece ser -prosiguió Behaim- que ella conoce un hombre al que os puedo describir bastante bien pues le observé detenidamente. Se trata de un individuo alto, delgado, demacrado, de nariz aguileña, entrado en años; lleva calzones grises de piel de carnero, un abrigo viejo de mala calidad guarnecido de escaso terciopelo y a veces se le ve allí enfrente, cantando en el mercado.

–¿Cantando en el mercado? – exclamó el cerero-. ¿Y cuando está bebido baila la gallarda? En ese caso sé quién decís. Sí, conozco a ese hombre. Es una especie de poeta, recita versos de su propia invención y al hacerlo, sabe lanzar sus palabras tan hábilmente como el tejedor su bobina. No es de los nuestros, se dice que viene de la zona de Aosta o incluso de más lejos, pero baila la gallarda como sólo saben hacerlo los que han nacido en Lombardía. Ignoro cómo se llama o se hace llamar, pero se le puede encontrar todas las noches junto al mostrador de la taberna del Cordero, allí se reúne con los pintores, músicos, autores de pasquines y maestros canteros de la catedral; todo el vecindario les oye alborotar.

–Os estoy muy agradecido -dijo Behaim-. Busco compañía alegre para esta noche.

–La tendréis -declaró el cerero-. La mejor que podríais encontrar. Marchad ahora y comprad las lampreas. Mientras tanto encenderé el fogón, vos os ocupáis del vino, además tengo todavía un poco de cordero. No me conocéis. Cuando estoy inspirado soy capaz de haceros reír toda la noche con mis bromas. ¿Queréis oír cómo en una ocasión le birlé a una prostituta el dinero de sus servicios?

El alemán se frotó el brazo izquierdo con la mano derecha, como solía hacer cuando algo no le agradaba demasiado.

–En otra ocasión -decidió entonces-. Hoy debéis disculparme. En verdad os estoy muy agradecido. ¿Pero dónde encuentro ahora esa taberna del Cordero?

–Eso no me lo preguntéis a mí -dijo el cerero chasqueado-. Yo no soy de los que llevan su dinero a las tabernas. Si preferís la compañía de esa gente a la mía, bendito sea Dios, no se hable más, id a la plaza de la catedral, deambulad un poco por allí y cuando oigáis procedente de algún lugar un ruido infernal seguidlo. Ya sabéis que como sois forastero en esta ciudad, estoy dispuesto a serviros con cualquier clase de información, pero en lo que se refiere a las tabernas preguntad a otro.

3

De la lluvia que caía sin cesar, Joachim Behaim pasó a través de una puerta baja a la taberna del Cordero. Sus ojos buscaron en seguida el fuego de la chimenea y cuando vio los haces de leña apilados alrededor del hogar, cerró la puerta tras de sí satisfecho y aliviado, pues un buen fuego de leña era para él imprescindible en una noche tan húmeda y fría. Al parecer el tabernero no escatimaba la calefacción, pero sí, en cambio, el aceite, pues de las dos lámparas que colgaban del techo con cadenas de hierro, sólo ardía una y su luz iluminaba escasamente la amplia sala con sus rincones y nichos. No obstante, en cuanto dirigió una mirada en torno suyo, el alemán se dio en seguida cuenta de que el hombre por el que había venido no se encontraba entre los presentes. Éstos eran unos diez y bebían y hablaban todos a la vez en unas mesas redondas. Entre ellos había algunos vestidos con cierta elegancia según la moda española o francesa, otros, en cambio, tenían un aspecto pobre y andrajoso como si no hubiesen recibido una soldada en mucho tiempo; varios habían venido con mandiles y almadreñas y uno, sentado aparte, que dibujaba sobre el tablero de la mesa figuras geométricas con tiza, llevaba hábito de monje. A todos ellos saludó Behaim inclinándose a derecha e izquierda con la barreta en la mano.

El patrón del Cordero, un hombre corpulento de gesto grave, salió de su rincón y retiró el abrigo empapado de los hombros de Behaim. Luego le preguntó por sus deseos. En ese instante, uno de los parroquianos se levantó, se puso detrás del alemán y, sin que éste le viese, se santiguó tres veces, como hace a veces la gente cuando se cruza en la calle con un ladrón y un bellaco consumado. Algunos parroquianos, entre los canteros, pintores, escultores y músicos, habían acordado gastarle una broma al posadero con la intención de que recibiese una tunda o al menos algunos puntapiés. Como quien no quiere la cosa, habían sacado la conversación de que las posadas y los figones de la ciudad eran visitados, uno tras otro, por un hombre que se dejaba servir los platos más exquisitos, capones, empanadas, bollería fina y vinos selectos, y luego desaparecía sin pagar. Y ante la insistencia del patrón del Cordero, habían acordado que si aparecía ese hombre por la taberna se lo harían saber por medio de una señal, y ahora que el alemán había entrado en el comedor, le habían hecho al tabernero la señal convenida.

–Podéis traerme -dijo Behaim al tabernero que le miraba fijamente a la cara- un trago de vino, pero que sea del mejor.

–¡Del mejor, por supuesto! Justo lo que yo esperaba –exclamó el ventero enojado por lo que consideraba una desvergüenza de ese hombre-. ¿Y quizás un lomo de cordero bien mechado o un capón con setas finas? Señor voy a decirle una cosa: yo sé lo que sé y tengo mis ojos en todas partes. A mí no se me escapa ni un solo paso que pueda dar alguien. Sé estar alerta. Si yo hubiese tenido que guardar el sepulcro de Cristo… podéis estar seguro de que no habría resucitado.

Behaim no dijo nada, sólo le miró con asombro; no comprendía el sentido de esas palabras, ni por qué no le traían su vino. Pero uno de los maestros canteros que estaban sentados allí con sus mandiles de cuero y sus almadreñas, dijo con la amable superioridad de los que lo saben todo mejor.

–¡Tabernero, habría resucitado!

–¡No habría resucitado! – exclamó el amo furioso de que alguien pusiese allí en duda su capacidad de estar alerta-. Se lo habría pensado dos veces, os lo aseguro.

–Habría resucitado -repitió tenaz el maestro cantero dando a entender que al final el tabernero, pese a toda su precaución, sería estafado y el alemán no le pagaría la consumición.

–Pues habría resucitado, ¡qué demonios! ¡Pero antes le habría roto yo todos los huesos del cuerpo! – gritó el patrón fuera de sí por la insistencia del maestro cantero, y en ese momento no pensaba ya en Cristo sino en el alemán que supuestamente pretendía engañarle.

–¿Por qué grita como un poseso? – preguntó ahora el hombre con hábito de monje levantando la cabeza de sus figuras geométricas-. ¿De qué discute?

–Del Cristo gloriosamente resucitado, reverendo hermano Luca -respondió el maestro cantero con el mayor respeto, pues el hermano Luca enseñaba matemáticas en la Universidad de Pavía.

–¿Y por el Cristo resucitado armas semejante escándalo? – se dirigió el sabio monje al ventero.

–Sí, y ése es un asunto que me afecta a mí, no a vos -dijo el ventero-. Pues ésta es mi taberna y aquí velo yo por el orden. Yo tampoco me meto con vuestros signos ni con vuestras figuras, excepto para quitarlas con la bayeta cuando os vais, para que pueda sentarse otro cristiano a la mesa.

El monje ya no le oía. Había vuelto a sus cálculos matemáticos.

–¡Señor! – dijo entonces Joachim Behaim al amo del Cordero-. Todavía estoy esperando mi vino y no sé lo que tiene que ver todo esto con la resurrección del Salvador. Quizás exista alguna relación que desconozco, pero yo no he venido aquí para hablar de teología. Llevaos mi abrigo a la cocina y colgadlo allí junto al hogar para que se seque. Sobre el asado de cordero mechado hablamos más tarde, pero setas no tomo.

El tabernero examinó entonces el abrigo que sostenía en la mano y para su sorpresa, comprobó que estaba hecho del mejor paño y forrado además con piel cara; sin duda valía más que todo lo que pudiese servirle al alemán en una noche. Y empezó a darse cuenta de que el grupo de la mesa se había burlado de él.

–En seguida os traigo de lo mejor que tengo -tranquilizó a Behaim-: mi Vino Santo de Castiglione por el que viene a mi casa gente de todas partes, hasta de Pavía, como aquel reverendo que acaba de intentar, en perjuicio suyo, mezclarse en mis asuntos. Que dibuje sus figuras y me deje en paz. De mí no se burla nadie -prosiguió alzando la voz para que todos le oyesen-. Conozco a mi gente. Con una mirada sé con quién estoy tratando. Pero ya estoy en camino, señor, me voy corriendo.

Y con la cabeza alta, sin dirigir una sola mirada a sus enemigos bajó a la bodega a llenar una jarra de Vino Santo.

Joachim Behaim se sintió muy reconfortado después de probar el vino. «De éste -se dijo a sí mismo- quisiera yo tener todas las noches y en cualquier lugar una jarra llena junto a mi cama.» Se recostó en su silla y cerró los ojos. Y alrededor suyo, continuó la conversación de los pintores y maestros canteros que platicaban sobre asuntos que se hallaban lejos de todo lo que preocupaba o había preocupado alguna vez al alemán.

–… por eso preferiría pintarla de Leda, desnuda y bajando los ojos…

–¿Con el cisne en el regazo?

–¿Será posible?¿Qué gente es esa a la que han encargado la obra?

–En índigo, albayalde y oro he gastado nada menos que once liras.

–Desnuda, pero por un lado…

–…y abre el arcón, mete la cabeza dentro como si fuese a desaparecer, y yo me digo, ahora busca el dinero…

–…cubierta con tres velos, así puedo demostrar mi talento, pues es cosa difícil en la pintura…

–¿Y con el cisne en el regazo?

–¡Un herrero de armaduras! ¡Un maestro alfarero! ¿Será posible! Y un fundidor de bombardas.

–Entonces saca una pieza de tela de su arcón. Una pieza de tela para una chaqueta, eso pretende darme en lugar del dinero. ¡A mí, que con mi arte he ennoblecido las costumbres de esta ciudad!

–Esos tres estarán ocupados dos años.

–Un necio, un tacaño, ni más ni menos. De buena gana le daba en los morros con su tela.

–Cuando uno no comparte mesa con los potentado que asignan esa hermosa obra…

–¡Es un tacaño!

–¿Con el cisne en el regazo?

–Sí, con el cisne en el regazo. ¿Es eso tan importante? Cualquiera sabe pintar un pajarraco así.

–Ahí está Mancino. Al fin llega. ¡Aquí, Mancino!

–Aunque le hubiese llamado el mismísimo Papa, nc habría venido antes. Estaba acostado con esa moza gordc que le lleva de cabeza.

–Camina como un héroe, viene de librar combate amorosos…

–… viene del burdel donde viven los dos.

–En efecto, así es. Directamente de allí vengo. ¿Quién tiene algo que objetar?

La somnolencia del alemán se disipó en un instante pues conocía la voz melodiosa y profunda que había sonado al final. Abrió los ojos. El hombre que había cantado en el mercado, el hombre de rostro surcado de arrugas y ojos ardientes estaba allí en la taberna declamando versos:

Dime que me quieres. Y te lo

premiaré en seguida con avivada pasión.

Haré de tu cama el cielo

en el burdel donde vivimos los dos.

–¡Tabernero! – se interrumpió sentándose a la mesa de sus amigos.– Sírveme lo que puedas por una moneda de cobre, pero elige con cuidado los platos para que no salgas perdiendo, pues no tengo en el bolsillo más que esta moneda de cobre, aunque es auténtica y de buena ley. ¿Por dónde iba?

Tuve en este combate la fortuna del vencedor,

como antaño Aquiles, el señor de los mirmidones.

Me marché dejándola dormida

en el burdel donde vivimos los dos.

–Esos versos -opinó uno de los hombres a cuya mesa estaba sentado- ya te los hemos oído más de una docena de veces y hasta el tabernero puede recitarlos de memoria. Invéntate versos nuevos, Mancino, a lo mejor te ganas así una cena.

Behaim hizo una seña al ventero para que se acercase.

–¿Quién es el hombre que acaba de entrar? – preguntó-. El de la moneda de cobre. Tiene un aspecto muy singular.

–¿Ése? – dijo displicente el tabernero-. No sois el primero a quien extraña su aspecto. Un versificador, un poeta. Recita sus versos y de esa manera consigue sus almuerzos. Le llaman Mancino porque lo hace todo con la mano izquierda, incluso cuando se bate con la espada, reparte golpes y estocadas con la izquierda pues además es un auténtico matón. Nadie sabe cómo se llama en realidad, ni él mismo lo sabe. Le encontraron una mañana, con la cabeza abierta y le llevaron al cirujano y cuando volvió en sí, había olvidado toda su vida anterior, ni siquiera podía decir su nombre. Curioso, señor, que uno pueda olvidar su nombre. Messere Leonardo que viene aquí a menudo y conversa con él… ¿cómo, señor? ¿No

conocéis a messere Leonardo? ¿Messere Leonardo que ha hecho en bronce el caballo del difunto duque? ¿No habéis oído hablar nunca de él? Permitidme la pregunta: ¿de dónde venís? ¿Venís de la tierra de los turcos? Dejad que os diga una cosa: hombres como ese Leonardo recorren el mundo quizás una vez cada cien años. ¡El mejor de todos los ingenios, señor! ¡En todas las artes y todas las ciencias el mejor ingenio! Yo, como tabernero, sé que es en la cocina donde estoy en mi elemento, no me preguntéis a mí, aunque tampoco me aventaja nadie a la hora de comprar vino, pero preguntad a los otros, preguntad a quien queráis en Milán por messere Leonardo, el Florentino, preguntad al reverendo hermano Luca que está allí enfrente, o al maestro D'Oggiono, el pintor, que está sentado al lado de Mancino… sí, exacto, al lado del susodicho Mancino, y messere Leonardo dice que debido a la herida de la cabeza y a la anatomía había olvidado su nombre y su origen. A veces cree acordarse, me refiero a Mancino, y entonces desvaría, dice que es hijo de un duque o de algún otro noble y que había realizado viajes de placer, y que tenía casas en la ciudad, fincas, estanques con peces, bosques y la jurisdicción sobre numerosos pueblos y que todo eso le estaba esperando, pero no sabía dónde. Luego se lamenta de no haber sido nunca más que un pobre vagabundo, de haber soportado mucha hambre, frío y otras calamidades y de haber pasado rozando la horca en varias ocasiones. Sólo Dios conoce la verdad. Hace años que viene a esta taberna, unas veces le pagan la cena sus amigos, otras, no. En fin, a mí no me importa invitarle a una rebanada de pan con salchicha de tocino. El italiano lo habla a la manera de la gente que viene de las montañas saboyanas, quizás se encuentra allí su ducado, a no ser que se encuentre en la luna. Dicen que anda durante el día con mujeres indecentes, y eso es todo lo que sé de él.

El tabernero tomó la jarra de Behaim para volverla a llenar. El hombre del que había hablado estaba recostado en su asiento con los ojos dirigidos hacia las vigas ennegrecidas del techo donde colgaban las salchichas de tocino. Entonces se dirigió a su compañero de mesa.

–Tenéis razón -dijo- al reprocharme que os fatigo con versos que ya conocéis. Por eso acabo de componer unos nuevos que quizás no os desagraden del todo. Escuchad, pues, la balada de las cosas que conozco y de una cosa que no conozco.

–Escuchad la nueva balada de Mancino de las cosas que… ¡Vamos! ¡Empieza! ¡Ya estamos callados, somos todo oídos! – exclamó el compañero de mesa que estaba sentado a su izquierda.

El tabernero que regresaba con la jarra llena de vino se detuvo en la puerta para ver lo que ocurría.

–Sin embargo, se encuentra en esta sala un caballero -prosiguió Mancino, inclinándose hacia la mesa de Behaim- a quien nadie conoce y que quizás no siente deseo alguno de escuchar mis versos. Quizás desea beber su vino en paz.

Behaim, que al ver que todos le miraban, comprendió que hablaban de él, se levantó al instante y le aseguró que, al igual que los demás, estaba deseoso de escuchar sus versos. Añadió que encontraba escaso placer en beber su vino en solitario y que había venido con la esperanza de intervenir en alguna conversación divertida. Y luego dijo su nombre: Joachim Behaim.

–¡Basta de cumplidos! – le animó uno de los camaradas de Mancino, un hombre calvo que lucía un mostacho canoso-. Sentaos con nosotros y beberemos y pasaremos un buen rato juntos. Yo me llamo Giambattista Simoni, soy escultor en madera y podéis ver un Cristo juvenil mío en la catedral, justo a la derecha de la puerta principal, en la primera capilla lateral. Aquí en el Cordero soy el maestro de los novicios.

–Que el diablo me lleve si no averiguo ahora dónde puedo encontrar a esa Anita -murmuró Behaim; luego, con la silla en una mano y la barreta en la otra, se acercó a la mesa y dijo de nuevo que se llamaba Joachim Behaim. Oyó cómo le decían los otros nombres, que olvidó al instante, y se sentó junto al escultor calvo que se había llamado a sí mismo maestro de novicios.

–¡Porque nos conozcamos más de cerca! – dijo éste levantando la copa-. ¿Habéis estado ya en la catedral? – preguntó seguidamente, pues como buen milanés estaba orgulloso del emblema que había erigido la ciudad en honor de Dios y en el suyo propio.

–No. He oído misa en la iglesia de los hermanos predicadores -le explicó Behaim-. Se hallaba en un lugar cómodo para mí y sólo tenía que recorrer unos pocos metros. Claro que eso ya se acabó. Pues donde vivo ahora tengo la iglesia de San Jacobo, pero no está tan cerca. Hoy precisamente he dejado mi posada del callejón de los Orfebres.

Y tras responder y haber satisfecho la curiosidad del maestro de novicios, se inclinó sobre la mesa y trató de entablar una conversación con Mancino.

–Señor -comenzó-, si no me engaña la memoria, os vi hace unos días en el mercado…

–¿Qué se le ofrece, al caballero? – preguntó Mancino que estaba puliendo mentalmente sus versos.

–En el mercado de las verduras. Estabais un poco elevado, es decir, sobre un tonel de col…

–La balada de las cosas que conozco -dijo Mancino Poniéndose en pie-. Tiene tres estrofas, seguidas, como siempre, de un breve estribillo.

–… y cantabais -siguió insistiendo el alemán-. Y la muchacha que pasaba por allí…

–¡Silencio! ¡Silencio para Mancino! – gritó en ese instante el maestro cantero desde la mesa contigua con tal derroche de voz que el hermano Luca, que seguía enfrascado en sus dibujos geométricos, dio un respingo. El tabernero que se disponía a llenar de vino el vaso de estaño del alemán, se quedó con la jarra alzada, rígido como una estatua.

Mancino se había subido encima de su silla. La luz mortecina de la lámpara caía sobre su rostro lleno de surcos. Todo estaba en silencio, sólo se oían los lamentos y gemidos de las almas en pena en la chimenea. Y comenzó:

Conozco el árbol por su corteza,

conozco las artimañas del gitano,

conozco al amo por los criados,

conozco el mandoble, conozco la estocada,

conozco al cura por la sotana,

conozco a las putas que hacen la calle,

conozco el honor, conozco la vergüenza,

lo conozco todo, menos a mí.

El tabernero bajó la jarra que ya le pesaba demasiado. Los dos maestros canteros estaban sentados como titanes cansados con la mirada fija en sus almadreñas; uno apoyaba la barbilla en su puño, el otro la frente. El hermano Luca había levantado su cabeza de sabio. Sin darse cuenta, marcaba con la tiza en la mano el ritmo de los versos. Y Mancino prosiguió:

Conozco el vino por el tonel,

conozco las bufonadas de los bufones,

conozco la virtud, conozco el pecado,

conozco el grito de cada pájaro.

Conozco el moho sobre mi pan,

conozco las cuentas que nunca pagué

conozco el infierno, conozco el cielo

lo conozco todo, menos a mí.

Conozco a las moscas en la sopa,

conozco a los corchetes que burlé,

conozco los graneros y los almacenes,

conozco el ¡Dóblate o rómpete!,

Conozco los táleros que tuve antaño,

conozco la belleza que no se marchitó,

conozco la borrachera y el olvido,

lo conozco todo menos a mí.

Conozco la vida, buenas gentes.

Conozco la muerte, ese monstruo salvaje.

Conozco los lances de la fortuna.

Lo conozco todo. Todo menos a mí.

–Ése era el resumen -dijo bajando de la silla de un salto -. Contiene *in nuce* todo lo que tenía que decir sobre este asunto, y las tres estrofas precedentes sobraban como la mayor parte de lo que fluye de la boca y de la pluma de los poetas. Pero yo estoy disculpado. Lo que me importaba era la cena.

El ventero despertó de su rigidez. Puso la jarra de Vino Santo delante de Mancino.

–No soy versado en bellas artes, como ya sabéis -dijo-. Pero por el semblante del venerable hermano Luca, que es un profesor, veo que habéis creado algo muy bueno y valioso. Pero que seáis capaz de conocer el vino por el tonel, es algo que no podéis contárselo a un tabernero. Ahí habéis fanfarroneado. No obstante, se os perdona. Mientras tanto, probad éste.

Y volvió a bajar a la bodega en busca de vino para Behaim.

Los compañeros de Mancino no dedicaron muchas palabras a sus versos. Pero lo que pensaban sobre ellos se podía adivinar por las pequeñas señas que se hacían, por las miradas que intercambiaban y por su manera de alzar los vasos en su honor. Extrajeron, primero éste, después aquél, una pequeña moneda de plata o algunas piezas de cobre de los bolsillos, luego las juntaron y seguidamente pidieron pescado y carne asada para Mancino.

El posadero regresó; una idea le había venido a la cabeza mientras bajaba a la bodega. Se acercó a Behaim para servirle y le dijo en voz baja:

–¿Había exagerado, señor? ¡Un ingenio! ¡Uno de los mejores! Tal como os lo había dicho. Pero lo del pan mohoso y

las moscas en la sopa no debéis creerlo, eso es una mentira. ¡Moscas en la sopa! ¡En mi taberna! Cierto que el pan puede enmohecerse cuando se pone húmedo, pero entonces no se lo sirvo a mis clientes. ¡Pero los poetas son así! Cuando buscan una rima les importa bien poco arruinar la reputación de un hombre honrado. ¡Moscas en la sopa! ¡En mi casa! En lo que se refiere a las cuentas que nunca pagó… ahí sí se le ha escapado una gran verdad. De eso y no de las moscas…

–Dejadme ahora un rato en paz -le interrumpió Behaim.

–Es igual, el vino corre de mi cuenta -dijo el tabernero que, incapaz de callar en el acto, siguió murmurando-. Lo dije una vez, ahí está mi palabra y no la retiro, a pesar de las moscas. Sí, señores, ya voy, ya estoy aquí, en seguida les atiendo.

El escultor se dirigió de nuevo a Behaim.

–¿Venís de más allá de las montañas? – preguntó señalando con el pulgar por encima de su hombro como si allí, en algún lugar detrás de él, se encontrase Alemania-. ¿Cruzando el Albula y el Bernina?

–En esta época del año habría sido un viaje penoso -observó Behaim y vació de un trago su vaso de estaño-. No, señor, vengo por mar de los países de Oriente. De los estados del Gran Turco. Estuve por negocios en Alepo, en Damasco, en Tierra Santa y en Alejandría.

–¿Cómo? ¿Habéis estado entre los turcos? – exclamó sorprendido el escultor-. ¿Y no os han empalado ni torturado?

–En su país empalan y torturan mucho menos de lo que uno se cree -le aleccionó Behaim que se sentía muy a gusto de que todos le mirasen como si fuese un fenómeno.

El escultor se atusó pensativo su pequeño mostacho.

–Sin embargo, dicen que no cesan de derramar sangre cristiana -objetó.

–Cuando comercian son bastante tratables -explicó Behaim-. Más o menos como vosotros los milaneses; ¿acaso empalaríais y torturaríais al que acudiese a vosotros para

comprar armaduras o artículos de mercería? ¿O lo harían los comerciantes de Siena cuando venden su mazapán y sus pastas? Además, tengo una carta firmada por el Gran Turco en persona y eso me procura un cierto respeto.

Mancino miró a Behaim con súbito interés.

–¿Pensáis que los turcos vendrán a Italia el año que viene?

Behaim se encogió de hombros y alargó la mano para coger el vaso de estaño.

–Están armando una flota poderosa contra Venecia y han enrolado a capitanes de barco expertos -les informó.

–¡Dios nos proteja! – exclamó uno de los maestros canteros-. Si devoran Venecia para desayunar, Milán les servirá de cena.

–Puesto que el peligro es tan inminente y amenazador -apuntó Mancino-, habría que enviar por fin a un hombre elocuente y ducho en la interpretación de las sagradas escrituras a la corte del Gran Turco…

–¡Ya estamos otra vez! – exclamó riendo el pintor D'Oggiono, un hombre todavía muy joven a quien le caían sobre los hombros las mechas de pelo castaño-. Esa idea le obsesiona desde hace años -explicó a Behaim-. Piensa que él es ese hombre y quiere convencer al Gran Turco de que ame y venere la divinidad de Cristo.

–Ésa sería una empresa magnífica -dijo Mancino y sus ojos brillaban y ardían.

–Abandonad esa idea -le aconsejó Behaim-. En lo que se refiere a su fe, los turcos son muy particulares.

Luego golpeó la mesa con su vaso de estaño para llamar al tabernero, pues su jarra estaba vacía.

–Yo confío más -retomó ahora la palabra D'Oggiono- en la máquina de inmersión que ha inventado messere Leonardo para perforar los barcos enemigos que se acerquen a nuestras costas.

–Pero hasta ahora -señaló el maestro organista y compositor Martegli- se ha negado obstinadamente a entregar los planos de esa máquina de inmersión a los militares porque la naturaleza perversa de los hombres podría llevarles a hundir los barcos con su tripulación.

–Eso es cierto -dijo el hermano Luca sin levantar la mirada de sus dibujos- y voy a repetiros sus palabras, pues son dignas de ser guardadas en la memoria: «Si a ti, hombre que me escuchas, la construcción y organización del cuerpo humano te parecen tan maravillosas, piensa que el cuerpo es nada en comparación con el alma que habita esa construcción. Pues el alma, sea lo que fuera, es cosa de Dios. Déjala que viva en su obra según su voluntad y su placer y no permitas que tu ira y tu maldad destruyan una vida. Pues, en verdad, quien no valora la vida no merece poseerla».

–¿Quién es ese Leonardo? – preguntó Behaim-. Oigo hablar de él por segunda vez esta noche. ¿Es el mismo que hizo en bronce el caballo del difunto señor duque? En cualquier caso, sabe utilizar a la perfección sus palabras.

–Es el mismo -dijo D'Oggiono-. Fue mi maestro de pintura y lo que sé, se lo debo a él. Jamás encontraréis a un hombre como él, ni vos ni nadie. Crear por segunda vez un hombre semejante supera la capacidad de la naturaleza.

–También por su aspecto es un hombre espléndido -le informó el escultor-. Quizás tengáis ocasión de verle hoy. Pues sabe que cuando el hermano Luca viene a Milán se le puede encontrar por la noche en el Cordero.

–Eso no se puede afirmar con tanta seguridad -replicó el hermano Luca-. Al menos no con la seguridad que otorgan las matemáticas a los que se apoyan en sus reglas. Pues a veces me encuentro en la Campanilla a esas horas. Pero allí los tableros de las mesas son tan lisos que no hay manera de que agarre la tiza.

Behaim cayó en la cuenta de que no había acudido allí por ese messere Leonardo, y para impulsar el asunto que le

preocupaba, abordó de nuevo a Mancino que acababa de terminar de cenar.

–En cuanto a esa muchacha… -entró en materia.

–¿Qué muchacha? – preguntó Mancino por encima de sus platos.

–La que pasó por el mercado. La que os sonrió.

–¡Callaos! ¡Ni una palabra de ella! – murmuró Mancino dirigiendo una mirada inquieta al escultor y a D'Oggiono que discutían con el hermano Luca sobre el Cordero, la Campanilla y las matemáticas.

–Podríais decirme cómo se llama -le propuso Behaim-. Es un favor de hombre a hombre.

–No habléis de ella, os lo ruego -dijo Mancino muy bajo, pero en un tono que no prometía nada bueno.

–O cómo podría encontrarla -prosiguió Behaim que no estaba dispuesto a abandonar la idea que tenía metida entre ceja y ceja.

–No lo sé -dijo Mancino alzando un poco la voz, pero de manera que sólo pudiese entenderle Behaim-. Pero os voy a decir cómo os encontraréis vos mismo: arrastrándoos a casa a cuatro patas, pues así de maltrecho os pienso dejar.

–¡Señor! – exclamó Behaim-. ¡Os estáis propasando!

–¡Eh! ¡Hola! ¿Qué ocurre ahí? – exclamó el pintor D'Oggiono cuya atención había sido atraída por las últimas palabras que había pronunciado Behaim en voz alta-. ¿Tenemos bronca?

–¿Bronca? Bueno, según como se tome -respondió Mancino con la mirada fija en Behaim y la mano en el pomo de su puñal-. Decía que deberíamos abrir la ventana para que entrase el aire y el caballero opina que debe permanecer cerrada. Está bien, que permanezca cerrada.

–Por mí, podéis abrirla -gruñó Behaim, bebió de un trago su vino y la mano de Mancino soltó el pomo del puñal.

Durante un rato reinó silencio y para romperlo, D'Oggiono preguntó:

–¿Os encontráis en Milán por negocios?

–No exactamente por negocios -explicó Behaim-. Tengo que cobrar un dinero que alguien me debe desde hace años.

–A cambio de una pequeña gratificación -dijo Mancino como si nada hubiese ocurrido- lo cobro para vos. No tenéis que molestaros personalmente, dejad que me ocupe yo. Como sabéis, estoy siempre dispuesto a serviros.

Behaim, creyendo que se burlaba de él, le dirigió una mirada de disgusto pero no le prestó mayor atención. El vino que había bebido en exceso empezaba a subírsele a la cabeza, pero aún era dueño de sus actos y sus palabras, y con ese hombre que había echado mano del puñal tan deprisa, no quería tratos, ni para bien ni para mal. Empezó a explicar a D'Oggiono su problema:

–El hombre que me debe el dinero es un florentino que vive ahora en Milán. Se llama Bernardo Boccetta. Quizás podéis decirme dónde puedo encontrarle.

En lugar de responder, D'Oggiono echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en una carcajada a la que se sumaron los demás. Al parecer encontraban muy divertido lo que acababa de decir el alemán. Sólo Mancino permaneció serio. Mantenía los ojos clavados en Behaim y sus rasgos expresaban sorpresa y preocupación.

–No sé a qué vienen esas risas -se encrespó Behaim-. Me debe diecisiete ducados. Diecisiete ducados, auténticos y de buena ley.

–Se ve, señor, que sois nuevo en Milán -le explicó D'Oggiono-. No conocéis a ese Boccetta, de lo contrario emplearíais vuestro tiempo en negocios más rentables.

–¿Qué queréis decir? – preguntó Behaim.

–Que vuestro dinero está tan perdido como si lo hubieseis arrojado al mar.

Esas palabras le atravesaron el corazón a Behaim como puñaladas. Reflexionó unos instantes.

–¡No digáis estupideces! – dijo entonces-. Poseo un documento que respalda mi reclamación.

–¡Pues guardadlo bien! – le aconsejó D'Oggiono.

–Eso pienso hacer -dijo Behaim con la lengua pesada, pues el vino empezaba a runrunear en su cabeza-. Vale por diecisiete ducados.

–Diecisiete pimientos, eso es lo que vale -se rió D'Oggiono.

El escultor puso su mano sobre el hombro de Behaim.

–Y aunque lleguéis a tener más años que una corneja -le aseguró- no recibiréis de Boccetta ni un pimiento.

–¡Dejadme en paz con vuestros pimientos! – gritó Behaim-. ¡No me gustan crudos ni asados!

–Voy a deciros cómo se las gasta ese Boccetta -continuó el escultor-. Hasta ahora ha estafado a todos los que han tratado con él. Dos veces hizo quiebra y las dos, había una estafa detrás. Estuvo en la cárcel, pero logró salir sin asumir responsabilidad alguna. Todos saben que es un estafador, pero no hay manera de agarrarle. Cuando exijáis vuestro dinero, os dará palabras, nada más que palabras y en cuanto os deis la vuelta, se reirá de vos y ése será vuestro único beneficio.

Joachim Behaim descargó el puño sobre la mesa.

–Soy capaz de despachar a cien como él -balbució-. Haré valer mis derechos. Apuesto dos ducados contra uno.

–¿Dos ducados contra uno? – exclamó D'Oggiono-. Acepto la apuesta. ¿Trato hecho?

–Trato hecho -dijo Behaim tendiendo la mano a D'Oggiono por encima de la mesa.

–Podéis llevarle a los tribunales -tomó ahora la palada el organista Martegli-. Sí, podéis hacerlo, pero en ese caso se quedarán los abogados y los procuradores con vuestro dinero y

no ganaréis nada. Pensad bien lo que digo. El oprobio y la vergüenza no le afectan.

–¿Quién sois vos? – preguntó Behaim en su borrachera-. No os conozco. ¿Por qué os metéis en mis asuntos?

–¡Disculpad! – murmuró turbado el maestro organista que era un hombre callado y humilde.

–Ese Boccetta -refirió el escultor- es un tipo raro. Vive como el más pobre de los mendigos, lleva él mismo su cesta cuando va al mercado a comprar col, pan duro y raíces, pues otra cosa no llega a su mesa. Y eso que podría permitirse todas las comodidades y vivir como un prelado. Dinero tiene de sobra, pero lo ha enterrado o escondido, quizás debajo de un montón de clavos herrumbrosos o Dios sabe dónde. Malvive por temor a malvivir algún día.

–Como una sanguijuela -dijo Behaim bostezando.

–Sí, es una verdadera sanguijuela -le dio la razón el escultor.

–Yo -dijo Behaim señalando su pecho-. Yo sí que soy una sanguijuela cuando me cuelgo de alguien. No tendrá una hora de respiro. Ni una sola hora. Y no pienso…

Sus pensamientos se volvieron confusos. Trató de incorporarse pero no pudo. Se dijo a sí mismo que tenía que volver a casa, arrastrándose a cuatro patas, para ser exacto, pues no le estaba permitido caminar derecho como las demás personas. Durante un rato se quedó sentado con la mirada perdida, luego recordó lo que pensaba decir:

–… irme de Milán hasta que no tenga mi dinero.

–En ese caso -opinó uno de los dos maestros canteros arrimándose un poco- haríais bien en encargar vuestra lápida en mi taller. Pues es aquí, y no en otro lugar, donde seréis enterrado. No lo toméis a mal, señor, pero ése es mi oficio.

Joachim Behaim oyó esas palabras pero no entendía su significado. El tabernero se había acercado a él y reclamaba su dinero. Tuvo que reclamarlo hasta tres veces y alzar cada vez

más la voz, sólo entonces comprendió Behaim que tenía que pagar su vino. Sacó su bolsa, y con mano insegura esparció diversas monedas sobre el tablero de la mesa. El tabernero retiró lo que le correspondía, metió el resto del dinero en la bolsa y depositó ésta en la mano del alemán.

Durante un rato, Behaim permaneció inmóvil, medio dormido, con los ojos cerrados, la cabeza inclinada sobre el pecho. Sus dedos agarraban firmemente la bolsa del dinero. De pronto oyó que hablaban de él.

–Un alemán que viene de Levante. Se ha emborrachado. Nadie le conoce. No sabemos qué hacer con él.

Joachim Behaim bostezó, alzó la cabeza y abrió los ojos. Vio al hombre con el que se había cruzado ese mismo día en el patio del viejo castillo, conversando con el hermano Luca -ese hombre de nariz aguileña, cabellera ondulada, cejas pobladas y poderosa frente, el hombre de aspecto atemorizante-. Quiso levantarse y hacer una reverencia, Pero no fue capaz. La cabeza se abatió sobre su pecho y el sueño le invadió.

Por segunda vez ponía el destino a Joachim Behaim en el camino de messere Leonardo, y de nuevo tenía Behaim Su bolsa del dinero agarrada con mano firme. Pero los pensamientos de Leonardo estaban con la estatua del difunto duque al que había representado montado a caballo.

–Es el tratante que vendió hoy al Moro dos hermosos caballos -dijo-. Ojalá hubiese venido antes a Milán. Si yo hubiese dispuesto de su gran beréber como modelo para el caballo del duque, esta obra habría resultado mejor.

4

Lo primero que notó Joachim Behaim al despertar a la mañana siguiente fue el hecho sorprendente de que un grueso infolio le hubiese servido de almohada durante la noche. Después cayó en la cuenta de que estaba echado sobre un saco de paja y que se hallaba completamente vestido y cubierto con un abrigo que reconoció como suyo; y mientras se preguntaba de qué manera había llegado a casa y por qué estaba echado

sobre un saco de paja y no en su cama, le sobrevino una inquietud que sin embargo desapareció en seguida cuando tentó los bolsillos de su abrigo y encontró en uno de ellos su bolsa de dinero. Se frotó los ojos para quitarse la somnolencia y sólo entonces se percató de que no estaba solo en la habitación. Un hombre se hallaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas a la manera turca y, mientras silbaba tranquilamente, trataba de abrir un arca que parecía descansar sobre dos sillas colocadas juntas; sin embargo, el arca, de eso estaba Behaim seguro, no se había encontrado en su habitación el día anterior y no comprendió para qué le podía servir.

–¡Fuera de aquí! – dijo en un tono sereno pero terminante, pues quería una vez por todas poner en su sitio a su patrón, el cerero, que al parecer había entrado indebidamente en su cuarto y tenía quizás intención de seguir utilizando en el futuro ese aposento-. ¿Qué buscáis aquí y a estas horas de la mañana? ¡Coged vuestra arca y largaos!

–¡Buenos días! – dijo el hombre sentado en el suelo-I Así que estáis despierto; si consideráis propio de los deberes de la hospitalidad que salga y os deje solo, lo haré de buen grado, sólo os pido que aguardéis unos minutos pues no quisiera interrumpir mi trabajo en este preciso instante.

–¡Menos cuentos! – gruñó el alemán-. La próxima vez llamad a la puerta y pedid permiso como es debido.

El hombre que estaba sentado delante del arca volvió la cabeza y se apartó los cabellos castaños de la frente y al hacerlo se vio que sostenía un pincel en la mano del que caían gotas de pintura azul.

–¡Señor! ¿Qué permiso debo pedir? – preguntó-. ¿Por quién me tomáis y a qué puerta debo llamar?

–¡Por la sangre de los santos mártires! Tenéis razón, es verdad que no sois la persona por la que os tomaba -exclamó Behaim completamente desconcertado-. ¿Pero quién diablos sois y cómo habéis llegado hasta aquí? Tengo la sensación de haber visto vuestra cara en otra ocasión.

–Soy Marco d'Oggiono, para serviros, señor…, pintor y antiguo discípulo de messere Leonardo. Y anoche fui vuestro compañero de mesa en el Cordero…, ¿os acordáis ahora de mí?

–Por supuesto, señor, por supuesto -dijo Behaim con un bostezo que trató en vano de reprimir-. Tengo que pediros disculpas pues, a decir verdad, os había tomado por mi casero, un individuo de muy pocas luces aunque indiscreto y charlatán… a esos individuos conviene mantenerlos alejados, y lo que opinará de que le manchéis el suelo con pintura azul, es algo que ignoro. De modo que sois el señor D'Oggiono. ¿Y qué buen motivo os conduce tan de mañana hasta mí?

–¡Señor! – protestó ahora D'Oggiono con cierta impaciencia-. Por lo visto, aún no estáis del todo despierto. Meted vuestra cabeza en agua fría, a ver si os despejáis, allí en el rincón está la palangana. Estáis en mi casa, en mi cuarto y el suelo que mancho es el mío.

–Así que por eso estaba tan desorientado al despertar - explicó Joachim Behaim meneando la cabeza y todavía un poco confuso.

–Ayer -prosiguió el pintor- nos fue del todo imposible averiguar de vos en qué posada os alojabais. Así que os traje a casa y habéis dormido sobre el saco de paja que utiliza en otras ocasiones el reverendo hermano Luca cuando, debido a la hora avanzada o al mal tiempo, pasa aquí la noche. No sé dónde habrá pasado esta noche. Pero ya estuvo aquí esta mañana para pedirme prestados dos carlini, Pues el buen hermano está mal provisto de bienes terrenales. No los obtuvo, pero en cambio tomó uno de mis carboncillos y se marchó satisfecho, pues al ser matemático también es filósofo y, como tal, más apto que nosotros para aceptar las decepciones.

Behaim había seguido entre tanto el consejo del pintor y se había echado una jarra de agua fría por la cabeza. Y mientras se lavaba las manos y la cara dijo:

–Así que, señor D'Oggiono, anoche habéis realizado conmigo, al menos una de las siete sagradas obras de

misericordia, claro que fue a costa de la comodidad del reverendo hermano, de manera que os estoy agradecido a vos y a él, a partes iguales. Además, también habéis encendido la estufa, y ésa es ya la segunda de las sagradas obras.

–En cuanto a la tercera, o sea el desayuno -explicó D'Oggiono-, es, por desgracia, bastante insustancial. Sol puedo ofreceros pan y cebollas tiernas y después, media sandía.

–¡Pan y cebollas tiernas! – exclamó Behaim-. ¿Pensáis acaso que normalmente desayuno truchas con trufas? ¡Vengan esos panes y esas cebollas, voy a atracarme como un mozo de mulas!

Mientras Behaim tomaba el desayuno, el pintor D'Oggiono reanudó su trabajo. Tenía que adornar con representaciones del Evangelio el arca de madera que formaba parte del ajuar de la hija de unos ricos burgueses. En el lado frontal del arca se distinguían ya un Cristo, una Virgen y gentes del pueblo.

–Siempre es la misma canción -se quejó D'Oggiono-. Todos piden el milagro y los episodios de las bodas de Cana sobre sus arcas. He pintado esa dichosa boda no menos de ocho veces y me han encargado una novena; ya estoy cansado de ese maestro de banquete y de sus jarras de vino. Esta vez dije al padre de la muchacha y al novio que, para variar, y en vista del carácter de los matrimonios actuales, podía pintar sobre el arca nupcial el encuentro de Cristo con la mujer adúltera, pero no querían ni oír hablar de ello e insistían erre que erre en su milagro de Caná. ¡En fin, qué le vamos hacer! ¿Qué opináis vos, señor, de ese Cristo?

–¿De ese Cristo? Bueno, no imagino que alguien pueda pintar con más dignidad al Salvador -dijo Joachim Behaim que no estaba muy acostumbrado a vestir con palabras su opinión acerca de cuadros y otras obras de arte.

A D'Oggiono pareció bastarle esa alabanza.

–Supongo que messere Leonardo que, como vos sabéis, fue mi maestro de pintura, tampoco estará del todo descontento con ese Cristo -explicó-. Pero si os dijese lo que me pagan por esa obra, os haríais cruces por lo poco que gano, sobre todo teniendo en cuenta lo que cuesta hoy una onza de laca. Sí, esos burgueses saben defender su interés, negocian y regatean conmigo como si se tratase de la venta de una carretada de leña.

Suspiró, dirigió una mirada a sus medias remendadas y sus zapatos desgastados y luego se puso a pintar una aureola de oro y ocre alrededor de la cabeza de su Cristo.

–Yo no acepto baráteos ni regateos -dijo Behaim que ya había terminado su desayuno-. El precio de mi mercancía está perfectamente calculado y de lo que debo pedir no perdono ni un solo céntimo. Vos tenéis vuestra mercancía: Cristo y sus apóstoles y su santa madre y los fariseos, Pilatos, los publicanos, los tullidos, los leprosos y todas las mujeres del Evangelio, además de los santos mártires y los tres Reyes Magos de Oriente; y yo tengo mi mercancía: raso veneciano y alfombras de Alejandría, pasas en tarros, y azafrán y jengibre en sacos de hule. Y del mismo modo que actúo yo con mi mercancía: cuesta tanto, y no hay regateos que valgan, y el que no esté de acuerdo que siga su camino, deberíais vos mantener el precio que habéis fijado para vuestros santos y mártires. Tanto, debéis decir, cuesta un Cristo bien pintado por mí, tanto un publicano o un apóstol. Pues si no mantenéis los precios fijados por vos, no alcanzaréis jamás la prosperidad, a pesar de todo vuestro arte y todo vuestro esfuerzo.

–Es posible que tengáis razón -admitió el pintor que seguía dando pinceladas a la aureola del Salvador-. Nunca había contemplado la cuestión con ojos de comerciante. No obstante hay que tener en cuenta que si no pueden regatear conmigo, se dirigirán a otros pintores que abundan aquí como los moledores de pimienta en Venecia, y yo me quedo sin encargos y caigo, como suele decirse, de la sartén en la brasa.

–Está bien -opinó Behaim un poco contrariado-. Haced lo que os plazca, vos sabréis lo que os conviene. No es fácil

aconsejaros, ya lo veo.

–Los milaneses -dijo pensativo D'Oggiono- son recelosos de nacimiento, ninguno se fía de su vecino, cada cual piensa que el otro le quiere cobrar de más y estafarle, y así regatean conmigo como regatean con los campesinos que traen al mercado trigo, miel, garbanzos o lino y que, ciertamente, son unos estafadores redomados, pues con sus caras ingenuas engañan a todo el mundo. De vos los alemanes se dice, sin embargo, que sois gentes honradas, y verdaderamente lo sois. Cuando empeñáis vuestra palabra, no os echáis atrás.

Dejó a un lado el pincel y contempló con ojo crítico su trabajo mientras Behaim se acariciaba la barba.

–Y por eso -prosiguió D'Oggiono al cabo de un breve silencio-, tampoco me preocupan los dos ducados, aunque no tenga un documento vuestro que me los garantice.

Joachim Behaim le miró con ojos de asombro.

–¿Qué ducados son ésos? – preguntó dejando de acariciarse la barba.

–Hablo de los dos ducados que anoche, cuando estábamos en el Cordero, apostasteis contra uno de los míos -explicó D'Oggiono-. Y no creáis que carezco por completo de medios y que soy incapaz de cumplir una apuesta. Tengo ahorrada una pequeña cantidad.

–En efecto, recuerdo algo de una apuesta y de un apretón de manos -murmuró Behaim pasándose la mano por la frente-. Pero que me lleve el diablo si sé de qué se trataba. ¡Un momento, dejadme pensar! ¿Se trataba de los turcos? ¿De que pudiesen llegar a Venecia el año que viene?

–Se trataba de Boccetta, de quien decíais que os debía dinero -le recordó D'Oggiono-. Se trataba de ese dinero. Os jactabais de ser capaz de hacer frente a cien como él y que conseguiríais el dinero. Y yo dije…

–¡Pimientos! – exclamó Joachim Behaim regocijado dejando caer pesadamente la mano sobre su muslo-. ¿No decíais que mi pretensión valía diecisiete pimientos? Ya os

enseñaré qué clase de pimientos. ¡Maldita sea! Claro, de eso se trataba. Sois un hombre honrado por habérmelo recordado. ¡Había olvidado por completo el asunto!

–Ya me había dado cuenta -reconoció el pintor con una sonrisa apurada-. Y aunque decía que no me preocupaba por vuestros dos ducados…

–Preocupaos más bien por el vuestro -le interrumpió Behaim-, pues prácticamente lo habéis perdido. Sólo tengo que averiguar dónde vive o se aloja ese Boccetta o dónde se le puede encontrar y luego ya le presentaré mis respetos. Y que vuestro ducado esté listo para viajar. Despedíos de él, dadle algún buen consejo para el camino, pues irá conmigo a Oriente.

–¡Señor! – dijo D'Oggiono-. Eso lo dudo mucho y mis dudas están bien fundadas, aunque por desgracia, también debo confesar que mis ducados siempre han sido un poco errantes, nunca han querido quedarse conmigo mucho tiempo. Y en cuanto a Boccetta, no es un hombre difícil de encontrar. Sólo tenéis que ir hasta la puerta de Vercelli y luego seguir todo recto por la carretera hasta que veáis a mano izquierda varios montones de piedras que en otros tiempos fueron el muro de un huerto. Entonces atravesáis el huerto y allí puede ocurrir que os caigáis en el pozo que está completamente cubierto de cardos. Si evitáis ese peligro, llegaréis a una casa, o si preferís a una cuadra de muías, pues se encuentra en un estado lamentable, o sea que llegaréis a cuatro muros con un tejado, en resumen, preguntad por la casa del Pozo cuando hayáis dejado atrás la puerta de Vercelli.

–Pasada la puerta de Vercelli, pregunto por la casa del pozo -repitió Behaim-. Eso no es difícil de retener. ¿Y allí encontraré a Boccetta?

–Suponiendo que a vuestra llamada os abran la puerta -explicó D'Oggiono- y suponiendo que no halléis antes un fin ignominioso en el fondo del pozo, encontraréis a Boccetta en esa casa. Y ahora os diré el curso que seguirá esta historia. Cuando se entere de vuestro nombre y del motivo de vuestra

visita, estará, justo ese día, agobiado de trabajo, dispuesto a salir a cenar en ese preciso instante, tendrá una cita ineludible por un asunto importante, estará cansado de los negocios del día, tendrá que emprender una peregrinación para obtener unas indulgencias, escribir y enviar cartas, se sentirá enfermo y necesitará tranquilidad… si no opta simplemente por daros con la puerta en las narices.

–¡Por quién me tomáis! – exclamó Behaim indignado-. ¿Pensáis que no sabría responder a tales excusas? Cobrar forma parte de mi profesión como moler colores de la vuestra. ¿Para qué serviría yo, si no fuese capaz de hacerlo?

Tomó su abrigo, lo examinó y lo alisó cuidadosamente, Pasó la mano por el costoso forro de piel para quitarle algunas briznas de paja que se habían pegado, y luego cogió su barreta que había colocado D'Oggiono sobre la cabeza de un san Sebastián tallado en madera al llegar a casa la noche anterior, y se acercó a la ventana para ver qué tiempo hacía.

La ventana daba a un patio estrecho, cubierto de escasa hierba y rodeado de una valla; en el extremo alejado del patio había una cuadra. Y allí, para sorpresa suya, Behaim descubrió a Mancino que, provisto de cubo y cepillo estrillaba un caballo pío mientras un segundo caballo bayo, estaba al lado atado a un poste. Mancino, que trabajaba con ahínco, no levantó la vista, y Behaim tuvo de nuevo la sensación de que ya había visto muchos años antes esa cara sombría y arrugada. Pero no se detuvo demasiado en ese recuerdo fugaz, en seguida se puso a pensar en la muchacha que la noche anterior había dado lugar a una discusión entre él y Mancino; la imagen de la joven surgió ante él y la vio caminando sonriente y con los ojos bajos por la calle de San Jacobo y se perdió en sueños.

Si bajo ahora -se le pasó por la cabeza- y le doy a Mancino el pañuelo para que se lo entregue… ella sabrá sin duda quién lo ha encontrado. Y cuando vuelva a cruzarme con ella, se detendrá o se reirá al pasar, pues en Milán las muchachas se pueden permitir algunas libertades cuando tratan con los hombres, y yo diré… Sí, ¿qué le diré?

–¡Mujer, qué tengo yo que ver contigo!

Behaim giró la cabeza y miró atónito a D'Oggiono que había pronunciado esas palabras en voz alta; parecía como si por obra de magia D'Oggiono hubiese leído la pregunta en su frente y la hubiese contestado siguiendo una intuición.

–¿Cómo? ¿Cómo? – balbució con voz ronca-. ¿Qué queréis decir y de qué mujer habláis?

–¡Señor! – contestó D'Oggiono sin interrumpir su trabajo-. Ésas son las palabras que dirigió nuestro Salvador a su santa madre en las bodas de Caná: «Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?». Consultad el evangelio de san Juan, al principio del todo, capítulo segundo; y en el cuadro yo le doy al Salvador esa actitud y ese gesto, como si acabase de decirlo en ese instante.

–Así es y así está escrito en el Evangelio -dijo Behaim, muy aliviado-. ¿Y sabéis también, señor, que en el patio se encuentra uno de vuestros compañeros, el que anoche me amenazó con un puñal en el Cordero?

–¿Quién os ha amenazado con un puñal? – preguntó D'Oggiono.

–Ese a quien llamáis Mancino; ignoro cómo se llama en realidad -le informó Behaim.

–Le creo muy capaz -declaró D'Oggiono-. Cuando monta en cólera arremete contra sus mejores amigos con cualquier arma que tenga a mano; es de un carácter muy irascible. Podéis verle todas las mañanas a estas horas en el patio, allí cepilla y hace dar vueltas a los dos caballos del dueño de la Campanilla, pues a los caballos sí que los sabe tratar Mancino, y de esa manera se gana su sopa matutina y algunos soldi que se gasta luego con mujeres en las casas públicas. Nosotros le llamamos Mancino, pues ni él mismo conoce su verdadero nombre y messere Leonardo dice que es un gran misterio que alguien pueda olvidar tan completamente su vida pasada por la lesión de la masa cerebral…

–Eso ya me lo explicó ayer largo y tendido el tabernero del Cordero -le interrumpió Behaim-. Y ahora ha llegado el momento de partir. Os doy las gracias, señor, por vuestras buenas obras, no las olvidaré, os deseo también que vuestro trabajo siga adelante con éxito y recordad lo que os he dicho, os será de provecho. Espero que volvamos a vernos en el Cordero o cuando venga a recoger mi ducado y hasta entonces, ¡que Dios os guarde, señor, que Dios os guarde!

Agitó su birreta y se marchó cerrando tras de sí la puerta sobre la que el hermano Luca había escrito con carboncillo las palabras: «El que vive aquí es un tacaño», por no haber obtenido los dos carlini de D'Oggiono.

–Haced bien vuestro trabajo que no quiero oír quejas de vos -dijo Behaim de buen humor a Mancino pensando que ésa era la mejor manera de entablar una conversación con ese poeta de mercado, taberna y cuadra que cepillaba el caballo.

Mancino levantó la mirada, vio quién estaba a su lado, torció un poco la boca, pero luego dijo en tono amable:

–¡Buenos días, señor! ¿Habéis estado a gusto en vuestro alojamiento?

–Ha ido mejor de lo que había merecido y de lo que podía esperar -le informó Behaim-. Si ese caballero -señaló con el pulgar hacia la ventana de D'Oggiono- no se hubiese ocupado de mí tan cristianamente, me habrían recogido esta mañana del arroyo.

–Porque vosotros, los alemanes -declaró Mancino-, no sabéis distinguir entre un vino y otro. Ese que os sirvió ayer el tabernero del Cordero no es de los que se pueden beber por jarras.

–Así es -dijo Behaim-. Uno siempre comprende las cosas después. Hoy me habláis con mucha cordura pero ayer bufabais como un demente.

–Porque -se disculpó Mancino- no parabais de hablar de aquella muchacha aunque yo os rogaba insistentemente que dejaseis de hacerlo. No quería que mis compañeros se

enterasen de la amistad y del afecto que siento por esa criatura. Ellos se habrían frotado las manos y no habrían dudado en arrastrar por todos los charcos y callejuelas de la ciudad la reputación de la pobre muchacha. En adelante recordad esto, señor: ¡ni una palabra sobre esa muchacha delante de mis compañeros!

–¿De veras? – se maravilló Behaim-. Pero si me había parecido que eran personas honorables y de buenas costumbres.

–¡Por supuesto que lo son! – exclamó Mancino sujetando por la brida al caballo pío que empezaba a ponerse nervioso-. Personas honorables y de buenas costumbres. Pero yo no. Yo nunca he pertenecido a las personas honorables, y de mis costumbres, mejor no hablar. En resumen, mis compañeros piensan que una muchacha que sienta aprecio por mí, que tan sólo conteste mi saludo no puede ser más que una de esas mujeres cuyo amor se puede obtener por dinero.

–A decir verdad, no daba esa impresión -apuntó Behaim completamente sumido en el recuerdo de la muchacha-. Pero si fuese una de ésas, ningún precio sería demasiado alto.

–Es hermosa y pura como una rosa joven -dijo Mancino sumergiendo el cepillo y su brazo desnudo en el cubo de agua.

–Tiene un buen cuerpo -admitió Behaim- y también posee una tez fresca, no es una de esas anémicas. No puedo decir que me desagrade. Si pudieseis darme una pista, indicarme en qué iglesia oye misa…

–¡De modo que no sólo pretendéis que yo sea vuestro alcahuete sino que lo sea también Dios nuestro señor! – le recriminó Mancino.

–¿Alcahuete? – exclamó indignado Joachim Behaim-. ¡Señor! ¡Hablad con más respeto de las cosas sagradas! Supongo que uno podrá oír misa sin que os escandalicéis por ello. ¿Quién habla de alcahuetear? Quiero devolverle el pañuelo que ella ha perdido y yo he recogido.

Sacó el pañuelo de lino boccacino de un bolsillo de su abrigo y se lo mostró a Mancino.

–Sí, es su pañuelo, lo reconozco -dijo cogiéndolo cuidadosamente con dos dedos de su mano mojada-. Se lo regalé el día de su santo junto con un frasquito de esencia de flores. De modo, que se le cayó al suelo.

–Sí, y podéis devolvérselo con un amable saludo de quien iba caminando detrás de ella -le encargó Behaim-. Y no voy a negar que desearía volver a verla, me gustó bastante y, quién sabe, quizás yo también le gusté. Pero de improviso desapareció sin dejar huella, ¿y qué se cree? ¿Que tengo tiempo para seguirle la pista por todas las callejuelas de Milán? ¿Para buscarla en todas las iglesias y todos los mercados? No, eso no me lo permiten los asuntos que he de resolver en Milán, ¡decídselo a mi Anita!

–¿A quién decís que informe de los asuntos que habéis de resolver? – Quiso saber Mancino.

–A mi Anita, a quién si no -dijo Behaim-. ¿O acaso no se llama así? Podríais decirme de una vez su nombre.

Mancino hizo caso omiso de su deseo.

–¿De modo que iréis a ver a ese Boccetta para pedirle vuestro dinero? – preguntó.

–Sí, eso haré -aseguró Behaim con firmeza-. Mañana o cuando sea, iré a verle y zanjaré el asunto. En cuanto a esa muchacha a quien, según parece, no debo volver a ver…

–Volveréis a verla -dijo Mancino y en su rostro la tristeza sucedió a la ira-. Sí, puesto que no lo puedo evitar. Pero recordad lo que os digo: temo que las cosas tendrán un final desastroso para la muchacha. En ese caso también lo tendrán para vos, os lo advierto. Y quizás también para mí.

5

La casa del Pozo se encontraba realmente como había descrito D’Oggiono, en un estado de abandono extremo, parecía llevar deshabitada muchos años, el tejado estaba en

mal estado, las vigas podridas, la chimenea derrumbada, el revoque de las paredes desconchado, por todas partes aparecían grietas en los muros y Behaim podía llamar y gritar con todas sus fuerzas que nadie le abría la puerta. Y mientras golpeaba con los nudillos y esperaba y gritaba y golpeaba con los nudillos y volvía a gritar y volvía a esperar, cayó su mirada casualmente sobre un ventanuco enrejado que había encima de la puerta, y en ese ventanuco divisó un rostro que le dio la misma impresión de abandono y decrepitud que la casa, el rostro hirsuto y poco aseado de un hombre que observaba atentamente cómo se magullaba los nudillos contra la puerta cerrada.

–Señor, ¿qué significa esto? ¿Por qué no me abrís? – preguntó Behaim enojado.

–Por qué alborotáis en propiedad ajena y además, ¿quién sois? – replicó el preguntado.

–Busco a un tal Boccetta -explicó Behaim-, Bernardo Boccetta. Me dijeron que le encontraría en esta casa.

–A Bernardo Boccetta le buscan todos -gruñó el hombre del ventanuco-. Demasiados buscan a Bernardo Boccetta. Mostradme lo que traéis antes de dejaros entrar.

–¿Lo que traigo? – exclamó asombrado Behaim-. ¿Qué demonios debo traer para que me dejéis entrar?

–Si no tenéis nada que empeñar, ya podéis dar media vuelta -le aconsejó el hombre del ventanuco-. Aquí no se presta nada sobre un simple aval. ¿O acaso habéis venido a desempeñar una prenda? En ese caso, no es hora, venid por la tarde.

–¡Señor! – dijo Behaim-. No quiero que me prestéis dinero, ni he depositado una prenda. Quiero ver al señor Boccetta y nada más.

–¿Ver al señor Boccetta y nada más? – repitió el hombre del ventanuco dando vivas muestras de asombro-. ¿Qué motivo tenéis para desear ver al señor Boccetta si a juzgar por las apariencias, no os encontráis en ningún apuro? ¿Qué tiene

él de interesante? Y cuando le hayáis visto, ¿qué querréis después? ¡Porque yo soy ese Boccetta!

El alemán dio un paso atrás sorprendido y volvió a contemplar la apariencia desastrada y el semblante decrépito del hombre que en otro tiempo había pertenecido a la Nobleza de Florencia. Luego dijo haciendo una reverencia:

–Me llamo Behaim, señor, y os traigo los saludos de mi padre, Sebastian Behaim, comerciante en Melnik. Él se alegrará cuando le cuente que estuve en vuestra casa y que gozáis de buena salud y de una posición desahogada.

–¡Behaim! ¡Sebastian Behaim! – murmuró Boccetta-. Sí, señor, tenéis razón, él os estará agradecido por cualquier noticia que le llevéis de mí; es tan raro saber algo de los amigos. Decidle que en cuanto a la salud no tengo motivo de queja, todavía me encuentro bien, por lo demás… en fin, vos mismo conocéis los tiempos que corremos, los rumores de guerra, la carestía, la envidia y la malevolencia de las personas, toda clase de estafas, hay que tener paciencia y también aceptar lo malo, Dios no lo ha querido de otra manera, es Su voluntad y nadie sabe si el día de mañana nos traerá cosas peores. Decidle pues, decidle a vuestro señor padre…

–¡Señor! ¿No queréis dejarme entrar? – le interrumpió Behaim.

–Por supuesto que sí. En seguida -dijo Boccetta-. De modo que sois el hijo de Sebastian Behaim. Debe ser una gran dicha dejar un hijo en el mundo, a mí me ha sido negada. En fin, decid a vuestro señor padre cuando le habléis de mí…

–Creía que me dejabais entrar -opinó el alemán.

–¡En efecto, así es, y yo aquí charlando! Un instante, ¿dónde he metido la llave? Ahora me doy cuenta de que por desgracia no tengo en casa vino, ni fruta, ni nada que ofreceros y a uno le gusta agasajar a sus invitados de acuerdo con la costumbre. En estas condiciones y para no avergonzarme deberíais, quizás, volver en otra ocasión, para entonces estaré mejor provisto de todo lo necesario.

–No, señor -declaró Behaim terminante-. No digo que no sepa apreciar una jarra de buen vino, pero como hacía tiempo que deseaba platicar un rato con vos, no quisiera aplazar la ocasión sin necesidad; podría surgir algún imprevisto, pues, como acabáis de observar muy justamente, no sabemos lo que nos traerá el día de mañana. Así que, os ruego que no me dejéis esperar más tiempo delante de vuestra puerta.

El rostro desapareció del ventanuco, se oyeron pasos arrastrados, sonó una cadena, una llave rechinó en la cerradura y desde la puerta abierta, Boccetta intentó una nueva objeción:

–Como suelo reservar las horas de la mañana para atender mis negocios había pensado que…

Behaim le cortó la palabra.

–No importa, después de todo también podemos hablar de negocios -dijo franqueando la puerta.

La habitación a la que condujo Boccetta a su invitado sólo estaba provista de los más exiguos enseres. Una mesa y dos sillas, un banco que sólo se apoyaba en tres patas, un arca carcomida en un rincón y, cubriendo el suelo, dos esteras de junco…, ése era todo el mobiliario. Encima de la mesa había una garrafa de agua y un vaso de estaño al lado de una escribanía. De la pared colgaba un pequeño cuadro sin enmarcar que representaba a la Virgen y que debía provenir de un buen maestro y Behaim se acercó para contemplarlo.

–Nuestra señora, la santísima Virgen -explicó Boccetta-. La tengo de un pintor que estaba agobiado de deudas. Por ese cuadrito me ha ofrecido cuatro ducados al contado el maestro Leonardo, que también es pintor. ¿Podéis comprender que alguien que sólo necesita coger un pincel y un poco de pintura para crear el mismo cuadro u otro más bello, esté dispuesto a pagar cuatro ducados?… y encima no tiene marco. Por cierto, me hizo el honor de retratarme en su cuaderno de apuntes, el maestro Leonardo.

Después invitó a Behaim a sentarse recomendándole que tuviese cuidado.

–Haceos ligero al sentaros -dijo-. Estas sillas están más adaptadas a mi peso que al vuestro. ¿No queréis refrescaros con un trago de agua? Ahí está preparada. Si tuviese a mi criado a mano, le mandaría traer de la taberna más próxima un poco de vino, pero le envié hace tres semanas a su pueblo con los suyos, pues creedme, en estos tiempos no es ninguna minucia tener una boca más en casa.

Suspiró, meneó la cabeza y se perdió durante un rato en recuerdos.

–Sí, señor, aquéllos eran otros tiempos cuando los dos, vuestro señor padre y yo, íbamos los domingos montados sobre nuestras muías a los pueblos y las granjas para bromear con las mozas y pellizcarles en los brazos y en otras partes. A vuestro señor padre le divertía mucho, y eso que tenía un aspecto tan respetable que le entraban a uno ganas de confesarse con él; así de digno y respetable era su aspecto. Sí, estábamos de buen humor, los negocios prosperaban. Pero lo pasado, pasado; al fin y al cabo, uno se encuentra ahora en una edad en la que, libre de todas las pasiones, puede servir a Dios. De los negocios me he retirado y si de cuando en cuando opero todavía con mi dinero, lo hago sólo para asistir con las ganancias a los pobres, pues aquí en mi barrio me conocen como amigo de Dios y de todos los necesitados… ¿Pero no queríais hablar de vuestros negocios? Quizás habéis pensado invertir dinero aquí en Milán, en cuyo caso yo os podría ser muy útil. Os puedo colocar cualquier suma a un buen interés; garantías, las que queráis, pero no me habléis de comisiones, pues lo que hago, lo hago por la amistad que siento por vos y vuestro padre. ¿Y bien? ¿De qué suma se trata?

–¡Se trata -dijo Behaim-, de diecisiete ducados!

–Vaya miseria -opinó Boccetta-. No habláis en serio. ¿Queréis invertir una suma de diecisiete ducados?

–No, retirarla -le informó Behaim-. Y, para ser exacto, de vos. En nuestras cuentas existe desde hace años una cantidad sin pagar que asciende a diecisiete ducados y he venido a cobrarla de vos.

–¿Diecisiete ducados? De eso no sé nada -dijo Boccetta.

–Claro que sabéis -declaró Behaim -, poseo un documento de vuestro puño y letra que lo atestigua. ¿Lo queréis ver?

–No es necesario -opinó Boccetta-. Si vos lo decís, será verdad. Tengo todo el interés en complaceros, a vos y a vuestro padre, señor Behaim… pero decidme una cosa: ¿Por semejante pequenez habéis cargado con las fatigas de un viaje? Comprendo que alguien haga un viaje por una indulgencia u otra obra piadosa…

–Además tenía otros negocios, distintos y más importantes en Milán -le explicó Behaim.

Boccetta pareció reflexionar un instante.

–De acuerdo, el asunto está en orden -dijo entonces-. No os preocupéis por el dinero. Dejadlo tranquilamente en mis manos. No veo que corráis el más mínimo peligro de perderlo. En mi casa está tan bien guardado como en el banco Altoviti, o mejor aún.

–¡Señor! – exclamó enojado el alemán-. ¿Me tenéis por un necio? ¿Pensáis que me podéis despachar con tales palabras?

–¿Por qué habría de teneros por un necio? – opinó Boccetta-. Muy al contrario, os estoy haciendo una proposición razonable. ¡No sigamos hablando del asunto, dejémoslo descansar de momento! No merece la pena que por su culpa se separen desavenidos dos hombres que se aprecian y respetan.

–¡Tened cuidado, señor! – le advirtió Behaim y en su voz sonaba una cólera incipiente-. He tenido ya bastante paciencia. Dándome largas, no conseguiréis nada bueno. ¡Nada bueno, señor! Vos no me conocéis.

Boccetta le miró muy apesadumbrado.

–¿Por qué esa violencia? – se quejó-. ¿Se habla así con un hombre que os ha acogido con hospitalidad en su casa? Pero por vuestro padre, soportaré también esta ofensa, para que veáis el afecto que le tengo. Y como parece importaros tanto

ese dinero, lo tendréis, señor, lo tendréis, me dejo doblegar como la cera cuando trato con un hombre de honor y un buen amigo. Sin embargo, en este momento no dispongo en casa de ese dinero, pero volved mañana, volved esta tarde, recibiréis hasta el último céntimo, aunque tenga que venderme como esclavo para obtenerlo.

Tan sincera sonaba la pesadumbre de Boccetta cuando decía que no tenía el dinero en casa, tan auténtico parecía su afán y su deseo de solucionar rápidamente el asunto que Behaim olvidó con quién estaba tratando y empezó a moderar el tono. Dijo que sentía haber proferido palabras violentas, y luego se declaró dispuesto a conceder a Boccetta un plazo de pago de dos días. Y después, se despidió.

Pero cuando hubo abandonado la casa y la puerta se cerró detrás de él entre chirridos de madera y golpeteos de cerradura, no se sintió del todo satisfecho. Se iba con las manos vacías, no había obtenido más que promesas, y ahora le daba la sensación de que Boccetta sólo pretendía hacerle salir de la casa con buenas maneras. Cayó en la cuenta de que Boccetta prestaba dinero sobre prendas: «¡Enseñadme lo que traéis!», había dicho, y «¡Si no tenéis nada que empeñar, ya podéis dar media vuelta!». Y como prestamista debía tener siempre en casa las cantidades necesarias en dinero efectivo.

Joachim Behaim se detuvo y se mordió los labios. Le daba rabia de que le viniese esa idea cuando ya era tarde. Y cuando reanudó la marcha maldiciendo en voz baja, oyó la voz de Boccetta:

–¡Eh! ¡Alto! ¡Volved! Tengo algo que deciros.

Sorprendido y animado, Behaim se volvió… pero no, la Puerta no estaba abierta. Detrás de los barrotes del ventanuco se veía el rostro de Boccetta y éste, que no tenía ninguna intención de volverle a dejar entrar, le decía a voces:

–¿No os ha dado vuestro padre dinero para el viaje? ¿Qué habéis hecho con él? ¿Lo habéis malgastado y despilfarrado?

Al oír tales palabras Behaim se quedó tan perplejo que por un instante no supo qué responder.

–¡Y ahora qué decís! – prosiguió Boccetta-. ¿Qué ha sido del dinero del viaje? ¿Os lo habéis jugado, gastado en vino o en mujerzuelas? ¿Y ahora queréis daros la buena vida a costa de los demás? ¿Pretendéis sablear a los amigos de vuestro padre? ¿No os da vergüenza? ¡Marchaos, marchaos, que Dios os enmiende! Sois joven, tenéis unos brazos fuertes, podríais buscar un trabajo en lugar de mendigar e importunar a la gente. ¿Diecisiete ducados? ¿Nada más? ¡Yo os puedo dar diecisiete palos!

–¡Señor! – dijo entonces Behaim reprimiendo a duras penas su indignación-. Vuestras insolencias me dejan frío. Pero como os negáis obstinadamente a saldar vuestra deuda, os demandaré ante los tribunales y experimentaréis la vergüenza de que se proclame en público vuestro nombre… por no hablar de la prisión por deudas y el cepo.

–¿Ante los tribunales? – exclamó Boccetta riendo-. ¡Sí, id en hora mala y demandadme ante los tribunales! ¿O preferís sentaros con el culo desnudo encima de las ortigas que hay detrás del pozo? Quizás saldríais así mejor parado. ¡Prisión por deudas! ¡Cepo! ¡Oh infinita paciencia de Dios! ¡Y semejante animal vive! ¡Id, id a los tribunales!

Y tras esas palabras desapareció el rostro de Boccetta del ventanuco.

A Behaim le costó trabajo resignarse, siquiera pasajeramente, con el desenlace tan poco honroso de aquel encuentro. Sobre todo le mortificaba la alusión a las ortigas que no le pareció carente de fundamento, pues abundaban en el asilvestrado huerto. Le entraron ganas de echar abajo la puerta de Boccetta para tenerle durante un rato a merced de sus puños. Pero con semejante acción habría contravenido la ley, y tal acto repugnaba a su naturaleza. Además, aunque la casa estaba muy deteriorada, justo la puerta se encontraba en un estado bastante aceptable. Estaba hecha de gruesos maderos

de roble y habría sido inútil arremeter contra ella sólo con los puños.

Así que de momento no le quedó más remedio que seguir su camino, y mientras se alejaba profería contra Boccetta y contra sí mismo las palabras que le inspiraba la ira. Calificaba a Boccetta de avaro, ladrón y estafador y a sí mismo se culpaba de ser un torpe y un necio que ya no servía para nada y merecía una manta de palos. También afirmó en voz alta, haciendo que los que pasaban a su lado se diesen la vuelta asombrados, que quería ver a Boccetta secarse en la horca, pues Dios le debía esa pequeña satisfacción. Y después de haber incluido de esa manera a Dios en la lista de sus deudores, se tranquilizó un poco, pues Dios, según le habían enseñado, era a veces un pagador tentó pero, en general, digno de confianza que no olvidaba ios intereses. Y después del mal rato que había pasado, le Pareció llegado el momento de concederse una jarra de vino; ésa era la recompensa que se debía a sí mismo, y como se tomaba muy en serio sus compromisos, entró, nada más cruzar la puerta de Vercelli, en una taberna y la primera persona sobre la que cayó su mirada fue Mancino que, sentado en un rincón, contemplaba pensativo la animada calle a través de la ventana.

Cuando Mancino levantó la vista y descubrió a Joachim Behaim, su rostro reflejó sentimientos contradictorios. Behaim ya le había importunado varias veces con sus continuas preguntas acerca de la muchacha a la que se empeñaba en llamar su Anita. Sin embargo, en ese momento su llegada no pareció molestarle demasiado. Y esos sentimientos se expresaron así.

–Sentaos, ya que mi ángel bueno ha querido que fueseis vos y no otro quien viniese aquí -dijo.

–¡Señor! – le replicó Behaim-. No creo que ésta sea una manera correcta de recibirme. Estoy acostumbrado a que se me trate con más cordialidad y tengo derecho a exigirlo.

–Tenéis razón -admitió Mancino-. Primer mandamiento: llevarse bien con el que tiene dinero. Sentaos pues, y soportad

mi compañía. En cuanto a mi ángel bueno, he de decir, que se ha ocupado poco de mí a lo largo de mi vida, de lo contrario yo estaría ahora más boyante y podría obsequiaros con un capón joven o un pecho de ternera condimentado con cilantro.

–No os aflijáis por eso -le consoló Behaim-. Sólo he venido aquí a beber un cuartillo de vino.

–¡Eh, tabernero! – gritó Mancino-. ¿Qué andas merodeando por ahí? ¡Un cuartillo para el caballero! Como ves, no me faltan los amigos.

Y volviéndose hacia Behaim prosiguió:

–Hace una hora, el inútil de mi ángel bueno incumplió gravemente las obligaciones que tiene contraídas conmigo al permitir que entrase de manera confiada en esta taberna donde, por lo visto, ya me conocen, pues ese tabernero barrigudo no me quitaba ojo de encima antes de que llegaseis. Y eso que he tenido con él una consideración que no merece, pues sólo me he dejado servir un plato de nabos que apenas han saciado un tercio de mi hambre. ¡Pero a quién se le ocurre contar con el agradecimiento de un tabernero!

Guardó silencio, y un aire de preocupación y arrepentimiento apareció en su rostro surcado de arrugas.

–¿Y por qué os presta el tabernero tanta atención? – dijo sin ninguna necesidad Behaim, pues conocía de antemano la respuesta.

–Porque -le explicó Mancino- ve venir el momento en que, en lugar de pagar, le dé permiso para que palpe los pliegues de mi bolsa vacía. Y si no se contenta con eso y busca pelea, le propinaré una patada o la recibiré de él, según quiera la suerte y el dios de las batallas, y luego dataré de escabullirme.

–Muy bien, será divertido -opinó Behaim-. ¿Y no habrá también alguna cuchilladita?

–Es muy posible -dijo con gesto sombrío Mancino.

–¡Pienso estar presente, qué demonios! – exclamó Behaim-. ¿Pero no podríamos concluir antes nuestro pequeño

negocio?

–¿De qué negocio habláis? – preguntó Mancino.

–Resulta que mi ángel bueno -le explicó el alemán-que no es un inútil como el vuestro, sino uno que conoce sus obligaciones, me ha concedido que os haga servir un capón asado o un pecho de ternera condimentado, según os plazca. Después obtendréis…

–¡Eh, posadero! – gritó Mancino-. ¡Venid acá y escuchad lo que dice el señor! Escuchadle, pues a través de él habla la voz de Dios.

–… un doble provecho -prosiguió Behaim-. En primer lugar, el provecho para vuestra alma, porque hacéis una buena obra diciéndome dónde puedo volver a encontrar a mi Anita y encima tendréis el capón.

–¡Lárgate! – dijo Mancino al posadero que se había acercado-. De modo que pensáis que soy un individuo que vende lo que sea a cambio de un poco de comida. Tenéis razón, señor. Gente modesta, paga modesta. Y qué soy yo más que un pobre mercachifle que comercia con lo que tiene a mano, una veces versos, otras, mujeres. Tenéis razón, señor, soy uno de ésos, tenéis razón.

–Entonces, si os he entendido bien, aceptáis mi propuesta -constató Behaim.

–Suponiendo que lo hiciese -dijo Mancino-, no veo qué ventaja podéis obtener de ello.

–Decidme de una vez dónde vive -le apremió Behaim-. Del resto ya me ocuparé yo.

–¡Tened cuidado! – dijo Mancino mirando pensativo a Ia calle-. Por dos ojos ardientes perdió Sansón la luz de los suyos. Por dos blancos pechos olvidó el rey David el temor de Dios. Por dos esbeltas piernas cayó la cabeza del Bautista.

–¡Bah! – se rió el alemán-. Yo me torceré quizás una pierna en esta empresa, y nada más.

–¿Que os torceréis qué…? No os entiendo -opinó lancino.

–Delante de su casa -le explicó Behaim-, haré primero caracolear, bailar y corvetear a mi caballo y luego, que me derribe suavemente. Después, pediré auxilio, me quejaré y lanzaré gemidos lastimeros, fingiré desmayarme y me llevarán a su casa. No necesito nada más.

–¿Y luego? – preguntó Mancino.

–Eso es asunto mío -dijo Behaim acariciándose su barba oscura cuidadosamente recortada.

–De acuerdo, entonces os dejaré tirado en la calle con una pierna magullada, torcida o partida -le prometió Mancino-, pues ella no os acogerá en su casa, de eso podéis estar seguro. Quizás si fueseis francés o flamenco, pues están de moda y gozan del favor de las milanesas. ¿Pero los alemanes? Tanto como los turcos.

–¡No seáis insolente! – dijo Behaim, ofendido.

–A lo mejor llamarán al cabo de un rato a un cirujano -prosiguió Mancino-, y ése os recompondrá la pierna. Así que pensad bien si no haríais mejor en encargar el capón por el amor de Dios. Vos también obtendrías entonces un doble provecho. En primer lugar, el provecho para vuestra alma y encima conservaríais enteros vuestros miembros.

–Tal vez tengáis razón -admitió el alemán-. Pero eso iría en contra de cualquier regla mercantil.

–¡Entonces quedaos con el capón! – dijo Mancino-. Y si a pesar de todas las reglas mercantiles se os ocurriese la generosa idea de pagarme los nabos, no creáis que me hacéis un favor. Que os lo agradezca el patrón que de ese modo obtendrá su dinero. En cuanto a la muchacha, yo sabía que pasaría por aquí y estaba preocupado de que pudieseis verla. Ha pasado y no la habéis visto. En ese momento estabais ocupados en hacer caracolear a vuestro caballo delante de su casa y luego yacíais en el suelo con una pierna rota poniendo los ojos en blanco. Por esta vez habéis…

Mancino enmudeció. La muchacha que había sido objeto de la negociación, acababa de entrar en la posada. Sonrió y

saludó con un gesto familiar a Mancino. Luego se acercó. Behaim se había puesto de pie y la miraba fijamente. Entonces ella dijo:

–Al pasar os vi sentado aquí, señor, y pensé que era un buen momento para daros las gracias por haber recogido el pañuelo que había perdido y habérmelo devuelto.

La muchacha guardó silencio y respiró profundamente.

–¡Oh, Niccola! – dijo Mancino con voz llena de rabia y tristeza.

Joachim Behaim seguía sin articular palabra.

6

En la iglesia de San Eusorgio tuvieron a la mañana siguiente un encuentro breve pero sustancial. En la penumbra, ocultos detrás de una columna, se dijeron, ella susurrando, él a media voz, lo esencial y lo superfluo, y todo con la misma pasión a la manera de los enamorados. Él quiso saber por qué no se había vuelto ni una sola vez en su primer encuentro, por qué había desaparecido como el viento. Ella adujo varias razones. Estaba desconcertada. No sabía cómo reaccionaría él. Además era asunto suyo no perderla de vista. Por qué la llamaba su Anita si se llamaba Niccola. Y que hablase bajo, la mujer que estaba arrodillada delante del san Juan se había vuelto ya dos veces.

–Pero no te diste cuenta de que me enamoré de ti en cuanto te vi, que casi perdí el juicio -dijo él-. ¡Tuviste que darte cuenta!

Como él se había esforzado en bajar la voz, ella no atendió ni una sola palabra. Le miró sonriendo con gesto lnterrogativo. Él pensó que tenía que explicarle exactamente lo que había experimentado en aquel momento y trató de encontrar las palabras adecuadas.

–Aquello me hirió -le contó con voz susurrante- como una flecha. Fue tan de repente, tan doloroso, tan inesperado. Aquí

me hirió, y dolió, sí, aquí en lo más profundo. Pero tú te fuiste dejándome solo y eso no estuvo bien.

Él esperó un gesto de asentimiento. Pero ella tampoco le pudo entender esta vez, pues sus palabras se habían perdido entre las antífonas de dos monjes. Sin embargo, como él había acompañado sus palabras con un ademán expresivo, señalando con dos dedos hacia la zona de su corazón, Niccola adivinó que había hablado de su amor. Y le preguntó si realmente sentía algo por ella.

–¡Por supuesto! – dijo Behaim tan alto que la mujer que rezaba delante del san Juan se volvió a mirarle por tercera vez-. He recorrido las calles a diario tratando de encontrarte. Sí, estoy loco por ti y como un loco me he comportado.

Qué veía en ella, quiso saber Niccola. Después de todo, en Milán había muchachas mucho más bonitas y más complacientes. Y al decir esas palabras se apretó un instante contra él para atenuar el efecto de sus palabras.

De sus susurros Behaim sólo había entendido la palabra Milán.

–Sí. Sólo por ti, sólo en la esperanza de volver a verte me he quedado en Milán -le explicó y eso era cierto aunque hasta ese instante no lo había querido reconocer-. Eres de esas que hacen perder la cabeza a los hombres. Debería haber partido hace tiempo, aquí ya no tengo ningún asunto pendiente. O quizás sí…, uno.

El rostro se le demudó. Al pensar en Boccetta sintió nervir la cólera en su interior. Apretó los dientes.

–¡Ojalá pudiese llevarle a la horca! – masculló-. Tal vez encuentre a alguien que le dé una buena paliza, eso tampoco estaría mal. Pero eso no me devolverá mis ducados, al contrario, me costará dinero.

La muchacha vio su rostro enojado y el gesto obstinado alrededor de su boca. Intuyó que las palabras que estaba pronunciando no eran palabras de amor. Estaba furioso y ella pensó que había llegado el momento de apaciguarle.

–Quizás fue realmente mi culpa -admitió ella-, podría haber caminado un poco más despacio. Pero, al fin y al cabo, había dejado caer mi pañuelo; hacer algo más habría sido inconveniente y al final eso nos ha juntado, ¿verdad? Y si lo deseáis, podréis verme en adelante todos los días.

Behaim le dio a entender con un gesto que no había comprendido nada y ella decidió repetir sus últimas palabras alzando un poco más la voz.

–Digo que si lo deseáis podréis verme en adelante todos los días. Sólo si os agrada, naturalmente.

Behaim cogió su mano.

–Por lo que acabas de decir -le declaró-, quisiera darte aquí mismo cien besos, si no estuviésemos en la iglesia. ¡Pero el diablo quiere que tenga que esperar a que estelos fuera!

Ella le miró asustada.

–Ahí fuera, en la calle -le dijo-, tenemos que hacer como si no supiéramos nada el uno del otro, como si fuésemos extraños. No deben vernos juntos, pues sería fatal que se murmurase de mí.

–¿Hablas en serio? – preguntó él-. ¿Cómo te imaginas que continuará lo nuestro? ¿Vamos a escuchar todos los días las letanías en esta iglesia?

Ella sacudió la cabeza y sonrió. Entonces le describió una posada campestre que se hallaba fuera de la ciudad, junto a un estanque, en la carretera de Monza que conducía luego a un pequeño pinar. En ese bosquecillo o, si hacía mal tiempo en la posada, pues había que pensar en todo, debía esperarla al día siguiente hacia las cuatro de la tarde. No había más de media hora de camino.

–Eso no es nada -le aseguró Behaim-. Por el amor que siento por ti caminaría tres o cuatro horas todos los días. Por verte escalaría muros, atravesaría fosos y me pelearía con perros mordedores.

Ella le sonrió y, separándose de él, fue hacia un crucifijo que colgaba en una hornacina del crucero. Inclinó la cabeza, se santiguó y se arrodilló. Cuando regresó al cabo de algunos minutos dijo:

–He rezado a nuestro señor Jesucristo para que nuestra aventura tenga un final feliz. Así que mañana, hacia las cuatro, el camino no tiene pérdida. También he rezado por Mancino. Él me ama, debéis saber que me ama mucho, más de lo que vos me amaréis jamás. Ahora, sin embargo, está enojado conmigo por vuestra culpa y me llama desleal, pero yo nunca le he dado el derecho de considerarme suya. He rezado para que recupere su memoria y vuelva a encontrar su tierra natal. Según dicen, fue en otros tiempos un gran señor con palacios, servidumbre, pueblos, bosques y prados. Pero él no sabe dónde.

Ya en la calle, mientras se alejaba rápidamente se volvió a mirarle. Sonrió y alzó la mano mostrándole cuatro dedos para recordarle la cuarta hora de la tarde.

En Milán había dos comerciantes de origen alemán, los hermanos Anselm y Heinrich Simpach, que habían alcanzado bienestar y prestigio mercadeando con los productos de Levante; todo el mundo les conocía. A ellos, que llevaban viviendo ya veinte años en la ciudad, acudió Behaim, se dejó invitar a vino, almendras saladas y pan de especias y les expuso su caso. Quería que le dijesen de qué procedimientos debía servirse bajo el régimen del duque para conseguir que Boccetta pagase su deuda.

De los dos hermanos, Anselm, el mayor, era un hombre obeso, de mirada adormilada, un poco torpe, que se levantó con cierta dificultad de su sillón para saludar a Behaim; el menor, en cambio, era inquieto y vivaz, y ya estuviese sentado, de pie o paseando por la habitación, no paraba de juguetear con cualquier objeto que le caía entre las manos, con una copa de vino, una vela, un medallón, un manojo de llaves, una pluma y a veces, incluso, con la clepsidra que estaba encima de la mesa, lo cual le atraía, ipso facto una airada reprobatoria por parte de su hermano. Y mientras Behaim se limitó a

exponerles los hechos y la situación jurídica, cosa que hizo con gran prolijidad para luego manifestar su decisión de recuperar los diecisiete ducados, puesto que, evidentemente, su derecho era incuestionable, los dos hermanos le escucharon con rostro amable e indiferente, aunque el mayor luchase por reprimir los bostezos. Pero cuando sonó por primera vez el nombre de Boccetta, su interés despertó, se animaron y empezaron a preguntar con tal viveza a Behaim que parecía que cada uno se había propuesto no dejar hablar al otro.

–¿Cómo es posible, señor? No sabíais que ese Boccetta…

–Lo que debéis procurar y además, que…

–Un avaro, lleno de envidia, lleno de mentiras y engaños -interrumpió el hermano menor al mayor-. Ladrón, desleal, perjuro, taimado…

–Un hombre vil, de esos que no conocen la vergüenza ni el honor -retomó la palabra el mayor-. Un ser a quien la gente de nuestra condición evita como al diablo.

–¡Haz el favor de dejar el reloj en su sitio, Heinrich, está muy bien sobre la mesa!

–Una persona capaz de cualquier infamia, y eso que proviene de una casa noble y distinguida. Claro que la familia renegó hace tiempo de él.

–¡Le llamas persona, Anselm? – exclamó indignado el hermano menor-. Un monstruo, eso es lo que es, un engendro, un gusano repugnante disfrazado de persona. No me entra en la cabeza, señor Behaim, que hayáis tenido la desgracia de…

–Todo lo que esté en mis manos, señor, estoy a vuestra disposición -interrumpió el hermano mayor al menor-. Pero con ese Boccetta…

–A lo mejor pensáis que sois el primero que ha sido perjudicado por él, cuando se ha pasado la vida…

–Estafando y desvalijando a las personas. Es de los que no temen la mano de Dios porque no sabe lo pesada que es y lo cerca que está.

–¿Diecisiete ducados, decís? Me maravilla y me satisface oír que habéis salido tan bien parado. Pues a ese Boccetta le basta con mirar a alguien para saber cuánto puede sacar de él.

Como siempre que estaba de mal humor, Behaim se frotó el brazo derecho con la mano izquierda.

–De mí no sacará nada -replicó tajante-. Me pagará los diecisiete ducados, y si no lo hace pronto, derramará amargas lágrimas, porque le llevaré a los tribunales.

Los dos hermanos le miraron, meneando la cabeza el uno, con una sonrisa compasiva el otro. Durante un minuto guardaron silencio, parecía como si por una vez quisiesen cederse mutuamente la palabra. Con un movimiento decidido, que para su habitual torpeza resultó sorprendentemente ágil, el mayor arrebató de las manos de su inquieto hermano el cuenco de cristal con almendras saladas, justo antes de que cayese al suelo.

–¡Jesús! – suspiró-. Por poco ocurre una desgracia. ¿Llevarle a los tribunales? ¿A Boccetta? ¡Qué cosas decís! Sois forastero. ¡Vos no sabéis cómo se administra la justicia en esta ciudad!

–Y lo que significa un proceso en este país -volvió a tomar la palabra el menor mientras buscaba un sustituto del cuenco-. Sobre todo para alguien que no es de aquí y encima tiene un Boccetta como adversario. – Y a continuación sacó un manojo de llaves y se puso a jugar con él lanzándolo al aire-. ¿Pensáis realmente en un proceso? Entonces recordad esto: seréis vos quien llorará amargas lágrimas.

–Mejor no pensar en las apelaciones, oposiciones, revisiones y los obstáculos formales que se cuentan por docenas.

–Por no hablar de las confusiones, citaciones falsas y actas judiciales que se extravían y no vuelven a aparecer.

–Tendréis que enfrentaros a asesores, ponentes, procuradores, abogados y sustitutos, escribanos, ujieres y ordenanzas, y todos sin excepción os pedirán dinero…

–Y tendréis que pagar constantemente, sin misericordia. Por la preparación, redacción y presentación de la demanda. Por la citación, por el sello, por el dictamen y por la citación de cada testigo…

–Y para que os dejen examinar las actas. Os tocará pagar por cada una de las transcripciones judiciales y por cada nota…

–Y por cada registro, por cada copia, por cada firma, incluso, por cada salvo errore…

–Y un día -dijo el mayor-, averiguaréis, para vuestra sorpresa, que han desestimado *in absentia* vuestra demanda. Armaréis mucho ruido y solicitaréis la revisión del proceso…

–Y de esa manera todo volverá a empezar -prosiguió el hermano menor-. Malgastaréis vuestro dinero y finalmente, cuando estéis harto de ese asunto y queráis marcharos, tendréis tan poco…

–Que no alcanzará siquiera para una muía o un carro -concluyó el mayor poniendo con gesto irritado la clepsidra fuera del alcance de las manos de su hermano.

–¿Es así como funciona la justicia en el ducado? –murmuró Joachim Behaim -. ¡Así que pensaba en eso cuando dijo que fuese a sentar mi trasero encima de sus ortigas!

–Dejadme en paz con vuestro trasero -dijo indignado el mayor de los dos hermanos que sólo había oído esa palabra y la había interpretado a su manera-. ¿Me hacéis responsable de la manera que tienen en este país de administrar la justicia? Yo sólo os he explicado cómo son las cosas, y en lugar de estarme agradecido por evitaros perjuicios, os ponéis soez. Por lo visto, los que vienen de las montañas necesitan años para aprender aquí la educación y las buenas formas.

–Perdón -dijo Behaim que no comprendía en absoluto lo que le estaban reprochando-. No quise ofenderos. Creo que no acudiré a los tribunales. ¿Pero qué puedo hacer? La idea de que ese Boccetta se quede con mis diecisiete ducados, nada

más que por maldad y encima se burle de mí, no me deja dormir por la noche.

–Si no podéis dormir por la noche -opinó el hermano mayor-, leed algunos pasajes de la Sagrada Escritura. Así se os pasará el tiempo, se aplacará vuestra ira y os vendrá el cansancio.

–Mil gracias -respondió Behaim-. Pero de ese modo recuperaré mis diecisiete ducados.

–¡Tratad de olvidarlos! – le aconsejó el hermano menor-. ¡Esforzaos en apartarlos de vuestra mente! ¡Borradlos de vuestra memoria! No es digno que por diecisiete ducados un hombre de vuestra condición se ande peleando con un bellaco a quien los hombres honorables no dedican una sola mirada.

–Y no os preocupéis -le trató de consolar el hermano mayor-. Ya recibirá su castigo en el otro mundo.

–Ciertamente, señor, ciertamente -dijo Behaim-. No lo dudo. Pero es en éste donde desearía conseguir mi dinero.

–Al parecer -le reprochó el hermano menor-, cuando se trata de dinero no aceptáis un consejo y persistís en vuestra actitud terca y obstinada.

–Deberíais -opinó el hermano mayor- aprender a dominaros para poder sujetar vuestra codicia.

Eso colmó la paciencia de Behaim.

–¡Por la santa cruz! – exclamó-. ¡No me vengáis con ésas! Vos no me conocéis y Boccetta tampoco sabe con quién está tratando. Ya se enterará para su pesar. Hasta ahora han salido mal parados todos los que han intentado jugármela.

Los dos hermanos se miraron y el más joven lanzó un silbido respetuoso.

–Si es lo que estáis pensando… -comenzó.

–Claro que eso significaría anticiparse al juicio divino -consideró el mayor.

–Pero yo no conozco a muchos que quieran privarle de semejante anticipación -opinó el joven.

–Cierto que estas medidas bien dosificadas, obran a veces milagros -admitió el mayor.

–Aumentan la buena disposición para el pago.

–Claro que no deberíais asumirlo personalmente. Con todos los respetos por vuestra mano y vuestra destreza, pero carecéis de práctica y seguridad. Un pequeño exceso os acarrearía en seguida complicaciones.

–Además no tenéis ninguna necesidad. Para eso están otros. Encontraréis a gente que por una suma modesta se mostrará dispuesta…

–Sólo tenéis que ir a la taberna del Cordero, cerca de la catedral, y preguntar allí por Mancino y, si no está, dejar un mensaje para él a sus compañeros.

–Ése conoce su oficio. Le dará la puñalada con la misma suavidad y la misma habilidad…

–… con que nos comemos nosotros una caballa -concluyó el hermano mayor la información, y Behaim recordó entonces que seguramente Mancino le había hecho en la taberna una proposición de esa o parecida índole cuando empezó a subírsele el vino a la cabeza: «Vos no tenéis que molestaros personalmente -había dicho Mancino-. Dejad que yo me encargue».

Joachim Behaim se levantó y, ya de pie, vació su vaso.

–¡Muchas gracias, señores! – dijo-. Esa es una buena idea y la ventaja es que se puede llevar a la práctica fácilmente. Conozco esa taberna y también conozco a Mancino. Me desagrada obrar en contra de la ley. Pero en este caso, tratándose de Boccetta, me parece correcto y justificado adaptarse a las costumbres del país.

Y con la mano hizo como que daba una puñalada.

7

Era la tercera vez que se encontraban en el lugar convenido, el pequeño pinar junto a la carretera de Monza, pero esta vez no permanecieron al aire libre, se refugiaron a tiempo en la posada del estanque, pues el cielo estaba nublado y amenazaba con un chaparrón. Cuando se acercaron a la casa, un águila ratera que estaba encadenada a un madero, les saludó con un batir de alas y un graznido ronco. En lugar de los posaderos, que durante el día realizaban las faenas del campo, les esperaba un joven que atendía a los clientes que venían de cuando en cuando. En el estrecho comedor sirvió a la muchacha leche y pan de higos, y a Behaim vino furlano, en una calabaza.

–Es mudo de nacimiento -dijo la muchacha cuando el chico salió del comedor-, no podrá contar por ahí que he estado aquí en compañía de un desconocido. Para él es una desgracia, pero para mí una ventaja, pues uno sólo se puede fiar de los mudos. Es pariente de un cura de la comarca y la gente le llama el Nepote.

Behaim había probado mientras tanto el vino.

–No quiero que algún día me reproches -dijo a la muchacha- que te oculté la verdad acerca de mí. Quiero que sepas que soy de los que están dispuestos a perder caballo y coche cuando les gusta un vino. Y éste no parece malo…

–Bebed cuanto os plazca -le recomendó Niccola-, pues para venir aquí y encontraros conmigo no necesitáis caballo ni coche.

En sus conversaciones amorosas seguían rememorando su primer encuentro, cuyo escenario había sido la calle de San Jacobo, así como el asombroso milagro que había sido que volviesen a encontrarse en esa ciudad tan grande y populosa.

–Tenía que encontrarte -le explicó Behaim-, pues lograste despertar un amor tan súbito y ardiente en mí, que no habría podido seguir viviendo sin verte. Pero la verdad es que no facilitaste el reencuentro.

–¿Y qué podría haber hecho? – objetó Niccola.

–No regresaste a la calle donde nos habíamos visto por primera vez, yo me he hartado de buscarte allí -se quejó él-. Incluso dejé mi albergue que estaba bien provisto de todo lo que necesito y me instalé en una casa bastante miserable de la calle de San Jacobo. Durante horas he estado sentado junto a la ventana buscándote entre los que pasaban.

–¿De verdad os interesaba tanto volver a verme? – Quiso saber Niccola.

–¡Qué pregunta! – dijo Behaim-. Sabes muy bien que eres de las que sólo necesitan echar una mirada a un hombre para hacerle perder la razón.

–Vaya cosas que tengo que oír -opinó Niccola-. ¿De modo que hay que perder la razón para sentir deseos de volver a verme?

–Bah, cállate y no tergiverses mis palabras, me entiendes perfectamente -dijo Behaim-. Me viste, hiciste que perdiese la cabeza y luego saliste corriendo como una gata salvaje. Y yo me quedé allí plantado sin saber qué hacer. Y créeme, por encontrarte me habría arrojado al infierno.

–No debéis pronunciar esas palabras -dijo Niccola santiguándose.

–Y que me haya encontrado otra vez contigo -prosiguió Behaim-, se lo debo sólo a mi suerte que en el momento oportuno me condujo precisamente a la taberna donde estaba sentado Mancino esperándote. Tú no has colaborado en absoluto.

–¿De verdad que no? – preguntó Niccola sonrojándose con una sonrisa-. Y Mancino está enfadado conmigo. Desde aquel día no se deja ver, evita cruzarse conmigo.

–Tu contribución fue prácticamente nula -explicó Behaim-. Buscabas a Mancino, no a mí.

–Me visteis pasar pero no hicisteis el más mínimo ademán de seguirme -le reprochó Niccola-. Me visteis y me dejasteis

marchar. Recuerdo que teníais una jarra de vino delante de vos y no queríais abandonarla por mí. Ése era todo vuestro entusiasmo. ¿Y yo? Os vi sentado con Mancino y me dije: alto, Niccola, ésta es la ocasión…

Precisamente eso era lo que había querido escuchar Behaim, pero no se dio por satisfecho, quería escuchar más de su boca y siguió indagando:

–Así que me viste sentado con Mancino. ¿Y qué encontraste en mí?

–Bueno, os miré -dijo Niccola-, y volví a miraros, y en el fondo no encontré nada que me pudiese desagradar.

–Es cierto que no soy contrahecho, ni cojo, ni bizco -dijo Behaim y se pasó la mano por la mejilla, la barbilla y la barba.

–Y entonces me dije: Niccola, ya sabes que a veces en el amor es la mujer quien debe dar el primer paso -prosiguió la muchacha-. Sin embargo, no sé si en ese caso fue lo adecuado…

–¡No lo dudes! – dijo Behaim-. Hiciste exactamente lo adecuado. Tú conoces mi estado de ánimo y que por el amor que siento por ti, casi enloquezco.

–Ya me lo habéis dicho -opinó Niccola-. Y quizás me amáis de verdad, pero sólo como ama un gran señor y un gentilhombre a una pobre muchacha… con moderación.

Mientras pronunciaba esas palabras, la muchacha contemplaba el estanque y los árboles que parecían estremecerse bajo la lluvia, y un poco de la melancolía del paisaje se introdujo en su alma.

–Además sería insensato que yo esperase algo más -añadió.

–No soy un gentilhombre -puntualizó Behaim-. Soy un mercader, comercio con esto y lo otro, y así me busco la vida. Aquí en Milán he vendido dos caballos y del beneficio que me han reportado, podré vivir algún tiempo. También tengo que

cobrar aquí… -Su rostro se ensombreció al pensar en Boccetta-. Unas deudas.

–¡Loado sea el cielo! – dijo la muchacha-. Creía que erais un gentilhombre de una casa importante. Prefiero que no sea así. Pues en el amor no es bueno que uno coma pastel y otro papilla de mijo.

–¿Qué significa eso? – preguntó Behaim que, al acordarse de Boccetta, sólo había escuchado con medio oído-. ¿Me estás llamando papilla de mijo porque no soy de la nobleza?

–Yo -le explicó Niccola- soy la papilla de mijo y vos el pastel.

–¿Tú? ¿Papilla de mijo? ¿Pero qué dices! – Se acaloró Behaim y dejó de pensar en Boccetta-. ¡Papilla de mijo! Tú lo sabes muy bien y sólo quieres oírmelo repetir, que en Milán eres la muchacha más hermosa, y, para mí, la más encantadora, y que no volveré a encontrar una como tú.

Niccola se ruborizó satisfecha.

–¿De modo que me queréis? ¿Sentís afecto por mí?

–¿Cómo lo has hecho? – preguntó Behaim-. No me habrás echado algún filtro en el vino o en la sopa… Cuando no estoy contigo, sólo puedo pensar en ti. En toda mi vida he estado tan enamorado.

–Eso está bien -dijo Niccola-, y me llena de alegría.

–¿Y tú? – preguntó Behaim-. ¿Cuáles son tus sentimientos? ¿Me quieres?

–Sí -dijo Niccola-. Mucho.

–¡Dilo otra vez!

–Os quiero mucho. Siento un gran afecto por vos.

–¿Y por medio de qué señal, por medio de qué acto piensas manifestármelo y probármelo?

–¿Hace falta una señal? Vos sabéis que es así. – La primera vez que nos encontramos -dijo Behaim-, jne prometiste un

beso y mucho más.

–¿Eso hice? – exclamó Niccola.

–Tus miradas lo hicieron -declaró Behaim-. En tus ojos había una promesa. Y ahora que nuestra relación va por buen camino, exijo que la cumplas.

–Con mucho gusto dejaré besarme por vos -prometió Niccola-, pero no aquí, donde ese muchacho, el Nepote… ¡No, os lo ruego, no ahora, hacedme caso! ¿Por qué cuando estabais ayer conmigo no habéis…?

Quiso recordarle que el día anterior ella había abandonado el pequeño pinar sin recibir un beso de él, aunque habían estado solos sin que nadie les estorbase, pero no pudo continuar pues él la había atraído hacia sí pensando que había llegado el momento. Y mientras ella se entregaba a sus caricias estrechamente abrazada, no perdía de vista la puerta ni la ventana y permanecía atenta a los pasos del Nepote que bajaba a la bodega.

Behaim tardó algún tiempo en soltarla.

–¿Y bien? – dijo-. ¿Qué piensa mi adorable amada?

–La adorable amada se encomienda a vos -dijo Niccola con una pequeña y encantadora reverencia-. Y tal vez sea cierto eso que se oye tan a menudo… que una boca besada no ha perdido nada.

Y se relamió como una gata que ha bebido un poco de leche.

–¿Quieres decir con ello -quiso saber Behaim-, que nadie te ha abrazado y besado antes?

–No hace falta que lo sepáis todo -opinó Niccola- Quizás soy de las que se dejan besar en cualquier esquina de la calle.

–Pero sí conviene que tú sepas -le explicó Behaim-, y para que no haya discusiones te lo digo de antemano, que yo no soy de los que se contentan con simples besos.

–Ya me he dado cuenta -dijo Niccola tratando de dar a sus palabras un tono de severa reprensión-. Cuando me dejé besar por vos, dejasteis jugar también vuestras manos. Eso fue un atrevimiento. Y, ciertamente, yo no os he prometido que en tan poco tiempo vos…

Enmudeció, pues el muchacho que les atendía estaba en la sala con una jarra de vino en la mano; se sonrojó, apurada, pues no sabía si el muchacho había oído sus palabras. Entonces se acercó a la ventana y se quedó mirando la carretera y el estanque. Había dejado de llover. El águila ratera levantaba las plumas y afilaba el pico contra la cadena que la sujetaba.

En voz baja, con labios inmóviles, se dijo a sí misma: «Quizás es verdad que me ama, pues no es de los que pronuncian palabras vanas. Sí, creo que me tiene afecto. Pero probablemente habrá amado a muchas mujeres. ¡Oh Dios, asísteme! Ojalá que lo que se ha iniciado entre nosotros tenga para mí un final dichoso y feliz. Pues cómo podría ocultártelo, Tú no ignoras que seré suya cuando él lo quiera».

Esa tarde lluviosa, messere Leonardo había acudido, como solía hacer a menudo, al mercado de pájaros que se celebraba dos veces por semana cerca de la Porta Nuova. Mientras deambulaba entre los puestos, tenderetes y carros examinando a los pájaros en sus cárceles hechas de varas de mimbre y ramas de aligustre, había preguntado a los pajareros de qué manera y por medio de qué artimañas engañaban a los pájaros con reclamos, varetas y redes, y también había escuchado sus quejas sobre la cautela, la paciencia y el esfuerzo que requería un oficio que sin embargo era tan poco rentable.

Luego, con el medio escudo que había caído inesperadamente en su bolsillo esa misma mañana, messere Leonardo compró algunos verderones, dos tordos, dos pinzones y un pico manchado a los que, como era su costumbre, quería poner en libertad, a las afueras de la ciudad, en un prado o un bosquecillo. Pues no se cansaba de observar las distintas maneras de actuar de los pájaros cuando, tras una larga cautividad, recuperaban la libertad, cómo algunos

revoloteaban indecisos como si no supiesen qué hacer con ella, mientras que otros se elevaban a gran altura y desaparecían al instante.

En compañía de algunos de sus amigos, había tomado el camino que conducía a Monza, y uno de ellos, Matteo Bandello, que pese a su juventud gozaba ya de un considerable prestigio como autor de novelas y narrador de cuentos, había cargado con las jaulas. El día anterior había llegado a Milán procedente de Brescia, con el único objeto de ver los Progresos que había hecho la Cena de messere Leonardo.

–En el relato que me ocupa actualmente y que pienso titular «El Retrato alegórico» -dijo Bellincioli, el poeta de la corte ducal que caminaba a su lado-, me gustaría ser capaz de expresar siquiera una partícula de esa riqueza de formas y relaciones que messere Leonardo muestra en todos sus cuadros. Y esa variedad y riqueza es tanto más sorprendente si consideramos lo reciente que es en nuestros tiempos el ejercicio de este arte que hasta los días de Giotto estuvo sometido a la locura de los hombres.

–Sin razón -declaró messere Leonardo- elogias, Matteo, lo poco y escaso que he logrado hasta hoy en la pintura. Es posible que en Florencia haya aprendido algo de mi profesor, el maestro Verrocchio, que a su vez tomaría también de mí algún que otro detalle. Pero sólo aquí en Milán, trabajando en esa Cena, me he convertido en pintor.

–Y por ese motivo -replicó Bellincioli en un tono levemente burlón-, preferiríais que os dejasen seguir trabajando toda la vida en esa Cena y realizar vuestros experimentos con los colores y el barniz…

–No tengo mayor deseo -le respondió Leonardo- que terminar esa bella obra porque después pienso consagrarme por completo al estudio de las matemáticas, pues en ellas se manifiesta y percibe la voluntad divina. Pero el propio cielo y también la tierra tienen que asistirme para que esa Cena se convierta en una obra que signifique algo grande que viva y perdure eternamente y dé testimonio de mí. Es cierto que en

los últimos tiempos no he tenido mucho trato con el pincel y las pinturas. Pero para esa obra, dos o tres años no es mucho tiempo. Además deberíais considerar que soy un pintor y no un burro de carga. Y si bien es cierto que no estoy siempre con el pincel en la mano, paso todos los días dos horas delante del cuadro pensando dónde colocar a los personajes y qué apariencia y actitud darles. Por no hablar del laborioso trabajo que realizo en las calles, en las tabernas y en otros lugares y que, por cierto, me ha reportado esta mañana medio escudo. Llegó muy a punto, pues sin él no habría podido rescatar a esos pequeños prisioneros que lleva nuestro Matteo a las espaldas.

Y preguntado sobre la proveniencia de ese medio escudo, messere Leonardo contó lo siguiente:

–Sabéis que este cuadro en el que represento al Salvador sentado a la mesa con sus discípulos exige un trabajo imprevisto que me quita mucho tiempo, y a veces persigo un día entero a un hombre que me llama la atención por su barbilla, su frente, su cabello o su barba, para descubrir su carácter y su naturaleza y modelar a su semejanza a mi san Jacobo, mi san Simón Pedro o a otro de los doce. Y esta mañana, un individuo que yo perseguía de esa manera, se volvió y dirigiéndose hacia mí me dijo enojado: «¡Ahí tienes tu medio escudo, hombre insufrible, y que sepas que lo encontré en el arroyo y ahora lárgate y no incordies más, y en el futuro, cuida mejor de tu dinero!», Y con esas palabras se fue sin dejar de refunfuñar y así, caballeros, fue como conseguí mi medio escudo y eso era todo lo que yo tenía, pues había comprado ayer a mi criado Giacomo, a quien llamáis el Tragaldabas, paño para un abrigo y una gorra para que me dejase en paz, pues no paraba de asediar mis oídos con sus deseos, penas, quejas y ruegos.

–¿De modo que, después de haber gastado vuestro dinero en ese holgazán y mentiroso, en ese ladrón que os roba las sábanas de la cama y hace yesca con ellas para encender la estufa, no habéis hallado para el medio escudo mejor destino que el mercado de los pájaros? – Se exasperó el escultor

Simoni que caminaba detrás de messere Leonardo al lado de Marco d'Oggiono.

El novelista Bandello, que llevaba a las espaldas cinco o seis jaulas de pájaros, se detuvo y volvió su rostro jovial hacia el escultor a quien solía hacer, desde siempre, objeto de sus burlas y gracias.

–¿Entonces no sabéis, maestro Simoni -dijo reanudando la marcha a su lado-, que messere Leonardo trata de penetrar el secreto del vuelo de las aves? Dentro de poco lo habrá conseguido y todas esas pequeñas criaturas, los pinzones y verderones con los que me ha cargado le ayudarán a hacerlo. Claro que el papel que os corresponde en este asunto es de más envergadura e importancia que el mío y veo llegado el día en que os encontraré tumbado en el hospital donde…

–¿En el hospital? ¿A mí? – le interrumpió el escultor.

–Sí. Con las fracturas de brazos y piernas inevitables en estos casos -prosiguió Bandello-, pero cubierto de gloria. ¡A todos nos consume la envidia, pues vos sois el hombre a quien messere Leonardo ha concedido el honor y la distinción de ser el primero entre los mortales que se eleve como un dios hasta las nubes, con alas de águila!

–Lo de las alas de águila no es ni mucho menos definitivo -objetó Marco d'Oggiono-. A mí messere Leonardo gólo me ha hablado de un par de alas de murciélago que había destinado para el maestro Simoni. Pues ya sabéis que las alas de murciélago resultan mucho más baratas que las de águila.

–¿De qué estáis hablando? – exclamó sobresaltado el escultor-. ¡Por todos los santos! ¿Es que messere Leonardo no ha tenido en cuenta que estoy muy ocupado con mi Ecce Homo? ¿Y acaso no sabe que en estos tiempos difíciles tengo que alimentar además a mi padre que está viejo y enfermo y no gana ni un céntimo con su oficio? ¡A mí! ¡Hasta las nubes! ¡Y sin consultarme! ¿Qué se ha creído? ¿Pretende que el viejo, enfermo como está, tenga que mendigar su pan en la calle? Y vos -se dirigió ahora con vehemencia al joven Bandello-, un mozuelo imberbe, un gandul que no tiene que ocuparse de

nadie en el mundo… -Tened en cuenta, maestro Simoni -apuntó Bandello-, que como estáis acostumbrado a trabajar la madera más dura con el formón, la gubia y el mazo, poseéis una fuerza poco común en la musculatura de los brazos, y ésa es la razón por la que messere Leonardo os ha elegido a vos para esa empresa y no a mí que sólo manejo la pluma. Contentaos pues. Yo también cumplo con la parte que me corresponde. Sin murmurar he llevado a mis espaldas durante todo el largo trayecto a los tordos, los pinzones y los verderones en sus jaulas para servir a messere Leonardo. Hablad con él, maestro Simoni, pero hacedlo sin rodeos. Decidle que exigís alas de águila, que son las que os corresponden y no esas miserables alas de murciélago tan indignas de vos. ¡Id y hablad con él!

Con un gesto señaló a messere Leonardo que había caminado más deprisa que ellos y ahora esperaba delante de la posada del estanque donde Niccola y Joachim Behaim mantenían sus conversaciones amorosas.

El pintor D'Oggiono colocó su brazo alrededor de los hombros del escultor y fingió tener un buen consejo para él.

–¡Escuchad! – dijo-. Con las alas de murciélago las cosas no tendrán un desenlace demasiado malo. No os llevarán hasta las nubes, permaneceréis siempre a escasa altura del suelo y si caéis, no sufriréis más que un susto o quizás la rotura de una pierna. Luego podréis concluir vuestro Ecce Homo y seguir ejerciendo vuestro oficio con un prestigio aumentado y nadie se dará cuenta de que cojeáis o de que arrastráis un poco el pie. Por consiguiente, hacedme caso a mí y no a Bandello, pues yo sólo deseo vuestro bien. ¡Apresuraos, hablad con messere Leonardo y exigid alas de murciélago!

El escultor miró confuso y desesperado a D'Oggiono que ni siquiera pestañeó. Quiso correr tras messere Leonardo que les precedía para pedirle una explicación, pero cuando su mirada cayó sobre Matteo Bandello que ya no podía contener la risa se dio cuenta de que se habían burlado de él. Y aunque se sentía muy aliviado de no tener que afrontar peligros ni de

tener que jugarse la vida por los aires, montó en cólera y empezó a jurar como un pagano.

–¡Mal rayo os parta, hijos de puta! ¡Que el diablo os arranque vuestras lenguas de víbora! – gritó, después de haberles deseado la peste, la viruela, la gangrena y toda clase de calamidades y plagas, y haber maldecido el aire que respiraban-. Sabía desde el principio que no era cierta esa historia. ¡A mí no se me engaña tan fácilmente, recordadlo bien! ¡A mí no!

Y enjugó de su frente las gotas de sudor frío que atestiguaban la angustia mortal que había pasado.

Delante de la posada del estanque, messere Leonardo le exponía mientras tanto al poeta de la corte Bellincioli lo importante que era para un pintor conocer y comprender exactamente la anatomía de los nervios, músculos y tendones.

–Hay que ser capaz de reconocer -le explicaba-, tanto en los diversos movimientos humanos como en cualquier empleo de fuerza, qué músculo es la causa del movimiento y del despliegue de la fuerza, para representar ese músculo en particular y mostrarlo en pleno esfuerzo, independientemente de los demás. Y quien no sea capaz de hacerlo, debería pintar un manojo de rábanos y no el cuerpo humano.

Y volviéndose hacia los otros que se habían acercado mientras tanto dijo:

–No nos quedaremos aquí, y tú, Matteo tendrás que continuar un trecho más con tu carga, pues no había pensado en ese aguafiestas.

Señaló al águila ratera que revoloteaba nerviosamente brizando gritos furiosos.

–Sí, haremos bien en irnos de aquí -opinó Bandello-. El águila ha descubierto la presencia de los pájaros que llevo y les está dando un susto de muerte con sus gritos. Ninguno de ellos abandonará su cárcel sabiendo que ese depredador anda cerca.

Siguieron caminando por la carretera hacia el pequeño pinar. El escultor se detuvo un instante y, volviéndose, dirigió una mirada a la posada. Después alcanzó a los demás.

–Se ha ido, ya no está -comentó-. ¿No la habéis visto? Sólo apareció un momento detrás de la ventana, pero yo la reconocí.

–¿A quién habéis reconocido? – preguntó el pintor D'Oggiono.

–A esa muchacha, a Niccola -respondió el escultor-. Vos la conocéis, la hija del prestamista. Y aunque al pasar no me regale nunca una mirada, me llevo una alegría cada vez que me cruzo con ella. Es encantadora. Acude a San Eusorgio a oír misa.

–Sí, es hermosa -dijo messere Leonardo-. Al crear su rostro, Dios hizo un gran milagro.

–Vino aquí procedente de Florencia y de las florentinas tiene ese caminar ingrávido -la elogió el escultor.

–Sin embargo -observó el poeta Bellincioli-, ni su caminar ni su belleza le han deparado un marido o un galán.

–¿Cómo? ¿Un galán? – exclamó el joven Bandello-. No os dais cuenta de que el maestro Simoni se ha enamorado ciegamente de ella? ¿Pretendéis negarlo, maestro Simoni? ¡Vamos, regresad y hablad con ella, exponedle vuestros sentimientos!

–¿Hablar con ella? – se asombró el escultor-. ¿Pensáis que eso es tan sencillo?

–Volved y no seáis tan pusilánime -le animó el joven Bandello-. ¡Ánimo! Sois un hombre apuesto, ella no se mostrará esquiva. ¿O queréis que lo intente yo? Sólo es cuestión de hallar las palabras adecuadas.

Hizo como si estuviese delante de la muchacha y a pesar de las jaulas que llevaba a la espalda, consiguió hacer una reverencia bastante elegante.

–¡Señorita! – inició su discurso-. Sin ánimo de importunaros… ¡No! Eso suena vulgar. Hermosa señorita, ya que tengo la dicha de encontrarme con vos tan de improviso, os ruego, con todas mis fuerzas, que aceptéis mi amor y me enseñéis la manera de ganar el vuestro… ¿Qué os ha parecido, maestro Simoni? ¿Os gusta? Sí, estas fórmulas no se pueden comprar en la botica.

–Dejadla en paz -dijo Bellincioli-. Ella es lo bastante inteligente para no embarcarse en aventuras amorosas con tipos como vosotros, pues sabe que al final sólo será desdeñada y humillada. Creedme, no es ninguna suerte tener esa belleza cuando se es la hija de Boccetta.

Durante un rato siguieron su camino en silencio.

–Y yo os digo que ella tiene un galán -declaró de pronto el pintor D'Oggiono-, y que en estos momentos está con él. Seguramente es un forastero, uno que no sabe quién es su padre. Así que ella se cita con su galán en esa Posada. Me gustaría saber…

Se encogió de hombros y no habló más del asunto.

–Se han marchado -dijo Niccola y, dirigiéndose con un suspiro de alivio hacia Joachim Behaim, regresó a sus brazos-. Era messere Leonardo con sus amigos; estoy segura de que entre ellos habrá alguno que me conoce. Menudo susto me he llevado. ¡Si me hubiesen visto aquí… no, por la gloria de mi alma, no habría podido ocurrirme nada peor!

8

Cuando Joachim Behaim le contó que, para propiciar un nuevo encuentro con ella se había instalado en una mala buhardilla que sólo ofrecía la ventaja de que se podía observar desde la ventana la calle de San Jacobo y el lugar preciso donde se habían encontrado, ella decidió en el acto acudir, corriendo, volando, a esa mala buhardilla, siquiera por ver cómo estaba alojado allí su amado. La idea de que la gente pudiese murmurar de ella había dejado de preocuparle, pues su enamoramiento había adquirido tales proporciones que podía

con el miedo y los escrúpulos. Pero como Behaim no la invitaba a ir a verle, como sólo le seguía contando cómo la había buscado en vano y cómo había permanecido hora tras hora junto a la ventana esperando pacientemente, Niccola vio que tenía que tomar la iniciativa.

–Supongo que no pensaréis -dijo elevando los ojos hacia su amado con una sonrisa-, que iré a veros a esa habitación, ya sea mala o buena. Sabéis que eso va en contra de las buenas costumbres y por lo tanto no lo exigiréis de mí. No digo que no abunden en esta ciudad mujeres que lo harían con mil amores, pero yo no soy de ésas, vos también lo sabéis. Sería una falta de decoro… pero si a pesar de todo accediese por el amor que os tengo y porque lo deseáis tanto, decidme francamente, ¿qué pensaría la gente de mí en vuestra casa? Quizás podríais hacer que ningún vecino de la casa se cruzase en mi camino, ¿pero habéis pensado que cuando yo franquease la puerta, que deberíais dejar abierta, y entrase en el zaguán, podría ser vista por alguien que me conoce, y entonces… ¡Qué desgracia! Prefiero no pensarlo, sería el fin de mi reputación, toda la ciudad me señalaría con el dedo. Será mejor que no hablemos más del asunto… ¿no os parece? Tratad de sacar esa idea de vuestra cabeza si valoráis en algo mi honor.

Contrariado, Behaim se pasó la mano derecha por su brazo izquierdo como solía hacer cuando algo se oponía a sus deseos. Su descontento se dirigía contra sí mismo, se tachaba de estúpido por no saber manejar la situación. Ciertamente sabía que no había hecho a Niccola esa proposición a la que ella se oponía con tanta vehemencia, pero estaba convencido de que había revelado sus deseos y pensamientos con alguna palabra precipitada e imprudente echando, de esa manera, todo a perder.

–No obstante -prosiguió la muchacha después de un momento de reflexión-, es posible que tengáis razón al decir que en esta posada no estamos ya a salvo de las miradas curiosas. Yo también he pensado en ello. Hace tan sólo unos días fue ese messere Leonardo y sus amigos, y ayer, como ya os dije, me crucé, al venir aquí, con un hombre que me miró,

no puedo deciros de qué manera… como si estuviese al corriente de lo nuestro y de todo. Estoy muy preocupada. Si pensáis que realmente puedo pasar sin que me vean y sin correr ningún riesgo… ¿quizás con un pañuelo delante de la cara? Pero de qué me sirve eso, me han dicho, y me lo repiten a menudo, que ya de lejos se me reconoce por mi manera de caminar. Dime, querido, ¿encuentras tú algo especial en mi manera de andar, algo que me distinga de las demás? ¿No? ¿O sí? ¿De verdad? ¿Y piensas que a pesar de todo podría arriesgarme? Hace falta mucho valor, créeme, y yo no soy valiente. Pero estoy segura de que tiene que haber un santo, uno a quien pueda invocar una pobre muchacha que quiere entrar sin ser vista en la casa donde vive el amado. Para todo lo que se emprende existe un santo a quien poderse dirigir. Cuando yo era pequeña me decían que invocase a santa Cecilia para aprender a leer y escribir. Con su ayuda aprendí después a cantar, y a tocar el laúd, y a hilar la lana, pues así quería ganarme la vida, pero disfruto más aún haciendo flores con papeles de colores, pues soy muy hábil con las tijeras. Aconséjame pues, amado mío: ¿antes de ir, debo encender una vela a santa Catalina o es san Jacobo el más indicado en este caso? Pues esa calle lleva su nombre. Lo mejor sería que me encomendase al santo que asiste a los ladrones para que puedan penetrar sin ser vistos en casa ajena. Pero no conozco el nombre de ese santo. Mancino podría decírmelo, él conoce a todos los que pertenecen al gremio de los ladrones. Pero está enfadado conmigo y hace días que me rehuye.

Luego, cuando entre besos y votos de amor, hubieron convenido el día y la hora, y todo lo que les parecía necesario, Niccola dirigió una breve mirada de despedida al comedor de la posada que había hecho su servicio y salió sigilosamente. Desde la carretera, bajo la tenue luz del atardecer, mostró a su amado, que de pie junto a la ventana la seguía con la mirada muy satisfecho con el éxito que se atribuía a sí mismo, tres dedos de su mano alzada para recordarle que debía esperarla al día siguiente en su habitación a las tres de la tarde.

Como tenía que cuidar de que su amada no fuese importunada por alguna mirada curiosa cuando entrase en la casa y corriese hacia su aposento, Behaim consideró conveniente confiar una vez más su secreto al cerero. Halló a éste en la cocina ocupado con la cena, asando castañas y manzanas sobre la plancha caliente del fogón.

–¡Adelante, acercaos! – exclamó el cerero, contento de que viniese alguien con quien poder conversar, y a modo de saludo blandió como una espada la cuchara con la que empujaba y removía las castañas-. Apuesto que habéis venido para invitaros a mi cena, no cabe duda de que se percibe el olor a manzanas asadas por toda la casa y estas castañas, que son las mejores que pueden encontrarse en el mercado, vienen de Brescia. Hay suficientes para dos, la mesa estará lista en un instante y además os serviré también una ensalada de finas hierbas. Hoy sois mi invitado, mañana seré yo el vuestro. ¡Conque sentaos y servíos!

Y como tenía por una de las mayores dichas de este mundo procurarse a costa de los demás una buena y abundante comida, añadió:

–Si queréis, os diré hoy mismo cuál es mi plato favorito para que tengáis tiempo de prepararlo para mañana. ¿Qué os parece un cochinillo asado para los dos?

–He venido -dijo Behaim, frotándose el brazo izquierdo- para comunicaros que mañana…

–¿Es día de ayuno? – le interrumpió el cerero-. Ya lo sé. Pero en ese aspecto no soy mejor que un turco. También un viernes me parece buen día para tomar un cochinillo asado, o una perdiz, si preferís, y aunque vos lo consideréis un pecado, es de los que se lavan con un poco de agua bendita. Pero como prefiráis, también podemos comer de vigilia contentándonos como buenos cristianos con un guiso de tencas o, mejor aún, con cangrejitos salteados en mantequilla acompañados de rebanadas de pan tostado, ésa sería le perfecta cena de vigilia.

Echó la cabeza hacia atrás, y con delectación dejó que los cangrejos se deshiciesen uno tras otro en su boca.

–Comeremos -dijo Behaim-, si no es hoy o mañana, sin duda en otra ocasión. Hoy sólo he venido para deciros que mañana espero visita. Ella vendrá aquí, me lo ha Prometido, y me hace un gran honor.

–¿Quién vendrá aquí? – preguntó sin mostrar especial curiosidad el cerero y, abandonando el sueño de su plato favorito, peló dos castañas y las introdujo en su boca.

–La persona a la que estaba buscando. La he encontrado -le explicó Behaim.

–No sé a quién estabais buscando. ¿Así que a quién habéis encontrado? – Quiso saber el cerero.

–A la muchacha -dijo Behaim-. Esa de quien os hablé, ¡haced memoria!

–De modo que la habéis encontrado. Bueno, eso no me sorprende -dijo el cerero-. ¿No os había predicho que la encontraríais? También averiguasteis a través de mí dónde debíais buscarla, sólo tuvisteis que seguir mis consejos. Ya veis las molestias que me tomo, una vez más, en asistiros en todo, siendo como sois forastero y encima poco hábil y carente de toda experiencia. Y ahora que habéis conseguido volver a verla gracias a las indicaciones que os di… ¿seguís tan chiflado por ella?

–Ahora que conozco su naturaleza y su manera de ser estoy aún más enamorado que antes -le confesó Behaim.

–A juzgar por lo que decís, parece que ser una mujer muy aceptable -apuntó el cerero-. En fin, no quiero que os falte mi consejo en este asunto. ¡Tomadla y divertios, quedaos con ella unos cuantos días, pero no demasiados, y luego dejádmela a mí y búscaos otra!

–¿Por qué, demonios, habría yo de hacer eso? – preguntó asombrado Behaim-. Ya veis que estoy loco por ella.

–Precisamente porque lo veo os doy ese consejo que algún día me agradeceréis estrechándome la mano, pues como amigo os hablo. Ya me doy cuenta de que es una que no necesita tambores ni pífanos para hacer bailar a los hombres. Si os

enredáis demasiado en esta aventura, dentro de poco no sabréis qué hacer y ya no podréis deshaceros de ella.

–¿Deshacerme de ella?

–Sí. Libraros de ella a tiempo y de buena manera.

–¡Pero qué estáis diciendo! – exclamó Behaim-. Quiero que sepáis que sólo tengo una idea: hacer todo lo posible por que siga siendo mía, deseo que este amor sea duradero y por eso, cuando me vaya de aquí, llevaré a la muchacha conmigo, estoy decidido, pues de todas las que he encontrado es la mejor, la más bella y la más discreta y no hay muchas cosas en este mundo que me importen tanto como compartir con ella el amor.

Y sólo cuando hubo expuesto al cerero la situación, tuvo tiempo de tomar aliento.

–¡Bah, el amor! – dijo con un profundo suspiro el cerero-. ¿Qué sabéis vos del amor? Un breve placer seguido de un largo y amargo llanto, eso es el amor, si no preferimos llamarlo, como los filósofos, un mero delirio que confunde los sentidos. De acuerdo, imagináis amarla y estáis decidido a guardarla para vos y sería necio querer hacer una buena obra con alguien que no la sabe valorar. No hablemos más de ello. ¿Y aquel otro personaje por el que me habéis preguntado? ¿Os ha devuelto los escudos que le habíais prestado?

–¡No me habléis de él! – dijo Behaim poniéndose furioso-. Pero ése pagará, de eso podéis estar seguro, me suplicará incluso que acepte de él los diecisiete escudos.

–Se me acaba de ocurrir -dijo el cerero atacando las Manzanas asadas-, que a lo mejor vuestra amada tiene una amiga, una personita joven y hermosa; a esas muchachas se las ve casi siempre acompañadas. Si ella la trajese, yo no tendría nada que objetar, pues siendo cuatro se charla mucho mejor que siendo tres.

–¿Siendo tres? ¿Siendo cuatro? – se indignó Behaim- ¿Qué pretendéis? No quiero saber nada de tríos ni de cuartetos,

quiero estar y seguir estando a solas con ella. ¿No lo comprendéis?

–No, no lo comprendo en absoluto -declaró el cerero meneando la cabeza-. ¿Por qué queréis privarle del placer de disfrutar de mi compañía? Pues cuando estoy inspirado merece la pena estar conmigo, podéis creerme. Cada palabra una ocurrencia, derrocho alegría, soy pura chispa, la gente está pendiente de mis palabras y no para de reír.

–¡Escuchadme bien! – dijo el alemán perdiendo la paciencia-. La espero mañana hacia las tres, y viene porque le he asegurado que no se cruzará con ninguna cara desconocida en esta casa. Por consiguiente, no aparezcáis, os lo aconsejo, pues si asomáis vuestra nariz aunque sólo sea por un instante, caeré sobre vos y os daré una tunda que los médicos discutirán durante semanas qué hacer para que podáis caminar a gatas. Yo soy así. ¿Me habéis entendido?

–Como queráis. Como os plazca -dijo, más perplejo que herido en sus sentimientos, el cerero-. Me encerraré en mi tienda; os prestaré también este servicio de amigo. Las amenazas no surten efecto conmigo, pero con buenas palabras se consigue todo de mí. Por cierto, tenía que deciros algo: vos sabéis que el precio del trigo está subiendo, también el vino está más caro y en este invierno riguroso ya he tenido que comprar cuatro veces leña. Y mi afección de la vejiga también me causa algunos trastornos. Así que encontraréis normal que os suba dos carlini el alquiler, pues con lo que pagáis a la semana no tengo ni para la merienda.

Con movimientos rápidos y ágiles se puso Niccola la ropa, y cuando él quiso abrazarla una vez más y atraerla hacia sí con intención amorosa, se zafó de él pues se había hecho tarde. Con una pequeña y divertida mueca giró los ojos y le dijo adiós por ese día, y en la puerta le enseñó con los dedos de su mano a qué hora la podía esperar al día siguiente, y con los mismos dedos le lanzó un beso antes de abandonarle.

Con pasos silenciosos corrió escaleras abajo. Al atravesar el corredor, oyó crujir una puerta y por un resquicio salió la

luz vacilante de una vela. Como no encontraba su pañuelo que debía haber dejado arriba, en la habitación de su amado, ocultó su rostro detrás de su brazo doblado como detrás de una máscara protectora y cruzando rápidamente el portal salió a la calle de San Jacobo.

Arriba, en su cuarto, Joachim Behaim no dejaba de pensar en ella y en la hora que habían pasado juntos.

Ahora es mía, se decía lleno de júbilo, me ama, y está claro que soy el primero a quien se entrega. Una criatura tan bella, ahora sé lo bella que es en realidad, y tiene tanto encanto…, ¡qué afortunado soy! ¿No es una bendición de Dios que ella me ame? Y mañana vuelve. Pero entonces Necesito tener en casa algo que ofrecerle, qué demonios, bombones, un zumo de fruta, pastelitos, ¡cómo no lo he pensado antes! Estoy loco por ella, eso está claro, completamente atrapado. No sé si estoy en el cielo o en el infierno. Se diría que el cielo me ha abierto sus puertas, pero cuando ella no está a mi lado, me consumo y es el infierno. Mañana viene. Ah, si esto durase, si pudiese decir todos los días: mañana estará conmigo. Es cierto que como hemos intimado… pero de qué sirve eso, el mundo, la vida terminaran por separarnos. ¡Si pudiese conservarla a mi lado! ¿Para quién me afano? ¡Dios mío, que vida he llevado todos estos años! De un lado para otro, a caballo, en barco, viajando a tierras griegas, turcas, moscovitas, luego otra vez a Venecia, a los almacenes. Y de nuevo a los mercados, a las cortes, siempre detrás del maldito dinero. ¡Dios me ampare, qué pensamientos son éstos? ¿Es que no soy más que un enamorado? ¿Acaso no soy un comerciante, un hombre de balanza y vara? No me reconozco, no, ya no soy el mismo. ¿En que marasmo he caído?

Se acercó a la ventana, abrió el postigo y dejó que el aire del atardecer refrescase su frente.

Ella es mi amada, se dijo, ¿por qué no habría de tomarla como esposa para tenerla siempre conmigo? ¿Acaso busco en ella riquezas, tierras, un palacio? Es hermosa y discreta, de buenas costumbres y modesta, y me ama, ¿qué más quiero?

Se alejó de la ventana. Le sorprendió que no le hubiese venido ya antes la idea de casarse con ella y llevarla consigo cuando abandonase Milán. Pero ahora que había tomado esa decisión, le invadió una gran calma. Todo le pareció fácil y sencillo.

Al fin y al cabo, ¿qué necesito para contraer matrimonio con ella?, se preguntó. La boda se organiza en seguida. Necesito un cura y dos testigos, y hace falta que ella diga «sí», eso es todo.

De camino a casa, cuando empezaba a oscurecer, Niccola entró en la iglesia de San Eusorgio para hablarle a Dios de su amor y su amado.

–Quizás estás enojado -dijo en voz baja, arrodillada delante de la imagen del Salvador-, porque ahora soy suya sin tu sagrado sacramento. ¿Pero no fuiste tú mismo quien puso en mi corazón ese deseo que me empujaba todos los días a reunirme con él? Por fin ha ocurrido hoy, por la tarde. No le he hecho esperar mucho, es cierto, pero yo pensaba que cuando dos seres se quieren como nosotros, y desean verse y se aprecian, no deberían perder el tiempo, pues nadie sabe lo que puede pasar entre tanto. ¡Perdóname si he obrado mal, ten piedad de nuestro amor, guíalo para que tenga un final feliz, para mí y para él!

Como su padre siempre echaba el cerrojo a la misma hora del anochecer, aunque ella no hubiese regresado a casa, de manera que tenía que llamar a la puerta y pedir a voces que la dejase entrar y, cuando por fin abría, escuchar sus sermones, sólo le quedó el tiempo justo para rezar un rápido padrenuestro.

Fuera, delante de la puerta de la iglesia, se encontraba tel como venía del trabajo, en delantal de cuero y zuecos de ladera y con la gubia en la mano, el escultor Simoni que acababa de cruzar el callejón para contemplar en la iglesia el cuerpo del Señor, durante la consagración. Cuando reconoció a Niccola, atusó su pequeño mostacho, contento de verla y, quitándose la gorra, la saludó dejando al descubierto su calva.

Ella le dio las gracias con una sonrisa fugaz y siguió su camino.

No le conozco, pero me saluda cada vez que me cruzo con él, dijo para sus adentros apretando el paso. Me mira como si supiese dónde vivo. ¿Será uno de los que le piden dinero prestado? ¿Me conoce de eso? No, no tiene aspecto de haber caído en manos de mi padre. Ay, cómo me avergüenza que la gente me mire con esos ojos llenos de compasión. No saben que gano con mis manos el pan que como. Mancino lo sabe y de cuando en cuando me trae lana para hilar. Hoy no me gustaría encontrarme con él. Sería una desgracia que nos cruzásemos. Sólo tiene que mirarme a la cara para saber dónde he estado y lo que ha pasado. No debe enterarse. Él me ama y si supiese lo que ha ocurrido, se consumiría de pena y dolor como se consume una vela.

La puerta no tenía el cerrojo echado. Cuando subía por la carcomida escalera al aposento donde estaba su cama, le llegó desde la sala de estar la voz de Boccetta.

–Dejad de hablarme de la misericordia de Dios y de los amargos sufrimientos de Cristo, pues es como si soplaseis en una estufa apagada. ¿Enfermo, decís? Es muy dueño de estar enfermo y también puede morirse, si le divierte, eso a mí no me importa. Le habéis avalado y pagaréis. Y ahora, señor, id con Dios o con el diablo… como más os guste. Mañana traéis el dinero. Si no lo traéis me reiré viéndoos asomar la cabeza entre los barrotes de la cárcel.

Arriba, en su cuarto, Niccola se arrojó sobre su cama.

–¡Amado -imploró y se lamentó- llévame contigo! ¡Llévame lejos de este hombre extraño que es mi padre, sácame de esta casa que es peor que una cárcel, llévame lejos de Milán! Me preguntabas si te amaré siempre. Ay, amado, llévame contigo, y si existe allá arriba un amor como el de la tierra, te amaré toda la eternidad.

El cerero, que había observado por el resquicio de la puerta cómo Niccola abandonaba sigilosamente la casa, cerró la puerta y para no gastar, apagó su vela.

–Es bonita -admitió-. Esbelta y alta. Ese alemán es de los que siempre se llevan lo mejor de la bandeja. Estoy harto de él. Viene a la cocina, me cuenta mil sandeces, me roba el tiempo. Pero ella le quiere, se le ha metido en la cabeza. En fin, así son las muchachas de hoy, en nosotros no se fijan pero corren detrás de los extranjeros, no tienen vergüenza, son unas viciosas. Frente a los demás se dan aires de devotas y virtuosas, pero en el corazón tienen los siete males.

9

La posada del Cordero no estaba iluminada por un acogedor fuego de chimenea la noche en que Behaim volvió, sino que recibía su escasa luz de las dos lámparas de aceite humeantes que colgaban del techo ennegrecido por el humo, entre salchichas y ristras de cebollas. Al mirar a su alrededor, Behaim reconoció al calvo del pequeño mostacho que se había presentado como maestro de novicios de la posada y también a varios de los jóvenes pintores y artesanos en cuya compañía había bebido hasta emborracharse la primera noche. El hombre en hábito de monje que, según decían, enseñaba matemáticas en la Universidad de Pavía, también estaba sentado detrás a una de las mesas, con la tiza en la mano, sumido en la contemplación de sus figuras geométricas. Pero Behaim no vio a Mancino. Tenía prisa por hablar con él, y también en esta ocasión, había ido allí únicamente por Mancino, aunque el vino que le había servido el posadero aquella noche le había dejado un agradable recuerdo. Ahora que estaba decidido a que Niccola -cuyo nombre ni siquiera conocía en su primera visita a la posada-, le acompañase a dondequiera que fuese como su bien amada, ahora que tenía la intención de contraer matrimonio con ella, ya no le retenía nada en Milán, sólo necesitaba llevar a buen término el asunto que tenía pendiente con Boccetta, quería cobrar sus diecisiete ducados, y para conseguirlo necesitaba la ayuda de un hombre que supiese manejar un garrote, y si era necesario, también un puñal.

El posadero, a quien preguntó por Mancino, torció la boca como si se hubiese roto un diente al morder sobre algo duro, y soltó una risa breve y amarga.

–¿A Mancino? – exclamó-. ¿A esa persona buscáis hoy aquí? ¿Y no esperáis encontrar en mi casa a su Excelencia, el señor duque y a su eminencia el cardenal arzobispo de Milán? Un ducado, señor, es una cantidad de dinero considerable y uno precisa varios días para gastarlo, a no ser que uno se rodee de una docena de mujeres de mala vida dispuestas a aprovecharse. Pero tenéis razón, él sería muy capaz de ello pues es de esa clase de hombres.

–No os he preguntado por el señor arzobispo -dijo malhumorado el alemán-, y tampoco me importa cuántas rameras mantiene ni cómo se divierte con ellas. Os he preguntado por Mancino.

–¿Así que no lo sabéis? – Se asombró el posadero-. En fin, después de todo sois forastero. Escuchad pues: cuando Mancino hace sonar el dinero en su bolsillo, debéis buscarle en todas las demás posadas o tabernas de esta ciudad; en la Grulla, en la Campanilla, en la Lanzadera o en la Morera le encontraréis sin falta, en mi local sólo vuelve a aparecer cuando no le queda un solo céntimo, entonces vendrá, de eso podéis estar seguro. «¡Tabernero! – le oiréis gritar-. «¿Me fías una ronda? ¡Sé un buen cristiano, tabernero, piensa en la salvación de tu alma!». Así es, y así son todos los que veis aquí, ya sean pintores o canteros, organistas o poetas, cuando conocéis a uno, los conocéis a todos, y ese de allí, el del hábito de monje, tampoco es distinto, en las últimas semanas no ha sacado ni medio quartino de su bolsa, se instala aquí, gasta mi tiza y me estropea el tablero de la mesa con sus garabatos… sí, hablo de vos, reverendísimo hermano, estaba explicándole al señor que me ha preguntado por vos, lo buen conocedor que erais de vuestros libros y de la ciencia… pues sí, así son todos, ¿y yo, señor? Si algo tengo que reprocharme, es mi excesiva bondad. Vos sabéis, señor, que tengo un carácter pacífico y mucha paciencia, pero muy pronto voy a dejar de ser su pagano, muy pronto, señor, os lo aseguro.

–¿Así que pensáis que ha conseguido dinero? – interrumpió Behaim los lamentos del posadero.

–Aquí en la taberna lo saben todos -le contó el posadero-. Ayer le vieron cambiar un ducado en la Campanilla, la noticia me ha llegado de todas partes. ¡Un ducado, señor! ¡Mancino! Se dice que lo recibió de messere Bellincioli que también es un poeta, aunque un gran señor, que está al servicio de su excelencia el señor duque. Por varios versos -dicen- que le encargó la casa ducal y que él entregó a messere Bellincioli. ¿Pero vos lo creéis? ¿Un ducado por varios versos? Por una puñalada asestada a alguien por encargo de no se sabe quién, eso ya es más creíble, pues es experto en esas artes. Pero, ¿por versos? Eso es ridículo. Si fuese cierto que por versos se reciben buenos y sólidos ducados, yo también me pondría a elaborar versos y poesías en lugar de estar aquí sirviendo mi buen furlano a todos los necios y pobres diablos. Sí señor, eso es lo que haría. Y ahora, ¿que queréis tomar, señor? ¿Os traigo una jarra de mi Vino Santo de Castiglione que es alabado por todos los que lo han probado?

En cuanto Behaim tuvo delante de sí el vaso de estaño y la jarra de vino y, saboreando trago a trago la bendición, dejó correr el Vino Santo por su garganta, le sobrevino con el bienestar también el cansancio, y mientras, con la frente apoyada en la mano, pensaba en Mancino y, paladeando el vino, se preguntaba cuántos días tardaría el experto en puñaladas y poeta de taberna en beberse sus ducados, llegaron a su oído en desconcertante confusión los fragmentos de las conversaciones de los artesanos y artistas que estaban sentados en las mesas de alrededor:

–¡Hay que ver qué tiempos corren! Nadie está hoy dispuesto a soltar un quatrino en honor de Dios o de su santa madre.

–Para poder siquiera empezar necesitaba una cierta cantidad de buen color azul, así que le dije…

–Mucho talento no tiene. Lo que mejor domina son las flores, las hierbas y los animales pequeños. Pero el muy insensato se ha empeñado en…

–Yo debería haber obedecido a mi padre y haberme hecho cocinero, pues por una comida bien guisada…

–Cuando me cruzo con ella, me paro aunque tenga prisa, y la sigo con la mirada, no puedo evitarlo.

–Reverendo hermano, yo no soy teólogo. En cambio, vos no sabéis nada del arte de la pintura y por eso no podéis decir…

–Quiere representar la vida de su santo patrón sobre ocho grandes tablas, pues dice, como buen asno que es, que también hay que ir detrás de la fama.

–Para poder empezar de una vez le digo: ve y compra una onza de laca, pero que sea de la mejor que se puede encontrar en Milán.

–Las matemáticas penetran e iluminan la vida humana, y como estudioso de las matemáticas, sé…

–Pues de las artes, me decía mi padre, no te podrás vestir ni alimentar.

–Como estudioso de las matemáticas no podéis saber cuan difícil es pintar un ojo enfurecido o un ojo luminoso.

–Eso que dices es una osadía. Con todos mis respetos por la música, pero no puedes llamarla hermana de la pintura.

–¡Y si aquí no hay laca de primerísima calidad, déjalo -le digo- y tráeme otra vez el medio carlino!

–Hoy también me he cruzado con ella y la he seguidc un buen rato con la mirada, ¿pero eso de qué me sirve?

–El muy necio se tiene ahora por la gloria y el faro del arte italiano y para su desgracia, no se deja sacar del error.

–¿Hablar con ella? ¡Si fuese tan sencillo! Y luego… mírame. Siendo así, tan calvo y gordo… dilo tú mismo, ¿no resultaría lamentable como galán? Y de mis años, prefiero no hablar.

–Pues no muere como la música nada más nacer, no, la pintura subsiste en su gloria y esplendor…

–Sí, ya de niño soñaba con ser pintor…

–Todos los días me cruzo con ella, generalmente delante de la iglesia donde oye misa.

–… y no sigue actuando como un tenue recuerdo sino como algo vivo.

–… y por desgracia, he terminado siéndolo…

–¿Cómo algo vivo? Eso es ridículo. Lo que yo veo es una mezcla de colores aplicados en gruesas capas, y un poco de laca.

–Ahí está Mancino. Viene justo a tiempo. Puesto que te aferras, terco como una muía, a tu error, que decida él entre los dos. No es organista ni pintor, pero cuando recita sus versos, está tan cerca de la música como de la pintura. ¡Eh, Mancino!

Despertando bruscamente del letargo que se había apoderado de él, más por las conversaciones confusas y fatigantes de la gente que tenía alrededor que por el vino que había bebido, Behaim oyó gritar el nombre de la persona que había estado esperando con tanta impaciencia. Volvió la cabeza. Mancino estaba de pie en la entrada vacilando un poco como si estuviese ligeramente bebido y saludaba con su gorra a los dos hombres jóvenes que le habían llamado a su mesa. Behaim se puso de pie. Y cuando Mancino atravesaba la sala con distendida naturalidad deteniéndose tan pronto aquí, tan pronto allí para intercambiar algunas palabras con este o aquel camarada, se interpuso Behaim en su camino con un saludo cortés, casi respetuoso.

–¡Os deseo un buen día, señor! – comenzó-. Os esperaba, y si no llego en mal momento, me gustaría hablar con vos unos instantes.

Mancino le miró contrariado. No se sabía si veía en él al rival favorecido por la fortuna o simplemente a un hombre fastidioso que venía a incordiarle con sus tonterías.

–¡Decidme lo que tengáis que decir, señor! – respondió después de un instante de reflexión, y con una seña pidió un poco de paciencia a los dos jóvenes que le habían elegido

como arbitro en su disputa sobre si había que dar entre las artes la preferencia a la música o a la pintura.

–En primer lugar -le explicó Behaim-, quisiera pediros que vinieseis a mi mesa y fueseis mi invitado si no habéis cenado todavía.

–¡Ay de mí! – exclamó Mancino-. He nacido en una hora adversa. Con el honor que me concedéis llegáis demasiado tarde, señor, pues hace una hora llené mi estómago con pan y queso. Y el hecho de que tal cosa pudiese ocurrir, demuestra que he perdido la gracia de Dios. ¿Pero debo asombrarme? ¿Yo que atravieso la vida con una inmensa carga de pecados?

–Eso -dijo Behaim que no estaba pensando en la gracia de Dios ni en la carga de pecados sino en el queso- no os debe impedir vaciar conmigo una o dos jarras del Vino Santo que sirve aquí el tabernero.

–Acabáis de encontrar -dijo Mancino sentándose a la de Behaim- unas palabras que serían capaces de hacer que superase su infortunio un ser que está completamente desesperado, un ser que está condenado incluso al más profundo infierno. ¡Eh, tabernero! ¡No seas tan parsimonioso, acércate y atiende las órdenes del caballero! Y supongo que vos -dijo dirigiéndose de nuevo a Behaim-, no habéis esperado aquí sólo para dejarme degustar el Vino Santo.

–Me han dado y encarecido vuestro nombre -explicó Behaim-, como el de una persona a quien se puede recurrir con toda confianza en casos difíciles. ¡A vuestra salud, señor!

–¡Y a la vuestra! – le respondió Mancino-. En efecto, algunos tienen acerca de mí esa opinión, otros en cambio, creen que es hora de que me retire de los negocios y se los deje a otros, dicen que a mis años no soy nada más que el vacilante cabo de una vela que puede apagarse con un leve soplo. Sea como fuere, estoy a vuestra disposición.

–Es curioso -dijo Behaim pensativo-. Ahora que estoy sentado aquí enfrente de vos me da la sensación, yo diría que estoy casi seguro, de haberme cruzado con vos hace años.

Pues vuestra cara no es de las que se olvidan fácilmente. Era un día de verano y yo estaba sentado delante de mi albergue tomando un vino, en algún lugar de Borgoña o de Provenza, entonces vi subir por la carretera un cortejo, dos alabarderos a la derecha y dos a la izquierda, que conducían a la horca a un hombre que caminaba entre ellos, y ese hombre erais vos. Pero no teníais aspecto de maleante, caminabais orgulloso con la cabeza alta como si estuvieseis invitado a un banquete ducal.

–En mis sueños -dijo, indiferente, Mancino-, me veo a menudo debajo de la horca y un cura gordo me tiende su cruz de plata para que la bese. Pero supongo que no habéis venido para escuchar mis sueños. Hacedme pues el favor de darme a conocer vuestros deseos.

–A un hombre hábil, inteligente y experto como vos -opinó Behaim-, no le resultará difícil complacerme.

–La tarea puede ser difícil de ejecutar o también peligrosa -explicó Mancino-, y puede -su voz bajó hasta convertirse en un murmullo- atentar contra las leyes del ducado, todo eso no me asusta, sólo depende del grado de vuestra generosidad, pues, como ya sabéis, no estoy precisamente colmado de bienes terrenales. Es cierto que en los próximos días debería realizar algunos trabajos que tengo pendientes, mi tiempo es escaso, pero si nos ponemos de acuerdo… vos sabéis y en los Evangelios está escrito: hay que estar dispuesto a abandonar el barco y las redes por una buena obra.

–¡Entonces, al grano! – prosiguió Behaim en un tono un poco más bajo-. Me han hecho saber que ese puñal -dijo, dirigiendo una mirada al arma que llevaba Mancino al cinto- es un verdadero portento que más de una vez ha hecho entrar en razón a un testarudo que no quería ceder.

–Sí que lo es -asintió Mancino y su mano se deslizó cariñosamente sobre la vaina de cuero de su puñal-. En ese arte ya podría haber alcanzado el grado de maestro o de doctor.

–Entonces -dijo Behaim-, no me queda más que buscar unos cuantos monjes que estén dispuestos a rezar oraciones

por la salvación de su alma.

–¿Por la salvación de su alma? Me estimáis en poco, señor -dijo Mancino-. Supongo que no pretenderéis atentar contra la vida de esa persona, por muy testaruda que sea. Es cierto que en mi profesión hay algunos cuyo cuchillo no conoce la medida justa. Apuñalan y matan como buenos chapuceros que son y luego vienen las complicaciones. No, señor, yo no soy de ésos. Mi puñal sabe ser comedido.

–Entonces opináis -quiso oír su confirmación Behaim- que empleando medidas suaves, un tajo en su maldita cara, por ejemplo, hará que ese rufián…

–Sí, le despacharé con algo similar -explicó Mancino-. Recibirá su merecido. Confiad en mí, quedaréis satisfecho.

–De acuerdo -dijo Behaim-. Proceded con él como os parezca oportuno. Yo, desde luego, preferiría ver colgado a Boccetta con un palmo de lengua fuera de la boca.

Por un instante reinó silencio. Mancino alzó la cabeza y miró a Behaim. Posó sobre la mesa, sin haber bebido de él, el vaso de estaño que se había llevado a la boca.

–Así que cuando le deis su merecido -dijo Behaim-, no actuéis con excesiva mezquindad. Considerad las injusticias que ha cometido ese Boccetta conmigo y con muchos otros. Dejadle tan malherido que en el futuro tenga motivo de acordarse de mí de vez en cuando.

Mancino miraba fijamente delante de sí sin decir palabra.

–Así que conocéis mis intenciones -continuó Behaim-, y pienso que estamos de acuerdo en lo que se refiere a Boccetta. Sólo os queda comunicarme vuestras pretensiones. Sé que la ejecución de semejante trabajo no se hace gratuitamente. Por consiguiente, decidme a cuánto ascenderán los gastos.

Mancino seguía guardando silencio.

–Comunicadme vuestro precio -repitió Behaim-, y decidme qué parte de la suma pedís por adelantado por vuestras molestias. Recibiréis el resto en cuanto hayáis

cumplido. Sabed que soy un pagador puntual y puedo nombraros a hombres respetables de esta ciudad que lo confirmarán.

Mancino suspiró, movió la cabeza, apartó el pelo de su frente y empezó a hablar.

–Como ya os he dicho al principio -explicó-, carezco de tiempo para esta clase de asuntos. Debo pensar en los míos que también son importantes, pues no hay nadie que se ocupe de ellos en mi lugar.

A Behaim le dio la impresión de que Mancino sólo pretendía obtener un salario más elevado y eso le contrarió.

–¡Basta de pretextos, decidme vuestro precio! – le ordenó-. Dejaos de rodeos, no llevan a ninguna parte. ¡Hablad alto y claro! Así nos entenderemos mejor.

–Habéis venido en vano -dijo Mancino preocupado-Yo no puedo serviros, señor, pues un asunto como este con sus especiales circunstancias, debe ser preparado cuidadosamente, y yo no tengo tiempo para esa preparación. Además, se da el caso de que mi mano ya no es tan segura como antaño y podría ser que os causase complicaciones a vos y también me las causase a mí.

–Quiero que me entendáis bien -le insistió Behaim-. Recibiréis una parte de vuestro salario en el acto, aquí en esta mesa os la embolsáis, en cuanto hayamos llegado a un acuerdo.

Mancino le interrumpió con un gesto de la mano.

–Os entiendo perfectamente, pero parece que sois vos quien no me entiende -dijo-. No os puedo servir, os he nombrado mis motivos. Además debéis tener en cuenta que ese Boccetta es un hombre viejo. No me reportaría mucha gloria pelearme con él.

–¿Acaso andáis buscando gloria? – se impacientó Behaim-. ¿No os interesa el dinero que podéis ganar en este asunto, y encima de un modo tan sencillo?

–Que se esfuerce otro en ganarlo -decidió Mancino-. A mí ese dinero no me interesa. Así que no sigáis hablando del asunto, es inútil. Y ahora, si me queréis disculpar…

–¿Qué demonios ocurre con vos? – exclamó Behaim consternado-. Hace unos minutos hablabais muy sensatamente, ¿y ahora me queréis dejar en la estacada? Sabéis lo importante que es para mí este asunto. ¡Qué voy a hacer Para conseguir los ducados que se ha quedado ilegítimamente ese canalla!

–Si queréis un consejo -opinó Mancino levantándose-, os diré lo siguiente: tomaos tiempo, esperad tranquilamente a ver cómo evolucionan las cosas y no os precipitéis. Hoy es un día, mañana otro. Si hoy habéis perdido dinero con Boccetta, mañana lo recuperaréis con otro.

–¡Maldita sea! – gritó Behaim, enfurecido-. No me vengáis con esas triquiñuelas. Hace un momento me habéis asegurado que él recibiría su merecido y que contase con ello. Y ahora que tenéis que pasar a la acción y emplear vuestro puñal en una buena causa… ¿ahora os tiembla el corazón?

–Sí, es posible -dijo Mancino-. Por lo visto, soy así.

–¡Un cobarde y un fanfarrón, eso es lo que sois! – le increpó Behaim-. Sois un embustero, un auténtico francés al que no le llega la camisa al trasero. Un farsante y un bocazas.

–De acuerdo, podéis llamarme así si os divierte -respondió Mancino-. ¡Y ahora que habéis dicho todo lo que teníais que decir, id con Dios! Sí, señor, lo mejor que podéis hacer es desaparecer de aquí lo más rápido posible, pues no podré responder de mí por mucho tiempo.

Mancino se llevó la mano izquierda al pomo de su puñal y su diestra señaló la puerta con ademán autoritario. En las mesas vecinas se habían dado cuenta de que se estaba armando una reyerta y el escultor Simoni se levantó para apaciguar los ánimos.

–¡Eh, vosotros! – exclamó-. ¿Quién de los dos quiere sembrar aquí la discordia y la confusión?

–¿Se ha vuelto a emborrachar el alemán? – Quiso saber uno de los maestros canteros.

Mancino hizo con la mano un gesto de desdén como si no mereciese la pena hablar de la cuestión.

–Cada cual tiene un demonio que no le deja vivir plicó a los presentes-, y el suyo se ha empeñado en que tiene que hacer de Boccetta un hombre de honor.

–¡Cómo que honor! – gritó Behaim enfurecido-. ¿Quién habla de honor? ¡Lo que quiero es recuperar mis diecisiete ducados!

A su alrededor, los presentes empezaron a reír a carcajadas y a menear la cabeza, pero el que daba más muestras de regocijo era el pintor D'Oggiono.

–¿De modo que se trata de los diecisiete ducados? – exclamó-. ¿Y nuestra apuesta? ¿Sigue todavía en pie? Apostasteis dos ducados contra el mío.

–Sí, sigue en pie -dijo Behaim malhumorado.

–Entonces -exclamó el pintor-, los dos ducados están a punto de pasar a mi bolsillo. Vosotros los alemanes tenéis fama de cumplir vuestra palabra.

–Sí, cumplimos nuestra palabra -dijo Behaim con voz fuerte y firme para que también le oyese Mancino que, como si la cuestión hubiese dejado de importarle, se había sentado a la mesa del organista Martegli y había entablado con él una conversación-. ¡Pero no os alegréis demasiado pronto! – prosiguió-. Ignoro qué final tendrá este asunto para la existencia de Boccetta, pero sé que conseguiré mis diecisiete ducados, pues me conozco. Y vos seréis quien tenga que pagar los costos.

–¡Diecisiete ducados de Boccetta! – suspiró el hermano Luca sin levantar la mirada del tablero de la mesa sobre el que había formulado y demostrado con tiza un teorema algebraico-. ¿Cómo os imagináis eso, señor? Si Boccetta pudiese salvar a su padre del purgatorio a cambio de medio escudo, no lo desembolsaría.

–Lo que yo no entiendo -se oyó la voz del maestro cantero-, es que en estos tiempos en que la cristiandad es asolada por la peste y amenazada por la guerra, podáis pensar en semejantes ridiculeces.

–¿Llamáis ridiculeces a que yo quiera recuperar mis ducados? – exclamó Behaim indignado-. ¿Creéis que apaleo el dinero?

–Aceptad un buen consejo -dijo Alfonso Sebastiani, un joven noble que había abandonado su palacio de la Romana para convertirse en discípulo de messere Leonardo en el arte de pintar-. Acostaos temprano, cenad frugalmente, dormid mucho, y cuanto podáis. Quizás volváis entonces a ver alguna vez vuestro dinero en sueños.

–Dejadme en paz con vuestra palabrería, señor, me molestáis -le espetó Behaim-. Obtendré mi dinero, aunque tenga que partirle a Boccetta, uno a uno, todos los huesos de su cuerpo.

–¿Y qué dirá -le preguntó muy intrigado y un poco burlón el pintor D'Oggiono- vuestra amada cuando le tratéis así?

–¿Mi amada? ¿Que sabéis vos de mi amada? – preguntó Behaim-. Yo no os he dicho quién es mi amada en Milán. ¿De quién habláis?

–Pues de esa Niccola que, por lo visto, es vuestra amada -contestó D'Oggiono-. ¿Acaso no se os ha visto esperarla todos los días en la posada que se halla en la carretera de Monza? Y ella, rauda como una corza, acude a vuestro encuentro con el único vestido bueno que tiene.

Behaim se levantó de un salto y miró en torno suyo como si en aquella taberna estuviese rodeado de enemigos jnortales.

–¿Señor, cómo osáis mezclaros en mis asuntos? – reprendió indignado a D'Oggiono-. ¿Qué os importa si es mi amada? Y si lo es… recibirá buenos vestidos, todos los que necesite, no os preocupéis. ¿Y qué, por todos los demonios, tiene eso que ver con Boccetta?

Ahora le tocó sorprenderse y maravillarse a D'Oggiono.

–¿Y vos lo preguntáis? – exclamó-. ¿No sabéis, o fingís no saber que ella es la hija de Boccetta?

–¡Oh! – gimió el escultor Simoni presa del dolor y los celos. Niccola, la hijita del prestamista…, ¿de modo que él es su amante? ¿Él es con quien ella…? ¿Pertenece a ese alemán?

Behaim les miraba fijamente como un jabalí acorralado por una jauría de perros.

–¿Qué estáis diciendo? ¿Os habéis vuelto locos los dos? – gritó, pero él lo sabía ya, lo supo con una certeza mortal en ese instante, que decían la verdad y sintió como si le diesen una puñalada en el corazón.

10

Hasta el amanecer, erró sin rumbo, presa de sus pensamientos confusos, lleno de desesperación y furioso dolor, y los callejones estrechos y oscuros le condujeron por la ciudad de un lado a otro, hasta que llegó a las murallas de circunvalación y a los Navigli con la cruz de san Eustaquio, donde comenzaban los setos y los muros de los huertos, y a las puertas de la nueva casa de beneficencia de cuyas ventanas salía el olor a pan fresco que se hacía todas las noches a cuenta del Moro, y luego todo el largo camino de vuelta hasta que fue a parar al mercado de pescado y, pasando junto a los puestos de los cambistas, al ayuntamiento y finalmente, a la plaza de la catedral. Allí se dejó caer agotado sobre los peldaños que conducían al portal, pero incapaz de concederse un descanso, se levantó al cabo de unos instantes y reanudó su desesperado peregrinaje.

–Es una mala noticia la que he recibido -se dijo a sí mismo mientras caminaba-. Verdaderamente, la peor que uno se puede imaginar, ni el propio santo Job la recibió peor. ¡Qué maldad! ¡Qué perfidia! ¡He sido traicionado! fatece tan ingenua, finge ser devota mía, me sonríe, habla ¿e todo lo habido y por haber, pero se guarda que es la hija de ese miserable canalla. ¡Menudo canalla! ¡Qué desgracia haberme topado con ella! «La hijita del prestamista», así la llamó el calvo de la posada, el del bigotito, es un calificativo

aceptable… no suena tan mal. Pero la hija de Boccetta, eso suena completamente distinto, es como una bofetada. ¡Necio de mí! ¿De qué me dejé guiar? ¿A qué encanto sucumbí? ¿En qué trampa he caído? ¿Por qué me dejé arrastrar por ese amor engañoso? ¿Adonde me conducirá? Lucardesi… que su madre era una Lucardesi, me decía. ¡Sí, su madre! ¡Pero su padre es Boccetta y eso me lo ha ocultado! ¡Oh, que se vaya al infierno el padre, y la hija con él!

Behaim se detuvo y apretó la mano contra su corazón agitado. En su alma turbada ya se había convertido en realidad lo que sólo había sido un pensamiento furioso. La idea de ver a Niccola caminando con paso vacilante hacia el infierno y desaparecer en las brasas atrapada por lenguas de fuego le asustó, creyó oír desde la profundidad del abismo su grito de dolor y su voz lastimera, y con una angustia insoportable se percató de que todavía la seguía queriendo.

–¡Esa voz! – se lamentaba continuando su marcha-. ¡Cómo me rompe el corazón! ¡Ojalá pudiese apartar esa voz para siempre de mis oídos! Pero si cien voces me hablasen y yo escuchase esa voz… sólo tendría oídos para ella. ¡Oh Dios, Dios misericordioso, haz que olvide esa voz, haz que olvide todo lo que me atrajo de ella, todo lo que me encadenó a ella, borra en mí el recuerdo de su voz, de su caminar, de su mirada, de sus abrazos, de su sonrisa, oh Dios misericordioso, haz que olvide que sabe sonreír corno sólo saben hacerlo los ángeles, tú sabes que es la hija de Boccetta, libérame, Dios, ayúdame, haz que la olvide para siempre o quítame la vida, eso sería aún mejor!

Y ahora que había hablado con Dios y suplicado su auxilio con palabras tan apremiantes se sintió más aliviado y trató de mirar con otros ojos lo que le había sucedido.

–¿En realidad, qué ha ocurrido? – se dijo a sí mismo-. Una pequeña adversidad que cualquiera puede sufrir, una contrariedad de la que no vale la pena hablar, eso es todo. Estaba un poco enamorado, me he dejado trastornar por esa jovencita, eso es grave, ciertamente, pero son cosas que ocurren y a quien le toca le toca. Y ahora que, gracias al cielo,

me he enterado a tiempo de quién es ella y de dónde viene… ya ha pasado todo, es preciso que haya pasado todo. Verdaderamente, sería insensato que persistiese en mi amor a la hija de Boccetta, sería ridículo. ¿Amor? ¿Se le puede llamar amor a eso? No, no es más que un deseo estúpido y molesto que se ha adueñado de mí pero, ¡afortunadamente! me hallo en buen camino para superarlo.

Sin embargo, el consuelo que intentaba darse a sí mismo con esas palabras no duró mucho. Bastó que le viniese a la mente una palabra enamorada que le había susurrado Niccola al oído durante el abrazo, para que surgiese ante sus ojos su imagen, y la viese tendida a su lado en toda su belleza, estrechándose contra él, dispuesta y decidida a entregarse. Recordó el momento inolvidable en que había comprendido que todas las maravillas del mundo no eran más que baratijas comparadas con las alegrías que había conocido en sus brazos, pero en lugar de la felicidad y la exaltación de aquel instante, sintió el dolor, la vergüenza, la pena y la desesperación abatiéndose sobre él como una marea incontenible.

–¡No, no es cierto! – gritó una voz dentro de él-. ¡Todo es mentira! ¿Por qué me engaño? ¿Cómo podré superarlo? Es demasiado difícil, ¿cómo podré olvidarla? Ella siempre estará presente. ¡He aquí, a qué extremo he llegado! No se puede ser más desgraciado. ¡Oh, cómo me desprecio! Es la hija de Boccetta y yo lo sé y, sin embargo, no puedo librarme de ella, no logro centrar mis pensamientos en otras cosas, en el comercio, en los mercados, en las subidas de los precios, en las mercancías que me esperan en los almacenes de Venecia. ¿Qué locura se ha apoderado de mí que no puedo dejar de pensar en volver a dormir entre sus brazos y junto a su pecho? ¿Qué dice mi honor, qué dice mi orgullo de todo esto? ¿Es posible vivir en semejante tormento, amar a quien no se puede amar? ¿Podía yo imaginar que es un ser que ha venido al mundo para hacer daño? ¿Para conducirme al desastre y la deshonra? ¡Que Dios me castigue, pero ojalá hubiese convertido en mi amada a la hija de un sucio labriego! ¡Maldita sea la hora en que me crucé con ella! ¡Qué hacía yo

en la calle de San Jacobo? Mancino que estaba allí cantando en el mercado, es el culpable de que yo la descubriese, veo una muchacha, la encuentro bonita, me parece encantadora, me sonríe. La pierdo de vista, ahí intervino quizás mi ángel bueno. Y yo, necio de mí, me empeño en encontrarla, la busco por todas partes, no desisto, la encuentro, la hago mía, y luego: ¿Qué ha pasado conmigo? ¿Qué hago ahora? Es evidente que el amor que sentía por la hija de Boccetta… ¿puede soportarse semejante desgracia? El mismísimo demonio se apiadaría de mí si supiese lo que me ha sucedido.

Se llevó la mano a la frente y sintió que estaba empapada de sudor. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

–Estoy enfermo -gimió-. No puedo más, estoy tiritando, qué busco en las calles, debería estar en casa, en mi cuarto. Una jarra de vino caliente con un poco de pimienta, eso me haría bien. Tengo una fiebre que me consume y confunde mis pensamientos. Quizás, todo esto no es más que un delirio, no es real, sólo estoy soñando y ella no es la hija… No, ay de mí, no estoy soñando, estoy despierto, sé que ha ocurrido y ando por las calles… debería estar en casa.

Ya era de madrugada cuando llegó a su albergue y subió a su aposento. Se arrojó sobre la cama y permaneció tendido, acosado por pensamientos atormentadores, hasta que un sueño intranquilo se apiadó de él.

Era una hora avanzada del día cuando despertó. Durante un rato permaneció tumbado envuelto en una somnolencia que no le dejaba formar ni fijar un pensamiento. Sabía que había tenido un incidente desagradable, que había sufrido una desgracia, pero no podía determinar de qué clase era. Se sentía muy abatido, algo que le infundía pavor le esperaba. Y entonces le vino el recuerdo de Ia noche pasada y la voz de D’Oggiono sonó en su oído: «¿Entonces no sabéis que ella es la hija de Boccetta?».

Como un susto paralizante le asaltó el recuerdo de lo que le había sucedido, pero en seguida le vino un nuevo

pensamiento que se apoderó de él y le hizo ver con otros Ojos la cuestión que tanto le afligía.

–¿Es seguro que han dicho la verdad? – se preguntó-. ¿No parece más bien que esos dos del Cordero, ese D'Oggiono y el otro, han urdido una broma pesada para fastidiarme? Me han contado una mentira en toda la regla, se han inventado una historia descarada y yo he sido tan simple de dar crédito a lo que decían.

Behaim se había levantado de un salto y, sorprendido por esa ocurrencia, y ya completamente despabilado, se puso a caminar por la habitación.

–No, no es cierto, no, no puede ser cierto. – Siguió desarrollando su idea-. Me han mentido vilmente. ¿Por juego? ¿Por travesura? No, ha sido por maldad. Han cometido conmigo una auténtica granujada. Pero no lo olvidaré, me las pagarán. ¡Niccola… la hija de Boccetta! ¡Qué estupidez! Ella es de un natural completamente distinto, es un alma pura, no le importa el dinero, no tiene apego a las propiedades, no quería aceptar de mí el más mínimo regalo, ni siquiera pude regalarle un cinturón o uno de los bolsitos bordados donde guardan las mujeres de Milán sus Monedas de plata. ¡La hija de Boccetta! ¡Y pretenden que yo ttie lo crea!

Se detuvo y tomó aire. Y como ahora se sentía más Aviado y disminuía su excitación, sintió la necesidad de hablar con otros en lugar de consigo mismo sobre la mala pasada que habían pensado jugarle.

Su patrón, el cerero, no estaba solo. En su cocina donde olía a tocino frito, se encontraba el zapatero de la vecindad, un hombre viejo y arrugado que lucía una barba de chivo rala. El zapatero le había arreglado las suelas desgastadas de sus zapatos de domingo y, tras largos discursos y mucho regateo se había puesto de acuerdo con él sobre el sueldo que debía recibir, y el cerero había contado muy a disgusto seis quatrini sobre la mesa de la cocina.

–¡Que Dios os depare un buen día! – saludó Behaim al entrar en la cocina-. ¿Llego en mal momento? Si no es así, me

gustaría contaros algunas cosas sorprendentes que me han sucedido.

–Este caballero -explicó el cerero al zapatero-, se hospeda en mi casa y acude a mí a menudo en busca de consejo, pues, ¿qué haría sin mí? es forastero y todo el mundo trata de engañarle en esta ciudad.

–Yo soy un hombre honrado, la gente me conoce, yo no engaño a nadie -aseguró el zapatero, volviéndose hacia Behaim con la mano sobre el corazón-. Si tenéis unos zapatos para arreglar, no necesitaréis pagarme más de lo acostumbrado aunque seáis forastero.

–¡Por Dios, qué gran verdad acabáis de decir! – respondió Behaim al cerero sin prestar atención al zapatero- Efectivamente han intentado engañarme. Hay dos sujetos que dicen por ahí y quieren hacerme creer, que mi amada/ de la que os he hablado, es la hija de Boccetta.

–¿De Boccetta? – exclamó el cerero mostrándose muy sorprendido-. ¿De verdad? ¿Es eso posible?

Y después de reflexionar unos instantes, preguntó:

–¿Y quién es ese Boccetta?

–¿Cómo? ¿No conocéis a Boccetta? – se asombró Behaim-. Yo pensaba que todo el mundo le conocía puesto que engaña a todo el mundo. Os hablé de él largo y tendido; es el hombre que se niega a pagar los diecisiete ducados que me debe desde hace años. De todos los usureros manilargos de esta ciudad es el peor. Un hombre sin vergüenza y sin honor.

–Podrá ser hija suya o de quien sea -sentenció el cerero-, pero es una alhaja y quien la tenga estará bien servido de noche. Es como debe ser, ni demasiado llenita ni demasiado delgada. Pero no me gusta que corra detrás de los extranjeros. Para alguien que no sea de aquí, está demasiado bien.

–¿Acaso la habéis visto? – inquirió Behaim.

–Me he cruzado con ella dos o tres veces cuando salía de vuestra habitación -le explicó el cerero.

–¿No os había prometido y asegurado solemnemente -le increpó Behaim- que os deslomaría si os dejabais ver una sola vez mientras ella estuviese en casa?

–No habla en serio -explicó el cerero al zapatero-. Es una de sus bromas. Habéis de saber que él y yo somos buenos amigos. – Volvió a dirigirse a Behaim-. ¿De modo que decís que es la hija de ese usurero manilargo?

–Eso lo dice D'Oggiono, uno de los pintores que conocí en el Cordero -le expuso Behaim-. Pero no le creo, pues es un intrigante, un auténtico embustero.

–Os dije que con esa gente sólo tendríais problemas -le recriminó el cerero-. No podéis decir que no os lo he advertido. ¿Pero me habéis escuchado? No, no os habéis dejado decir nada, teníais que ir al Cordero a dejar allí vuestro dinero, y a cambio os han servido mentiras. Deberíais haberos quedado en casa y dejado que preparase vuestras comidas ya que soy famoso en todo el barrio por mi buena cocina.

Y para ratificar esa afirmación, retiró una sartén del fuego e invitó a Behaim y al zapatero a que probasen las lentejas con tocino que había preparado.

–No, no debéis llamar embustero a D'Oggiono -dijo el zapatero después de haber probado las lentejas, y dejando la cuchara sobre la mesa se relamió-. Os equivocáis, señor. D'Oggiono es muy estricto con la verdad.

Después le dio al cerero su opinión sobre la manera correcta de preparar las lentejas con tocino:

–Yo en casa, les echo menos vinagre, en cambio, les pongo dos o tres trozos de manzana y un poco de tomillo, eso mejora su sabor.

–Que cada cual las haga a su entender -puntualizó en tono punzante el cerero, enojado por lo de los trozos de manzana y el tomillo.

–¿Habláis del pintor D'Oggiono? – preguntó Behaim al zapatero-. ¿Le conocéis?

–Sí, conozco a D'Oggiono, el que ha pintado a la Virgen sobre las nubes que se encuentra debajo del gran ventanal en el deambulatorio de la catedral -dijo el zapatero-. Desde hace años trae sus zapatos a mi taller. Tiene dos pares, uno de piel de oveja y otro de cordobán que lleva en las grandes festividades. Y cuando no tiene dinero dice: maestro Matteo, tened un poco de paciencia, hoy no os puedo pagar, apuntad que os debo ocho quatrini (o nueve o diez según lo que yo le pida) apuntadlo, dice, y el viernes vendré a traeros el dinero. Y cuando dice eso, es como si lo hubiese jurado sobre las Sagradas Escrituras: el viernes viene a traer el dinero. No es un embustero D'Oggiono. Podéis confiar en él, os lo aseguro, dice la verdad.

–¿En ese caso -dijo, desazonado, Behaim-, esa muchacha… Niccola, sería entonces la hija de Boccetta?

–Ni lo sé, ni tengo interés en saberlo -dijo el cerero en tono agreste-. ¡Ella es vuestra amada, no la mía, no lo olvidéis! Y ya os he dicho más de una vez lo que pienso de esa clase de muchachas. ¿Es que tengo que escuchar precisamente a la hora de comer vuestra monserga sobre esa moza y sobre su padre, y sobre unos trozos de manzana y unos zapatos de cordobán, y Dios sabe qué? Habéis recibido vuestro dinero, maestro Matteo, conmigo no hace falta apuntar nada, lo que tengo que pagar lo pago al contado, así que, ¡id con Dios, maestro Matteo, id con Dios!

–¡Quedad con Dios! – dijo también Behaim y abandonó la cocina y la casa, confundido y sin saber si debía o no debía creer a D'Oggiono.

«Pero si ha dicho la verdad -pensó cuando salió a la calle-, si he tenido la desgracia de haber elegido como amada a la hija de ese rufián, sé dónde vive y no tengo más que vigilar durante algún tiempo su casa y cuando la vea salir por la puerta… ¡Oh Dios mío no permitas que eso ocurra! ¡Deja que espere en vano delante de su casa y que pierda el tiempo, deja que la aguarde en vano, Dios mío!… Pero si la veo salir de esa casa, no necesitaré más pruebas sabré lo que debo hacer… ¿Pero lo sé realmente? ¿Estoy seguro de mí? ¿Seré capaz de dominar

mi deseo? ¿Prestaré oídos a la razón y haré lo que ella me aconseja? ¿O ni siquiera entonces podré dejar de amar a esa muchacha?»

Y con el corazón angustiado se encaminó hacia la casa de Boccetta.

11

De muy mal humor -le faltaba la moneda de cobre para poder comprar la rebanada de pan de cebada que constituía su almuerzo-, Mancino se abrió paso a través de la maleza y los matorrales de la asilvestrada parte del jardín que lindaba con la fachada posterior de la casa del Pozo. Debajo de la ventana de Niccola se detuvo. Ella debía de estar en casa hilando lana en su habitación o remendando su vestido o realizando cualquier otra tarea, pues los postigos de la ventana estaban abiertos para dejar entrar la escasa luz de ese día gris y lluvioso.

Mancino no había venido por Niccola, tenía que hablar unas palabras con Boccetta, pero eso no corría prisa. Absorto en la contemplación de las grietas y hendiduras que había en los muros de la casa ruinosa, veía que si alguien quería escalar la fachada aquellas desigualdades darían apoyo a los pies, primero a uno después a otro, y se dijo que no era imposible, que ni siquiera debía ser demasiado difícil, subir hasta la ventana de Niccola y desde allí entrar en su aposento y llegar a sus brazos. Y aunque de noche las contraventanas estaban cerradas… su madera estaba carcomida y resquebrajada y no resistiría un fuerte empujón.

Pero cuando se sorprendió desarrollando tales pensamientos, se puso furioso consigo mismo y una sensación de vergüenza y melancolía se apoderó de él.

«¡Pero no te das cuenta de quién eres! – arremetió consigo mismo-. ¿Piensas que todavía eres un estudiante? Un buscavidas y un muerto de hambre, eso es lo que eres, un necio y un bufón. Un mozo de cuadra y, cuando se tercia, un matón, siempre encadenado a esta miserable pobreza. Eso es lo que eres, y ahora te hallas en el invierno de tu vida, quién sabe por cuánto tiempo aún, y te sacarán con los pies por

delante y berrearán detrás de ti el "*De terre vient, en terre tourne*". ¡Ay de mí! ¡Por qué me abandonó la juventud! ¿Cómo pudo suceder tal cosa, cuándo fue? No se marchó a pie ni a caballo, de pronto vi que se había ido. ¿Y ahora, necio, pretendes trepar a la habitación de Niccola y mendigarle un poco de amor? Yo te daría una patada en el trasero que te dejaría sentado en el suelo, eso te mereces. ¿No te juraste cuando aún no habías perdido el juicio, que no volverías a acercarte a ella con ese miserable, anodino e insulso sentimiento que llamas amor? Pero ya vuelves a las andadas, está visto que no entras en razón. ¿Penas de amor? Me das risa, el asno debe sentir el mismo dolor cuando se le pincha con el aguijón para que trabaje. ¿Qué quieres con esa cara, que más que una cara es una mueca? Hundidos los ojos, opaca la mirada, las mejillas arrugadas como un guante de piel viejo y encogido que se tira a la basura. Eso eres tú y pretendes que ella te ame aunque sabes que no le importas y que se ha unido con otro. No conoces el orgullo, eres ruin y despreciable como una rata. ¡Necio! ¡Patán! ¡Lárgate de aquí!»

Tras recuperar así el dominio de sí mismo y sin echar una sola mirada a la ventana de Niccola, atravesó la maleza del jardín y llegó a la fachada principal de la casa. Pero no tuvo necesidad de llamar a la puerta, pues Boccetta estaba asomado a su ventanuco. Escuchaba a un fraile mendicante que le había pedido una limosna piadosa en nombre de la Santísima Trinidad, y mostraba al fraile, a Mancino y quien pasase por delante de la casa, su rostro vulgar.

–Me temo -dijo meneando apesadumbrado la cabeza como si lamentase que alguien hubiese gastado una broma pesada a ese pobre fraile- que os han enviado aposta y con mala intención a la puerta equivocada, pues en esta casa, eso lo sabe cualquiera, no se dan limosnas.

El fraile tenía cierta experiencia, sabía que raramente le daba alguien un donativo a la primera demanda. A la gente de la ciudad había que decirle dos o tres veces que en este mundo sólo estaban de paso y que con obras piadosas podían acortar el tiempo del purgatorio.

–Dadme algo, señor -insistió a Boccetta-, por la misericordia de Dios y por los méritos del bendito santo que fundó nuestra orden. Lo que deis redundará en vuestro beneficio. Pues Dios no pierde de vista a los que le honran con su caridad. De Dios viene la gracia.

–Por supuesto -dijo Boccetta, y viendo a Mancino le dirigió una mirada divertida-. Eso es tan bien sabido, como que las salchichas calientes vienen de Cremona.

–Una pequeña limosna -prosiguió su letanía el fraile sin inmutarse-. Ella os servirá de señal cuando un día lleguéis a las encrucijadas del otro mundo. No es mucho lo que os pido. Un poco de queso, un huevo, un poco de manteca, pues, como suele decirse, las limosnas y las misas quitan los pecados.

–Me asombráis, buen hermano -le respondió Boccetta-. Manteca, queso, un huevo… esperáis de mí un verdadero banquete. ¿No os dais cuenta de que además de toda la miseria que Dios hace padecer a la humanidad pecadora, también le ha dejado como herencia el hambre? Actuáis contra la voluntad de Dios tratando de eludir ese legado. ¿Es eso cristiano, os pregunto, es eso justo?

–Lo que decís -admitió el monje, desconcertado ante ese inesperado reproche- pertenece a una teología muy sabia y yo soy un fraile ignorante. Pero yo sé una cosa, y es que hemos sido puestos en este mundo para ayudarnos los unos a los otros en la necesidad. ¿Pues, para qué si no, estamos en este mundo?

–¿Ayudarnos los unos a los otros? – exclamó Boccetta prorrumpiendo en una carcajada salvaje-. ¡Qué idea! No, hermano, ayudar al prójimo no es propio de mi naturaleza, no tengo esa virtud, y además es algo que suele traer consigo gastos y desembolsos de los que no me prometo ningún provecho. ¿Me habéis entendido, buen hermano? ¡Pues entonces, seguid vuestro camino y llamad a otra puerta!

Completamente intimidado y con pocas esperanzas, el monje intentó inducir por última vez a Boccetta a que diese una limosna.

–Recordad -le exhortó- que Dios ha creado al hombre bueno y para las buenas obras.

–¡Qué es lo que ha hecho? – exclamó Boccetta-. ¿Qué estáis diciendo? ¿Bueno y para las buenas obras? No sigáis que me muero de risa. ¡Bueno y para las buenas obras! ¡Esto es demasiado, basta, me duelen ya las mandíbulas, parad!

El monje recogió del suelo su saco de mendigo y se lo echó al hombro.

–¡Adiós, señor! – dijo-. Que Dios en su misericordia os ilumine. Pues parece que estáis necesitado de luz.

El monje se marchó y al pasar al lado de Mancino le hizo una seña confidencial con la cabeza y deteniéndose dijo:

–Si vos también tenéis que pedirle algo, os deseo que Dios os dé más paciencia y mejor suerte, yo ya he gastado bastante saliva. Ese no suelta un quatrino ni siquiera por la fe, es increíble.

–Ése -le hizo saber Mancino- no es capaz de conceder algo bueno a nadie y a sí mismo tampoco. El pan que come lo desdeñaría un cerdo.

–¡Eh, qué hacéis ahí! – gritó Boccetta a Mancino, mientras el monje se alejaba meneando la cabeza-. Si habéis venido en busca de pendencia, ahorraos la molestia. Me podéis poner de vuelta y media, insultar y denostar, si eso os divierte, a mí no me importa ni me preocupa.

–He venido para avisaros -dijo Mancino-. Tened cuidado, estáis en peligro, me parece que va a correr sangre. Ese alemán anda tras vos.

–¿Qué alemán? – preguntó Boccetta en tono indiferente y reflexionó un instante-. Que el diablo me lleve si sé de qué estáis hablando.

–¿No os reclama alguien varios ducados? – le recordó Mancino-, ¿y no os habéis negado a pagarle?

–¿Os referís a ése? – dijo Boccetta-. Ahora le recuerdo. Como castigo por sus pecados se le debe de haber metido en la

cabeza la idea de exigirme diez o no sé cuántos ducados. Vino y estuvo muy pesado; no hacía más que hablar de esos ducados y me costó trabajo deshacerme de él.

–Pues tened cuidado no vaya a ser que la cosa termine mal para vos -dijo Mancino-. Ese alemán se lo ha tomado como una ofensa y una deshonra, y con la ira que se ha apoderado de él está dispuesto a todo.

Boccetta sonrió torciendo la boca con gesto burlón.

–Que venga -dijo tranquilo-. Le dispensaré un buen recibimiento. Algunos que van por lana vuelven trasquilados.

–Ya sé -le reprochó Mancino- que sois ducho en malas lides y que sabéis retener con cien manos el dinero que llega hasta vos, aunque no sea vuestro…

–Me halagáis -le interrumpió Boccetta-, hacéis demasiados elogios de las modestas capacidades que me ha concedido Dios.

–Pero ese alemán -prosiguió Mancino- conoce los procedimientos de esta ciudad, buscará a su hombre y cuando encuentre uno que esté dispuesto a deciros el bene-dícite con el cuchillo o el hacha de mano…

–¡Que venga con su benedícite! – declaró Boccetta-. Ya le daré yo el dominus de respuesta.

–¿Pero no está ese alemán en su derecho? – exclamó Mancino-. ¿No le debéis realmente el dinero que exige de vos?

Boccetta se frotó la barbilla hirsuta y en su rostro apareció una expresión de asombro, como si esa objeción fuese lo último que esperase oír.

–¿En su derecho? ¿Qué queréis decir? – respondió-. Él podrá estar en su derecho ¿Y eso qué importa, si a mí no me da la gana de interpretar el papel del benefactor y despilfarrar mi dinero con un necio!

Mancino miró en silencio el rostro que asomaba detrás del ventanuco.

–Vos que sois de la nobleza -dijo entonces-, vos que venís de una casa tan importante y gloriosa que ha dado más de una vez a la ciudad de Florencia el *gonfaloniere*, el portaestandarte de la justicia, decidme, ¿por qué lleváis esta vida sin vergüenza ni honor?

Por primera vez apareció en los rasgos de Boccetta un atisbo de contrariedad e impaciencia.

–¿Sin honor? – contestó-. ¡Qué sabéis vos del honor! Os voy a decir una cosa, y recordadla bien: quien conserva el dinero, tiene el honor. Y ahora, si todavía tenéis algo que decirme, decidlo, si no, dejadme en paz con ese estúpido alemán.

–Está bien -dijo Mancino-. Me voy. Os he avisado y, por mi alma, que no lo he hecho porque os tenga afecto. Y si ahora os lleváis una cuchillada que os cruce la cara de lado a lado… allá vos.

Y dando media vuelta salió del jardín.

–¡Que venga, si se atreve! – le gritó Boccetta-. Que aparezca por aquí. Decidle que de su dinero no recibirá ni un chavo, ni un chavo, decídselo y luego contadme lo que ha vociferado en su furia.

Luego soltó una carcajada que sonaba como un ladrido ronco y su rostro desapareció del ventanuco.

Joachim Behaim, que estaba escondido detrás de los arbustos, junto al muro del jardín, mantenía la mirada fija en la puerta de la casa, temiendo la aparición de Niccola como una fatalidad. Joachim Behaim había oído las palabras de Boccetta y en seguida había comprendido que hablaban de él, que era él quien no habría de ver ni un solo chavo de su dinero. Una ira sofocante le invadió y se apoderó de sus pensamientos, las venas de su frente se hincharon y sus manos se pusieron a temblar.

Me alegro de haberlo oído, se dijo. Oh Dios, ¿Será posible que exista semejante canalla? ¡Ni un chavo de mi dinero! No veo otra solución que machacarle con mis puños, aunque tenga

que estar aquí horas, días enteros esperando delante de su puerta… no me importa, no será tiempo perdido. Tengo que procurar por todos los medios que caiga en mis manos, y entonces le daré tal paliza que se acordará de mí en la hora de su muerte. ¿Pero abandona alguna vez su casa? ¿Se atreve a salir a la calle, a mezclarse entre la gente? Quizás se ha provisto de víveres para varias semanas. ¿Tendré que verle siempre detrás de esa reja? ¡Oh, maldito seas, cobarde, aquí y en el más allá! Quisiera oírte gritar en el infierno por una gota de agua para tu sedienta lengua. ¿Pero aquí en este mundo, permitiré que siga dándose la gran vida, que disfrute de mis ducados y los haga saltar y tintinear en sus manos? ¡Si saliese en este instante por la puerta, si se cruzase casualmente con mis puños, oh, qué placer sólo pensar que eso pudiese suceder! ¡Sal, de ahí, granuja! ¡Qué la peste caiga sobre ti! ¿La peste? ¿Por qué la peste? ¿No sería un castigo demasiado suave para él? ¿No merece una muerte más cruel?

Behaim respiró profundamente y se quitó las gotas de sudor de la frente.

¡Qué necio soy por dejarme arrastrar a semejante cólera!, se dijo a sí mismo. ¿No es eso precisamente lo que busca ese chacal sarnoso? ¿No oí yo mismo cómo lo deseaba riéndose como un chacal? ¿De qué me sirve maldecir? ¿Para qué vale? Puedo jurar y maldecir por cien ducados y desear que coja la peste, ¿pero recuperaré por ello un solo céntimo? Y Aunque caiga en mis manos y le golpee hasta que se me cansen los brazos… mi dinero lo seguirá teniendo él. Y al final, me meteré en un lío por culpa de ese miserable si me paso de la raya y se me queda entre las manos. ¿Pero, para qué estoy aquí, Dios mío! ¿He venido para escuchar sus discursos desvergonzados e impíos? ¿Para eso he venido? ¡No! He venido para ver si ella… si Niccola… oh Dios, salía de esa casa, por esa puerta… oh Dios, tú que eres justo y bueno, ayúdame, ¿permitirás que Niccola…?

Behaim se interrumpió y dejó de implorar al Dios justo. De pronto se le había ocurrido una idea magnífica que lo

cambiaba todo. Veía ante sí un camino que parecía conducirle hasta sus derechos y los diecisiete ducados.

Tiene que funcionar, se dijo a sí mismo. No debería ser demasiado difícil, y Boccetta sería entonces el burlado y el que lloraría la pérdida de los diecisiete ducados. Debería ser realizable, pienso yo. Cierto que ese amor se acabaría. Tendría que dejar de pensar en ella, tendría que borrar su imagen de mi mente. ¿Pero lo conseguiré? Ay de mí, estoy demasiado enamorado, es humillante, es una vergüenza que todavía sienta afecto por ella, por la hija de Boccetta. ¿Pero y si no es su hija? Aún no sé si saldrá de esa casa. Y si la espero en vano, todo será distinto. Y mis diecisiete ducados, ¿dónde los buscaré entonces? Pero si aparece, si aparece Niccola por esa puerta, entonces lo conseguiré, aunque tenga que convertir mi corazón en una piedra. ¿Pero seré capaz? ¿Acaso no la amo todavía? ¿Y no fue mi amor desde el principio más grande, más ardiente que el que ella mostraba? ¿No ha adquirido sobre mí un poder mucho mayor que el que yo he tenido jamás sobre ella? ¿Dónde ha quedado mi orgullo? ¿Qué dice mi honor?

Consternado se percató de que si su plan llegaba a ejecutarse, si lograba llevarlo a buen fin, sería verdad lo que se le había aparecido como una visión espantosa esa noche que vagaba sin rumbo por las calles de Milán, esc que, hasta ese momento sólo había podido imaginar con tanta pena y tanto dolor: que ella era la hija de Boccetta. «¡Ay, y si no lo fuese! – volvió a pensar por última vez-. ¡Sí! ¡Tiene que serlo!», replicó una voz dentro de él, pues para que prosperase su plan tenía que desear lo que antes le había llenado de desesperación y terror. «Tiene que serlo -decidió-. Ella lo es. Sé que es la hija de Boccetta», trató de inculcar en su corazón.

Seguía con la mirada clavada en la puerta, las manos apretadas contra las sienes, y esperaba. No sabía si era temor o esperanza lo que le movía. Se reprendía y censuraba, se mofaba de su amor, luchaba contra él, se peleaba consigo mismo y estaba lleno de ira porque le parecía que su sentimiento no se había extinguido todavía.

Entonces se abrió la puerta y vio a Niccola, supo que era ella antes de haberla visto. Andaba con su paso flotante y orgulloso por el que se la reconocía de lejos, se deslizó a través del huerto y dobló hacia la carretera; luego continuó su camino como una soñadora.

Joachim Behaim echó a andar tras ella y su amor murió, asesinado por su voluntad, traicionado por su orgullo, se interponía en su camino y no debía vivir.

Siguió a Niccola procurando no perderla de vista y, mientras caminaba, preparó el plan que quería llevar a efecto ese mismo día. Detrás de la Porta Vercelli, la vio titubear un instante para luego tomar el camino que conducía a la iglesia de San Eusorgio. Recordó que ella tenía la costumbre de arrodillarse todos los días en esa iglesia delante de un Cristo que ocupaba una hornacina del transepto, para confiarle con palabras susurradas apresuradamente lo que esperaba de él. Y a veces, cuando llegaba con un poco de retraso a su buhardilla, se disculpaba diciendo que había estado con el Cristo de San Eusorgio y que le había tenido que contar más cosas que de costumbre.

–¡Ve, ve a hablar con él! – dijo Behaim cuando la vio desaparecer en la penumbra de la nave-. Dios no permitirá que él te escuche. Dios está de mi lado, él me indicó este camino cuando le invoqué, él me hará justicia.

Y sin perder tiempo regresó a su albergue para esperar a Niccola.

Cuando ella entró en la buhardilla, le encontró ocupado en llenar su bolsa de viaje y tan absorbido por esa actividad que no pareció darse cuenta de su llegada. Sus trajes y su ropa interior, sus cinturones, zapatos, camisas y pañuelos de colores estaban en parte ordenados y apilados, en parte esparcidos desordenadamente sobre la mesa, las sillas y la cama.

Ella se asustó, pues en un primer momento no supo si eso significaba algo bueno o algo malo, un principio o un fin, una despedida definitiva o el inicio de una convivencia duradera.

–¿Te marchas? – preguntó angustiada-. ¿Te vas de Milán?

–Me prometiste -respondió él sin levantar la mirada- que me seguirías a dondequiera que yo fuese. Nuestro camino conduce a Lecco y atraviesa el Adda. Desde allí no hay más de una hora hasta Venecia, si disponemos de buenas monturas.

–A Venecia -dijo ella con un hilo de voz, pues como nunca había ido más allá de los pueblos de alrededor, ese viaje le pareció una aventura enorme y temeraria-. ¿Habías dudado que fuese a ir contigo? – preguntó apretándose contra él-. ¿No he puesto todo en tus manos, mi vida y mi alma? Sólo quiero que me digas el día y la hora de la partida para que esté lista. ¿Ha de ser hoy mismo? Y en Venecia, ¿es cierto que durante el día no entiende uno sus propias palabras por el estrépito que arman los moledores de pimienta en las bóvedas? Y dime, ¿habrá en tu saco de viaje sitio para las cosas que quiero llevar conmigo? Pues, has de saber amado mío, que no soy completamente pobre. Poseo seis platos de estaño, dos grandes y cuatro pequeños, además una ensaladera y dos candelabros, los tres de plata y con el escudo de los Lucardesi. Y también tengo una jarra de agua de cobre, pero es pesada y poco manejable, y quizás no merece la pena llevarla en este viaje a Venecia.

–Esos objetos no me servirán de mucho -dijo Behaim y alzó la cabeza mostrando a la muchacha un semblante sombrío-. Me preguntas por el día y la hora y no te los puedo decir. Mis negocios me reclaman en Venecia, pero han surgido dificultades, las cosas no se ha desarrollado como yo esperaba, en una palabra, estoy preocupado.

Y con gesto de desánimo, alzó los brazos y los volvió a dejar caer.

Niccola le miró desconcertada e inquieta.

–Si tienes preocupaciones, amado mío, déjame que las comparta contigo -le pidió-. No sé si podré serte útil. Pero sé que no hay nada en el mundo que no haría por ti.

Él soltó una risa corta.

–¡Ah, tú! – dijo-. ¿Cómo podrías ayudarme! Pero puesto que te urge saber lo que me preocupa, no te ocultaré que mis asuntos no van demasiado bien. He dejado de percibir un dinero, una suma considerable que necesito urgentemente; sí, Dios sabe que nunca he tenido tanta necesidad de dinero como ahora y no sé cómo conseguirlo. Puedes imaginar que un viaje como éste…

–Amado mío, créeme, yo no necesito mucho -exclamó Niccola asustada-. Con un poco de pan y un huevo o quizás algunas frutas…

Encogiéndose de hombros Behaim interrumpió su objeción.

–No se trata de lo que vamos a comer -le explicó-. Un viaje como éste supone otros gastos muy considerables. Y cuando haya pagado lo que debo en esta casa, no sé si llegaremos hasta Lecco con lo que me quede y si podré pagar allí nuestra posada.

Y como si le disgustase haberle dicho todo eso, añadió:

–Ahora conoces la situación. ¿Pero me sirve de algo?

Niccola suspiró, miró ante sí y reflexionó.

–¿Es mucho lo que has dejado de percibir? – preguntó angustiada-. ¿Es una suma importante?

–Cuarenta ducados, sí, es fácil decirlo -respondió Behaim-. Suena insignificante. Pero es increíble la cantidad de dinero que supone cuando hay que conseguirla y no se sabe cómo.

Y se pasó la mano por la frente como uno que se siente agobiado por las preocupaciones.

–Cuarenta ducados -dijo Niccola y durante un rato permaneció callada. Pensó en el dinero de su padre, ese dinero que él quería más que a las niñas de sus ojos y que trataba por todos los medios de mantener oculto, pero ella no ignoraba en qué rincones y agujeros, detrás de qué sillares de la pared y debajo de qué losas del suelo estaba escondido. Leyó

preocupación y pesadumbre en el rostro de su amado, pero no le resultó fácil tomar su decisión.

–Cuarenta ducados -repitió-. Cuarenta ducados. Quizás… sería posible, querido, podría ser que yo supiese procurártelos.

–¿Tú? – exclamó Behaim y en su voz sonó una excitación alegre-. ¿Hablas en serio? ¿De verdad? ¿Podrías… ¡Por mi alma, en ese caso me libraría de todas las preocupaciones! Pero no puede ser cierto. No puedo creerlo. No hablas en serio.

Ella seguía con sus pensamientos en la casa de su padre.

No cometo ninguna injusticia, se dijo. Debo tomar lo que me corresponde, que Dios me juzgue. Me voy de casa, pero de una dote, por modesta que sea, no querrá ni oír hablar. Ni siquiera me dará provisiones para el viaje. ¡Cuarenta ducados! Es evidente que no tardará en darse cuenta. Recuerda cada trozo de leña que hay en la casa.

Pero ese pensamiento no le asustó. Se veía ya viajando a Venecia.

–Hablo en serio -dijo-. ¿No me crees? ¡Tú no te imaginas lo que sería capaz de hacer por ti!

–Si hablas en serio, si es cierto que puedes conseguir el dinero, ¡no pierdas el tiempo! – le dijo Behaim-. ¡No me hagas esperar! ¡Date prisa!

12

Ludovico Moro, duque de Milán, yacía en su lecho de enfermo en aquella pieza del castillo ducal llamada sala de los Pastores y del Fauno por las escenas representadas en dos tapices flamencos que adornaban sus paredes. Unos pinchazos que sentía en la región del diafragma le inquietaban y una hinchazón de las rodillas le causaba intensos dolores, pero los esfuerzos del médico que había sido llamado apresuradamente y que gozaba de su confianza, sólo le habían procurado hasta ese momento un escaso alivio. Al pie de su lecho se encontraba, sosteniendo en las manos un volumen abierto del

Purgatorio, el chambelán ducal Antonio Benincasa a quien se había concedido ese día el honor de recitar al sufriente duque los versos de Dante; acababa de declamar con armoniosa voz el canto undécimo donde el pintor Oderisi lamenta la transitoriedad de la gloria terrenal. En un nicho de la sala estaba sentado, sumido en el estudio de sus papeles, el presidente de la cancillería secreta, Tommaso di Lancia, que había venido para informar al duque acerca de todo lo que había acontecido durante los últimos días en la ciudad de Milán. A su servicio tenía a varias docenas de personas de los más diversos estratos que debían averiguar y referirle a diario lo bueno o malo que se decía en la ciudad, lo que se planeaba o comenzaba, quién había llegado a la ciudad o la había abandonado y cualquier otro hecho notable. Pues era preciso atajar los afanes de la corte francesa que ponía todo su empeño en mermar la fama, el poder y las posesiones del duque y que no parecía escatimar dinero ni promesas de todo género para conseguir sus propósitos. Y se sabía de muchos que poseían rango y prestigio que no dudarían en derribar, en el momento preciso, las puertas de la ciudad para erigir en su lugar arcos de triunfo con los que honrar y glorificar al rey de Francia en su entrada en Milán.

Maese Zabatto, el médico, se encontraba junto a su trípode de cobre calentando sobre unas brasas la mixtura que pensaba administrar al duque. El criado Giamino, un muchacho, estaba preparado para servir el vino al enfermo cuando lo pidiese, para alisar sus almohadas, para traerle compresas frescas y cumplir todas las demás órdenes suyas y del médico.

Fuera, en las galerías y los pasillos, había grupos de chambelanes y consejeros de Estado, dignatarios, funcionarios de la corte, secretarios de las cancillerías y oficiales de ta guardia del palacio, cada uno de ellos a la espera de ser ñamado a la habitación del duque, que podía desear encomendar a uno cierta misión, recabar informes de otro, debatir con un tercero una apremiante cuestión del día y discutir con un cuarto sobre un pasaje oscuro del Purgatorio. De algún lugar llegaban en breves intervalos los acordes de un

instrumento de cuerda: el Hinojo, uno de los músicos de la corte, que esperaba como los otros, pasaba el tiempo manteniendo consigo mismo una conversación hecha de melodías interrumpidas que tan pronto sugerían una pregunta, tan pronto parecían dar una respuesta.

Messere Leonardo, que había venido para cobrar en la tesorería una cierta suma que le había sido acordada, se cruzó en la escalera principal con el chambelán Matteo Bossi que estaba al cuidado de la mesa ducal. De él averiguó que el duque enfermo se había puesto en manos del maestro Zabatto y expresó con palabras elocuentes su disgusto por la elección de ese médico cuyos conocimientos y capacidades tenía en muy poca estima; el chambelán le escuchó tosiendo y carraspeando, pues padecía una afección respiratoria y sólo los continuos carraspeos le procuraban un poco de aliento.

–Que ese individuo tenga la audacia de llamarse médico y doctor en anatomía -dijo furioso messere Leonardo-. ¿Pero qué es lo que sabe? ¿Qué conocimientos posee? ¿Acaso puede explicarme por qué el deseo de dormir, al igual que el aburrimiento, nos obliga a realizar ese curioso acto que llamamos bostezo? ¿Puede decirme a qué se debe que la preocupación, la pena y el dolor físico traten de proporcionarnos un cierto alivio haciendo brotar de nuestros ojos un líquido salino en forma de gotas? ¿Y por qué el miedo hace temblar el cuerpo humano en la misma medida que el frío? Preguntádselo y no podrá daros una respuesta. No será capaz de indicaros el número de músculos que se encargan de conservar la movilidad de la lengua para que pueda hablar y alabar a su creador. No podrá deciros el rango y el lugar que ocupa el bazo o el hígado en el funcionamiento del cuerpo humano. ¿Puede explicarme de qué naturaleza es ese maravilloso instrumento, ideado y formado por el supremo artífice… de qué naturaleza es el corazón? Es incapaz. Sólo sabe hacer pastillas y sangrías y quizás poner en su sitio una pierna descoyuntada. Pero para ser médico tendría que tratar de entender antes lo que es el hombre y lo que es la vida.

El chambelán se adhirió a las palabras del enojado Leonardo exponiendo sus propias experiencias:

–Tengo que daros la razón messere Leonardo, pues a mí tampoco me ha sabido ayudar. Pero, a decir verdad, los otros médicos que consulté también estaban *in albis*. Ahora vivo y cumplo con mis deberes. Pero si mis dolencias se agravan… ¿qué pasará con la mesa ducal? ¿En qué manos se depositará la responsabilidad de su cuidado? ¡Qué horror! ¡Prefiero no pensarlo! Creedme, sólo cuando sea demasiado tarde se dará cuenta su alteza el duque de la clase de servidor que yo era.

Suspiró, estrechó efusivamente la mano de Leonardo y tajó por la escalera tosiendo y carraspeando.

Arriba, en la galería, un grupo de los que esperaban, intentaba acortar el tiempo discutiendo, y después de haber tratado varios temas, se centraron en la cuestión, tantas veces debatida, de qué bienes de la tierra eran capaces de dar a quien que los poseyese el sentimiento de poderse llamar un hombre feliz. El secretario Ferreiro, que estaba encargado de la redacción de los despachos ducales y que estaba tan absorbido por esa tarea que no solía encontrar tiempo para limpiarse la tinta de los dedos, fue el primero en responder a la cuestión.

–Perros, halcones, caza, una buena cuadra… poseer eso sería la felicidad. – Soñó alisando el legajo que tenía en las manos.

–Mis deseos no apuntan tan alto -dijo un joven oficial del la guardia del palacio-. Yo me consideraría dichoso si esta noche pudiese ganar una o dos piezas de oro jugando a la taba.

El consejero de Estado Tiraboschi, que poseía dos viñedos productivos y tenía fama de gran ahorrador, expresó su punto de vista:

–Si pudiese todos los días invitar a mi mesa a tres o cuatro amigos para mantener con ellos conversaciones ingeniosas sobre las artes, las ciencias y el gobierno de los estados, lo consideraría un regalo y una gran dicha. Pero para eso -suspiró- hace falta una mesa bien provista y unos criados

aleccionados para servirnos y, por desgracia, carezco de los recursos necesarios para tales lujos.

–¿La felicidad? Qué es, sino recibir el veneno de la vida servido en una copa de oro -dijo el griego Lascaris, que se había convertido en apátrida tras la caída de Constantinopla y a quien había sido confiada la educación de los príncipes ducales.

–Sólo existe un bien que considero verdaderamente valioso e incluso insustituible, y es el tiempo. El que puede disponer de él a su antojo es dichoso, es rico. Yo, señores, pertenezco a los más pobres de entre los pobres.

Esta queja del consejero de Estado Della Teglia no reflejaba pesadumbre, sino satisfacción, amor propio y orgullo, pues desde hacía años el duque, que depositaba en él la máxima confianza, le enviaba a las grandes y pequeñas cortes de Italia con misiones políticas y en cuanto concluía una le esperaba la siguiente.

–La felicidad, la verdadera felicidad es crear obras que no desaparecen en un día, sino que perduran durante siglos -dijo con resignación el repostero de la corte.

–Entonces, la verdadera felicidad sólo se encontraría en el callejón de los caldereros -opinó el joven Guarniera, uno de los pajes de cámara del duque, aficionado a hacer los honores de las efímeras creaciones del repostero.

–Felicidad es poder vivir para la tarea que uno ha elegido en sus años jóvenes, y yo considero fútiles todas las demás dichas -declaró el caballerizo Cencio, que se encargaba de proveer de arreos y monturas a los caballos de las caballerizas ducales-. Por lo tanto me contaría, sin duda, entre los felices si de vez en cuando pudiese escuchar una simple palabra de reconocimiento por lo que hago. Pero ya se sabe que…

Se calló, y encogiéndose de hombros dejó que los demás dedujesen si dadas las circunstancias podía ser considerado feliz.

El poeta Bellincioli tomó la palabra.

–Tras muchos años de esfuerzos, he conseguido, como saben mis amigos, reunir una colección de libros raros e importantes y adquirir también un cierto número de cuadros escogidos, de los mejores maestros. Sin embargo, la posesión de estos tesoros no me ha convertido en un hombre feliz, sólo me ha dado la satisfacción de poderme decir que no he malgastado por completo mi vida. Y con eso tengo que contentarme. Pues a los espíritus pensantes no les ha sido concedido sentirse felices en este mundo.

Vio a Leonardo que se aproximaba al grupo, le saludó con la cabeza y, con la esperanza de que le oyese, prosiguió:

–También me aflige que desde hace años exista en mi colección un hueco; está reservado para el Tratado de la Pintura de messere Leonardo que este gran maestro comenzó hace ya bastante tiempo, pero… ¿quién puede decir cuándo lo terminará?

Leonardo, sumido en sus pensamientos, no vio el saludo ni oyó las palabras de Bellincioli.

–No se da cuenta que se habla de él -dijo el consejero de Estado Della Teglia-. No está con su mente en este mundo estrecho sino en las estrellas. Quizás se pregunta en este preciso instante cómo se mantiene la luna en su equilibrio.

–Muestra un semblante tan sombrío -dijo el chambelán Becchi que estaba al frente de la administración doméstica- que se diría que está pensando sobre la manera de representar la caída de Sodoma o la desesperación de los que no lograron escapar del diluvio.

–Se dice -retomó la palabra el joven oficial de la guardia del palacio- que ha inventado unos procedimientos sorprendentes con los que podría proporcionar, tanto a los sitiados como a los sitiadores de una fortaleza, una victoria rápida.

–No cabe duda de que está ocupado con pensamientos profundos -dijo el griego Lascaris-. Quizás medita sobre la

manera de pesar en quilates el espíritu de Dios que contiene el universo.

–O se pregunta si en algún lugar del mundo existe un ser como él -opinó en tono burlón el consejero de Estado Tiraboschi.

–Todo el mundo sabe que no le amáis -dijo el poeta Bellincioli-. Os parece un hombre extraño. Pero quien le conoce, por poco que sea, no puede evitar quererle.

El consejero de Estado Tiraboschi esbozó con sus labios finos una sonrisa de superioridad y la conversación derivó hacia otros temas.

Messere Leonardo no había tenido ojos ni oídos para los cortesanos, pues mientras atravesaba la galería, sus pensamientos se hallaban realmente en el cielo, ocupados con esas aves que sin mover las alas, logran mantenerse en las alturas planeando a favor del viento, y ese misterio le llenaba de asombro y veneración desde hacía tiempo. Pero entonces la dama Lucrezia le sacó de su ensimismamiento dándole una palmadita en el hombro.

–Messere Leonardo, no podía desear nada mejor que encontrarme con vos -le dijo la amante del duque-, y si tenéis la bondad de escucharme…

–Señora, estoy a vuestra entera disposición -dijo Leonardo liberando del juego de sus pensamientos a las garzas que planeaban en las nubes.

–Me dicen -comenzó la bella Lucrezia Crivelli-, de todas partes me llega el rumor, que os interesáis por la arquitectura, la anatomía e incluso por el arte de la guerra, en lugar de centraros, como es el deseo de su excelencia en…

Leonardo no le dejó terminar.

–Es cierto -le aseguró-, con todo lo que habéis nombrado podría satisfacer a su alteza mejor que nadie. Y si el duque me hiciese la merced de recibirme, le revelaría algunos de los secretos que se refieren a la construcción de máquinas de guerra. Podría mostrarle dibujos de mis vehículos

inexpugnables, que al penetrar en las filas enemigas siembran la muerte y la destrucción, y ni siquiera el mayor número de hombres armados podrá resistirles.

–¡Os ruego que no me habléis de esos vehículos! –exclamó la dama Lucrezia-. ¿Es la idea del tumulto y del derramamiento de sangre lo que os aparta ya desde hace tanto tiempo del pacífico arte de pintar?

–Debo también -prosiguió Leonardo, apasionándose-, recordar a su alteza que el Adda necesita ser dotado de un nuevo cauce para que pueda transportar barcos, activar molinos, almazaras y otros ingenios, e irrigar campos, prados y jardines. He calculado en qué lugares deben construirse estanques y diques, esclusas y presas para regular el caudal de agua. Y esa obra mejorará el campo y reportará a su alteza unas rentas anuales de sesenta mil ducados-¿Arqueáis las cejas, noble dama, sacudís la cabeza? ¿Os parece exagerada la suma que he nombrado? ¿Pensáis que he cometido un error en mis cálculos?

–Habláis, messere Leonardo, de muchas cosas -dijo Lucrezia-. Pero evitáis tratar del asunto que le importa a su excelencia tanto como a mí. Me refiero al cuadro cuya realización os ha sido encomendada. Hablo de nuestro salvador y sus apóstoles. Me dicen que miráis vuestro pincel con recelo y que sólo lo cogéis con fastidio y desgana. Y de esto y no de almazaras ni de vehículos de guerra quisiera que hablaseis.

Messere Leonardo vio que no había conseguido eludir las preguntas que le resultaban enojosas sobre esa Cena. Sin embargo, no perdió el talante sosegado que le caracterizaba.

–Dejad que os diga, noble dama -explicó-, que todo mi ser está centrado en ese trabajo; y lo que la gente, con su escaso conocimiento de estos asuntos, os ha contado está tan alejado de la verdad como la oscuridad de la luz;. Y he rogado al venerable padre, le he rogado como se suplica a Cristo, que tenga paciencia y deje por fin de acusarme, atormentarme y apremiarme todos los días.

–Yo pensaba que os complacería llevar a término una obra tan piadosa. ¿O acaso os sentís tan debilitado y agotado por el trabajo que habéis dedicado a ese cuadro que…

–¡Noble dama! – la interrumpió Leonardo-. Habéis de saber que una obra que me atrae, conmueve y acapara tan poderosamente no puede cansarme. Pues así me ha hecho la naturaleza.

–¿Y por qué -preguntó la amante del duque- no procedéis con ese hombre viejo como procede un buen hijo con su padre? Pues obedeciéndole a él también obedecéis a su excelencia.

–Esa obra -dijo Leonardo- espera su hora. Será realizada en honor de Dios y para gloria de esta ciudad y nadie conseguirá que yo permita que se convierta en mi deshonor.

–¿De modo que es cierto lo que dicen muchos -se asombró Lucrezia-, que tenéis miedo a cometer errores y a escuchar censuras? ¿Y que vos, a quien llaman el primer maestro de estos tiempos, os obsesionáis en querer ver defectos en vuestro trabajo donde otros ven maravillas?

–Lo que me reprocháis, noble dama -repuso Leonardo-, ignoro si por cortesía o bondad, no es exacto. Sin embargo, me gustaría ser al menos en parte, ese en quien me convertís. La verdad es que estoy unido a esta obra como el amante a la amada. Y como sabéis, a menudo la amada rechaza malhumorada y arisca a quien solicita su amor con pasión.

–Ésas son ocurrencias que no vienen al caso -dijo la amante del duque que atribuía a sí misma todo lo que tenía que ver con los asuntos del amor-. Messere Leonardo, vos sabéis cuánto os aprecio. Pero podría ocurrir que el insistente afán con que eludís la ejecución de esa obra despierte en su excelencia enojo y pesadumbre y entonces no gozaríais por mucho tiempo del favor y la gracia de su excelencia…

Cuando messere Leonardo escuchó esas palabras, le llevaron consigo sus pensamientos errantes y se vio en un país extranjero, muy remoto, sin amigos ni compañeros, sin hogar,

solo y en la mayor indigencia dedicado a las artes y las ciencias.

–Quizás -dijo- estoy destinado a vivir en adelante en la pobreza. Sin embargo, debo agradecer a la diversidad de la bondadosa naturaleza que a dondequiera que yo vaya encuentre cosas nuevas que estudiar y eso, noble dama, es la tarea que me ha asignado el movedor de todo lo que reposa. Y si tuviera que pasar mi vida en otro país y entre personas de lengua extranjera, no dejaría de pensar en la gloria y el provecho de este ducado, que Dios guarde bajo su protección.

Y se inclinó sobre la mano de Lucrezia como si ya hubiese llegado el momento de despedirse para siempre.

En ese instante el criado Giamino se dirigió hacia ella con una profunda reverencia y le anunció que el duque deseaba verla, pues el presidente de la cancillería secreta había terminado su informe. Messere Leonardo se volvió para irse, pero Giamino le retuvo con un gesto tímido.

–Perdonadme, señor,… también tengo para vos una noticia y no me resulta fácil dárosla pues no es de las que se desean oír. Pero supongo que no querréis que, por no afligiros, se os oculte algo que puede ser de importancia.

–Así que tienes que comunicarme -opinó Leonardo- que me he atraído el descontento del duque y que emplea palabras violentas y amargas para censurarme.

El muchacho sacudió enérgicamente la cabeza.

–No, señor -dijo-, el señor duque no ha hablado nunca de semejante manera de vos, creedme, sólo pronuncia vuestro nombre con el máximo respeto. Y lo que tengo que comunicaros no os afecta a vos, sino a uno de vuestros amigos. Messere di Lancia le llama Mancino y dice que se le ha visto a menudo en vuestra compañía, yo ignoro su nombre cristiano.

–Nadie lo conoce -dijo Leonardo-. ¿Y qué ocurre con ese Mancino?

–Esta mañana -contó Giamino-, le han encontrado mortalmente herido, en el jardín de la casa del Pozo, tendido

en un charco de sangre; dice messere Di Lancia, que al parecer le habían partido la frente de un hachazo. Y habéis de saber, señor, que se trata precisamente de la casa de aquel Boccetta al que vos conocéis, y el señor duque ha ordenado su detención y que se abra una investigación y quizás esta vez se le…

–¿Y dónde -preguntó Leonardo- se encuentra Mancino?

–Perdonad que no os lo haya dicho antes -se disculpó Giamino-. Le han trasladado al hospital de las hiladoras de seda y allí, dice messere Di Lancia, espera al sacerdote y el santo viático.

En la tercera planta, arriba, bajo las vigas del tejado del hospital, en una habitación donde no había camas sino simples lechos de paja sobre los que se habían extendido sábanas bastas y gastadas, encontró messere Leonardo a Mancino. Yacía éste con los ojos cerrados, sus mejillas arrugadas estaban enrojecidas por la fiebre, sus manos, en un movimiento incesante e inquieto, había arrojado al suelo la manta, su cabeza y su frente estaban cubiertas de vendajes. Dos de sus amigos, el pintor D'Oggiono y el organista Martegli, se hallaban de pie junto a su lecho y el organista, que mantenía la cabeza agachada para no chocarse contra las vigas del techo, sostenía una jarra de vino entre las manos.

–No duerme, acaba de pedir que le demos de beber -dijo D'Oggiono-. Pero sólo le podemos dar vino mezclado con agua a partes iguales y eso no le gusta demasiado.

–No se encuentra nada bien -susurró el organista al oído de Leonardo inclinándose aún más-. El sacerdote estuvo aquí, oyó su confesión y le dio la santa comunión. Según el cirujano, se podría haber salvado si la ayuda hubiese llegado a tiempo. Las gentes que le hallaron, imploraron a todos los santos y trajeron objetos sagrados de la iglesia, pero a nadie se le ocurrió llamar a un cirujano. Aquí en el hospital, le limpiaron por fin la herida y le cortaron la hemorragia. Al parecer tuvo un encontronazo con Boccetta pues le encontraron a poca distancia de la casa de ese sujeto.

–¡Tengo sed! – dijo Mancino en voz baja y abriendo los ojos bebió un trago de la jarra que le llevó a los labios el organista. Entonces descubrió a Leonardo, alzó la mano Para saludarle y una sonrisa iluminó su semblante.

–¡Leonardo mío, sé bienvenido! – dijo-. Grande es la alegría que me das y grande es el honor que me dispensas, Pero sería mejor que dirigieses tu espíritu a asuntos que tienen mayor importancia que mi estado actual. Justo cuando había concluido mi visita y me disponía a saltar por la ventana, ese Boccetta que es aún más necio que canalla, ha probado su hacha en mi persona y en su insensatez me ha rajado la frente. No tiene importancia, nadie se muere de eso, pero consideré oportuno ponerme durante unas horas en manos de un cirujano.

De nuevo pidió que le diesen de beber, tomó un trago y torció la boca. Luego señaló a un hombre que yacía en la paja cerca de él.

–Ése está muy grave. Su muía le tiró al suelo y le dio tantas coces que nadie puede ponerle ya de pie según dice el cirujano. Yo en cambio tuve más suerte.

La fiebre le atacó y sus pensamientos se volvieron confusos.

–No, no tenéis que pelearos por mi alma, vosotros tres, allí arriba, Dios padre, hijo y Espíritu Santo, dejadla donde está, y tú Santísima Trinidad espera también con paciencia, sabes que no me escaparé, siempre he sido un buen cristiano, yo no era de los que van a la iglesia a robar velas. Y tú, patrón del Cordero, que el verdugo te cuelgue por no haberme servido otro vino que el que has bautizado tres veces en tu bodega y has estropeado para todo buen cristiano.

Durante un rato permaneció con los ojos cerrados, callado y respirando violentamente. Después, cuando su respiración se calmó, abrió los ojos. La fiebre le había abandonado y por sus palabras se veía que era consciente de su situación.

Je m'en vais en pays lointain, dijo y tendió las manos hacia sus amigos para despedirse. Os pido que lloréis mis días perdidos, han pasado tan veloces como la lanzadera del tejedor. Si me hubiese sido concedido hallar la muerte luchando contra los turcos o los paganos por el triunfo de la fe cristiana, Dios me habría perdonado con gusto mi vida pecaminosa, y todos los santos y los ángeles del paraíso habrían venido danzando a mi encuentro y habrían dado la bienvenida a mi alma con salmos y sones de viola. Pero así comparezco ante el tribunal de Dios como el que soy y fui «i toda mi vida, un borracho, jugador, buscavidas, pendenciero, putero…

–El guía de nuestros destinos sabe que no eres nada de todo eso sino un poeta -dijo Leonardo rodeando la mano de Mancino con la suya-. ¿Pero dime, qué es lo que te llevó a enzarzarte con ese Boccetta?

–Nada sucede sin causa. Conócela y comprenderás lo sucedido… ¿no son ésas tus palabras, Leonardo mío? Yo te las he oído pronunciar a menudo -respondió Mancino-. ¿No está el mundo lleno de amargura y deslealtad? Resulta que vino una mujer suplicando y llorando y no sabía qué hacer en su desesperación, y si alguien pudiese morir de vergüenza y dolor, ella me habría precedido. Así que cogí el dinero de sus manos y, entrando por la ventana, fui a devolvérselo a Boccetta pero lo hice como un torpe y con tanto alboroto que debió de despertar y creer que había venido a robar. Y si andas detrás de la cabeza de Judas, Leonardo mío, conozco a uno que es como tú le ves. ¡No busques más! Creo que he encontrado al Judas. Sólo que éste no ha metido treinta monedas de plata en su bolsa, sino diecisiete ducados.

Cerró los ojos y respiró dificultosamente.

–Si le he comprendido bien -dijo el pintor D'Oggiono-, está hablando de ese alemán que reclamaba diecisiete ducados de Boccetta. Se apostó conmigo un ducado a que obtendría su dinero de Boccetta, por las malas o por las buenas, pues él no era de los que se dejaban estafar diecisiete ducados. Y hoy me hizo saber que había ganado su apuesta de la manera más

honrosa, que tenía en el bolsillo los diecisiete ducados de Boccetta y que mañana, a primera hora, pasaría por mi casa a recoger el que yo había perdido. Así que debo recorrer hoy mismo tres o cuatro casas donde me deben dinero e intentar reunir un ducado, pues no tengo más que dos carlini en mi bolsa.

–Me gustaría ver a ese alemán a quien Mancino llama un Judas -dijo Leonardo-. Y que nos cuente cómo se las ha arreglado para obtener su dinero de Boccetta.

–¡Tengo sed! – gimió Mancino.

–Podéis preguntárselo al propio Boccetta -dijo el organista que, acercando la jarra de vino a los labios de Mancino, señaló la puerta con su otra mano.

–¡Por la cruz de Cristo! ¡Es él! – exclamó D'Oggiono.

En la habitación habían entrado dos alguaciles que llevaban preso a Boccetta, éste se hallaba entre ellos con su miserable abrigo y sus zapatos desgastados; tenía las manos atadas a la espalda, pero mostraba una actitud altanera como si fuese un gran señor que se deja acompañar y servir en sus salidas por dos de sus hombres.

–Ya estáis aquí, señor, hemos satisfecho vuestro deseo -dijo uno de los alguaciles-. Pero ahora daos prisa en soltar vuestro discursito, sed breve y no nos hagáis perder el tiempo.

Boccetta reconoció a messere Leonardo y le saludó como saluda un gentilhombre a otro. Luego vio a Mancino y, seguido de cerca por los alguaciles, se acercó a su lecho de paja.

–¿Me reconocéis? – le preguntó-. He venido por la gloria de vuestra alma, no me ha importado el camino ni el esfuerzo, por caridad cristiana, por devolveros al camino de la rectitud. Habéis de saber que cuando huíais esparcisteis los ducados robados por el suelo como si fuesen lentejas o judías; tuve que arrastrarme por todos los rincones para recogerlos. Pero me faltan diecisiete ducados, pese a mis búsquedas no pude encontrarlos, han desaparecido, y lo malo es que no me

pertenecen a mí sino a un piadoso servidor de la Iglesia, a un honorable sacerdote que los dejó a mi custodia, es por lo tanto un dinero santo y consagrado. Indicadme el lugar donde los habéis enterrado o escondido, os lo pido por la salud de vuestra alma.

–¡La manta! – pidió Mancino, tiritando de fiebre, a D'Oggiono. Y después, cuando hubieron extendido la manta sobre su cuerpo, respondió a Boccetta-. Buscadlos -dijo-, buscadlos afanosamente. No os dejéis desalentar, gatead de un lado a otro, esforzaos, deslomaos hasta encontrarlos. Pues ya sabéis que quien tiene el dinero, tiene el honor.

–¿No me lo quieres decir? – gritó Boccetta lívido de rabia tratando en vano de soltar sus manos-. Ve pues al infierno y que mil demonios se diviertan allí contigo, ojalá te pudiese yo…

–¡Libradle de esa plaga, por Dios! – gritó D'Oggiono a los dos alguaciles-. ¿Para qué habéis traído aquí a ese andrajoso, tendría que estar en manos del verdugo!

–Durante todo el camino -dijo uno de los alguaciles-, no ha dejado de darnos la tabarra insistiendo en que le trajésemos aquí para que este pobre hombre pudiese obtener su perdón.

–¿Cómo me habéis llamado, joven? – se dirigió Boccetta a D'Oggiono-. ¿Andrajoso? ¿Y que debería estar en manos del verdugo? ¿Eso habéis dicho? Pues me da igual, soy un hombre al que no impresionan los insultos, pero a vos os costará un buen dinero, joven, pues tendréis que pagar por ello cuando vuelva a estar libre y sea dueño de mis actos. ¡Messere Leonardo, vos lo habéis oído y me serviréis de testigo!

–Lleváosle -ordenó Leonardo a los alguaciles-, pues la justicia que él ofende y escarnece a diario, por fin le ha sentado la mano.

–*Notre Seigneur se taist tout quoy*, se oyó murmurar a Mancino, y ésas fueron sus últimas palabras en este mundo. Ya no contestó a ninguna pregunta. Sólo se percibió su leve

gemido y luego su estertor, que duró hasta que murió cuando empezaba a anochecer.

13

Mientras se esperaba a Joachim Behaim en la habitación de D'Oggiono, Leonardo examinaba el arca de madera cuyos lados estaban adornados con la representación de las bodas de Cana y se mostró satisfecho de esa obra que el joven artista había terminado el día anterior.

–Veo -dijo- que en este trabajo penoso y agotador también has tenido presente lo que es guía y gobierno de toda pintura: la perspectiva. El dibujo también es bueno y acertada tu manera de aplicar los colores. Es igualmente digno de elogio que hayas concebido las figuras de tal modo que de su actitud se pueda fácilmente deducir su estado de ánimo. Aquí este mercenario quiere beber y nada más, sólo ha venido a la boda a llenarse de vino. Y este padre de la novia es un hombre honrado, cualquiera puede ver que de su boca sólo saldrán palabras sinceras y que cumplirá lo que ha prometido al novio. Y en cuanto al maestro del banquete, se ve en su cara cuánto le importa que todos los invitados estén bien atendidos.

–¿Y ese Cristo? – preguntó D'Oggiono que no se cansaba de oír elogios.

–Le has dado rasgos nobles, y la Virgen también posee mucha gracia y dulzura. Pero ese camino que asciende por la colina con esos chopos que no son capaces de dar sombra, no termina de gustarme. Si te sientes inseguro en la representación del paisaje, consulta a la naturaleza y la viveza de la vida.

–¡Qué desastre! – exclamó D'Oggiono-. Lo sé, y me avergüenzo de haber malogrado por completo esas miserables bodas. He hecho una chapuza y de buena gana convertiría el arca en astillas y alimentaría con ellas mi fogón si no fuese Aporque el hombre ya viene a recogerla mañana.

–Te ha salido perfectamente. Es un trabajo magistral -le tranquilizó Leonardo-. Y sobre tu manera de manejar la luz y la sombra sólo se pueden decir cosas positivas.

Mientras tanto, el escultor Simoni contaba por tercera vez a su amigo, el organista Martegli, el giro tan sorprendente que habían tomado para él los acontecimientos el día anterior.

–Hice una escapada, como suelo hacer varias veces al día, desde mi taller a la iglesia de San Eusorgio y entonces la vi de rodillas, como una desesperada, delante de ese Cristo, que es un trabajo bastante mediocre, el chico que me sostiene el escoplo lo haría mejor. Dios sabe cuánto tiempo llevaba arrodillada allí, sollozando, el rostro afligido, las mejillas inundadas de lágrimas, y al verla así encontré, ni yo mismo sé cómo, el valor de hablarle. No me creerás, pero la llevé a casa, le dije que tenía un padre anciano que estaba enfermo en cama, necesitado de cuidados, y que ella haría una obra cristiana ocupándose de él por la noche, y ella me miró, no sé si me había reconocido, yo la he saludado a menudo, en resumen, podrás creerlo o no, se fue conmigo, parecía que le daba igual lo que pudiese suceder con ella, y por la noche la oí llorar, pero esta mañana cuando traje la leche y el pan para ella y mi padre, me dedicó una sonrisa. Quizás, después de lo que le ha tocado vivir, cuando pase el tiempo y se acostumbre a mí…, ¡Tommaso! Si pudiese retenerla a mi lado, si se quedase… me consideraría el hombre más feliz de la cristiandad. Sí, mírame, no tengo aspecto de galán con mis piernas cortas y mi corpulencia, mi calva y las manos llenas de callos de trabajar con el escoplo y la gubia. Quizás abrigo esperanzas y proyectos vanos, y sin duda tienes toda la razón, Tommaso, en colocarme entre los que intentan convertir el cobre en oro. Pues ese extranjero sigue acaparando sus pensamientos.

–Me acuerdo de él -dijo el organista-. Y comprendo que tuviese que amarle. Es joven y apuesto, tiene rasgos orgullosos…

La puerta se abrió y el hombre de quien hablaban, Joachim Behaim, entró saludando en la habitación. Iba vestido de viaje, llevaba botas de montar y tenía el aspecto de alguien que está dispuesto a subir sobre un caballo para abandonar la ciudad.

Al ver a Leonardo se dirigió hacia él y le presentó sus respetos.

–Hacía tiempo que deseaba conoceros y disfrutar de vuestra compañía -dijo respetuosamente-. Me crucé no hace mucho con vos; fue en el viejo patio del castillo ducal el día en que vendí a su alteza dos caballos, un bereber y un siciliano. Quizás os acordáis de mí, señor.

–Sí, os recuerdo perfectamente -dijo Leonardo aunque sólo tenía ante sus ojos la imagen del bereber.

–Y desde entonces -continuó Behaim-, he oído citar vuestro nombre a menudo y con mucho elogio, y también he sabido cosas de vos que se salen de lo corriente.

Se inclinó de nuevo y luego saludó a D'Oggiono y a los otros dos.

–También yo -dijo Leonardo- estaba deseoso de veros sobre todo porque he de pediros un favor.

–Para mí sería una dicha poderos servir en algo -dijo Behaim con gran cortesía-, sólo tenéis que comunicarme vuestro deseo.

–Sois muy amable -dijo Leonardo-. Lo que os pido es que nos contéis cómo habéis conseguido recuperar vuestro dinero, los diecisiete ducados, de ese Boccetta a quien todo Milán conoce como ladrón y estafador.

–Con lo cual he perdido vilmente mi apuesta y me toca pagar por mucho que me duela -apuntó D'Oggiono.

–Siempre es mejor acudir a la fuente que al vaso de agua -declaró el escultor.

–Es un asunto de poca importancia, apenas digno de ser comentado -opinó Behaim y, atrayendo hacia sí una silla se sentó como los demás-, y yo ya le había advertido el primer día a ese Boccetta que yo no era de los que se dejan quitar el dinero y que, hasta ahora, quien ha intentado jugármela lo ha lamentado siempre, porque al final ha salido perdiendo.

–Estamos deseosos de escuchar vuestra historia -dijo Leonardo.

–Para ser breve, comenzaré diciendo -contó Behaim- que aquí en Milán encontré a una muchacha que me gustó sobremanera. No es que quiera alabarme, pero tengo la costumbre y el don de conseguir sin mucho esfuerzo lo que deseo de las mujeres, y al poco tiempo la hice mía. Yo creía, señores, haber encontrado en ella a la mujer que había buscado toda mi vida. Era bella, llena de encanto y esbelta, la reconocía de lejos por su orgulloso y gracioso caminar y además, era obediente y modesta, no le gustaba la ostentación, me amaba devotamente y no tenía miradas para otros hombres.

Interrumpió su relato y se quedó mirando ante sí pensativo; luego se pasó la mano por la frente con gesto decidido como queriendo apartar de su mente la imagen que habían evocado sus palabras. Y luego prosiguió:

–Ella era la mujer que yo buscaba y, aquí en Milán, la había encontrado. Pero una noche, hace sólo unos días, fui a la taberna del Cordero a beber un poco de vino y hablar con uno de los clientes asiduos y allí averigüé -señaló a D'Oggiono y al escultor-, de esos dos averigüé, que aquella a quien amaba era la hija de Boccetta.

Se levantó bruscamente y, empezó a caminar por la habitación con gran excitación. Luego se dejó caer en su silla y siguió hablando:

–Precisamente ese Boccetta tenía que ser su padre entre todos los miles de hombres que hay en Milán. ¡Que me haya ocurrido eso a mí! Ya veis, caballeros, cómo maltrata a veces el destino a un hombre honrado.

–Quizás Judas Iscariote también se consideraba un hombre honrado -susurró el escultor al organista.

–No puedo describiros, caballeros, – prosiguió Behaim- los pensamientos que me asaltaron. Me avergüenza decirlo, pero aún seguía amándola y, al darme cuenta de ello quedé completamente consternado. Mi dolor era salvaje, impetuoso,

inaguantable, no me dejaba comer ni dormir, y por fin decidí dominarme y no dejarle espacio dentro de mí.

–¿Y eso os resultó sencillo? – preguntó el escultor.

Durante unos instantes, Behaim guardó silencio.

–No, no fue sencillo -contestó-. Tuve que hacer un gran esfuerzo para vencer la fascinación que ella seguía ejerciendo sobre mí. Pero recuperé mi juicio y me convencí de que yo no debía vivir con ella. Pues vivir con ella no significa sólo compartir la cama por la noche y, como suele decirse, dejar que el campanario encuentre su iglesia, no, significa comer y beber con ella, ir con ella a la iglesia, dormir y velar con ella, confiarle mis preocupaciones y compartir todas las alegrías con ella…, ¡con ella, la hija de Boccetta! Y aunque hubiese llevado dentro el paraíso… no podía convertirse en mi esposa, ni seguir siendo mi amada. La había amado demasiado y eso no lo permitía mi orgullo ni mi honor.

–Sí -dijo Leonardo pensando en otro-. Eso no lo permitía su orgullo ni su honor.

–No sé quién me asistió en este asunto -prosiguió Behaim-, quién me condujo al buen camino, tal vez mi ángel bueno, o Dios mismo o nuestra amada madre. Pero cuando hube superado ese amor, todo fue sencillo.

Permaneció callado un rato, reflexionando. Luego continuó su relato:

–Ella vino a mi habitación, como venía todos los días, pensando en nuestros juegos amorosos, pero yo fingí estar abrumado por graves preocupaciones. Le dije que estaba falto de recursos, que necesitaba cuarenta ducados y no sabía de dónde sacarlos y que el problema era grave. Ella se asustó un poco y caviló un instante, después dijo que no me preocupase por el dinero, ella podía proporcionármelo, ella conocía una solución, y entonces la tomé por la palabra. Quiero que me comprendáis, caballeros, yo no necesitaba el dinero, tengo en los almacenes de Venecia telas de seda y de lana por valor de

ochocientos cequíes que puedo vender con beneficio en cualquier momento.

–Yo creía -comentó Leonardo- que vivíais de comerciar con caballos.

–Se puede ganar dinero con cualquier mercancía -le explicó Behaim-, hoy con caballos, mañana con clavos de herradura, con sémola igual que con perlas o especias de la India. Yo comercio con todo lo que da dinero, unas veces con ungüentos, lociones y arrebol de Levante, otras con alfombras de Alejandría, y si acaso sabéis dónde se puede comprar lino a buen precio, decídmelo pues este año se espera una mala cosecha.

–Has oído, comercia con todo -susurró el escultor al organista-, especularía incluso con la sangre de Cristo si la tuviese.

–Pero volviendo al asunto que deseáis oír -retomó Behaim la palabra-, al día siguiente volvió y trajo el dinero y lo contó delante de mí, cuarenta ducados; creía que me había prestado un gran servicio y estaba muy contenta. No os referiré detalladamente lo que ocurrió después, lo que yo le reproché y lo que ella dijo, pues mi relato os cansaría. En resumen, me confesó que le había sustraído el dinero a su padre por la noche, cuando dormía, y yo le dije que eso era infame y despreciable y que me disgustaba en sumo grado, que iba en contra del espíritu cristiano y el amor filial y que ahora que me había mostrado su verdadera naturaleza, ya no podía ser mía, que se fuese, que no la quería volver a ver. Al principio pensó que era una broma y, echándose a reír, dijo: «¡Qué cosas tengo que oír de un hombre que dice que me ama!». Pero luego cuando comprendió que hablaba en serio, me suplicó, se lamentó, lloró y se comportó como una desesperada, pero yo estaba decidido a no escucharla y no hice caso de sus lamentaciones. Del dinero desconté los diecisiete ducados que me correspondían y le entregué un recibo por esa cantidad, como debe ser, y también le di la suma restante para que se la devolviese a su padre, y así se desarrolló todo siguiendo los principios de la ley, pues yo sólo deseo tener y conservar lo

que es mío y no me interesa lo que pertenece a otro. Finalmente, le di la mano para despedirme y le rogué que se fuese y no volviese más, y ella se puso furiosa, sí, se atrevió, tuvo la osadía de llamarme mala persona. Pero yo pensaba en las palabras que vos -y volviéndose hacia D'Oggiono señaló el arca con la representación de las bodas de Caná- dejáis pronunciar al salvador en esa boda: «¡Mujer qué tengo yo que ver contigo!» y le mostré la puerta.

–¡De modo que habéis malbaratado un gran amor como si fuese una sortija de quincallero! – le recriminó el organista indignado.

–¡Señor! No sé quién sois ni lo que significan vuestras palabras -le respondió Behaim-. ¿Acaso pretendéis censurarme por haberle devuelto a un padre desesperado su dinero y a su hija?

–Por supuesto que no, nadie os censurará -dijo Leonardo en tono conciliador-. Habéis defendido bien vuestra causa frente a Boccetta…

–Era una causa justa -explicó Behaim.

–Una causa justa, ciertamente, y por eso -prosiguió Leonardo- os rendiré el honor que os corresponde cuidando de que no desaparezca vuestro recuerdo de Milán. Pues el rostro de un hombre como vos merece ser retratado y legado a los que vengan después de nosotros.

Y sacó de debajo de su cinturón su cuaderno de apuntes y su lápiz de plata.

–Me hacéis un honor que sé apreciar -le aseguró Behaim, y sentándose derecho en su silla, se acarició su cuidada y oscura barba.

–¿Y el amor que sentíais o creíais sentir por ella -preguntó el escultor al alemán mientras Leonardo empezaba a retratarle- se ha acabado por completo?

Behaim se encogió de hombros.

–Supongo que eso es asunto mío, no vuestro -respondió-. Pero si queréis saberlo: todavía no he podido borrarla de mi mente, pues no es de las que se olvidan fácilmente. No obstante, pienso que dejaré de pensar en ella en cuanto haya abandonado Milán y recorrido treinta o cuarenta millas.

–¿Y adonde os dirigís? – preguntó D'Oggiono.

–A Venecia -respondió Behaim-. Allí me quedaré cuatro o cinco días y después embarcaré con rumbo a Constantinopla.

–A mí también me gusta viajar -comentó el escultor-, pero sólo donde veo pastar a las vacas. – Y con ello quería decir que no estaba tan demente como para aventurarse a salir a mar abierto o a otras aguas agitadas.

–¿Queréis volver a tierra de turcos? – exclamó D'Oggiono-. ¿Siendo ellos tan salvajes y aficionados a derramar sangre cristiana, no teméis por vuestra vida?

–El turco -le explicó Behaim-, en su tierra y en sus territorios, es menos malo de lo que dicen, del mismo modo que el diablo es quizás un buen padre de familia en el infierno. Pero supongo que no habréis olvidado que me debéis un ducado. Tendréis que pagar, aunque sólo sea para que aprendáis a tener en el futuro más respeto a las personas de mi condición.

D'Oggiono suspiró y extrajo de su bolsillo un puñado de monedas de plata. Behaim las cogió y las contó. Dio las gracias a D'Oggiono y dejó caer las piezas de plata en su bolsa.

–¡Mantened un instante vuestra bolsa en la mano! – le pidió Leonardo con una sonrisa. Y mientras Behaim sostenía la bolsa dispuesto a hacerla desaparecer, Leonardo añadió algunos trazos y terminó su dibujo.

Behaim se puso de pie y se desperezó. Luego pidió a Leonardo el cuaderno de apuntes para echarle una mirada. Examinó su retrato, se mostró muy satisfecho y no escatimó los elogios.

–Sí, soy yo -dijo-, y el parecido es realmente extraordinario. ¡Y en qué poco tiempo lo habéis realizado! No exageraban al hablarme de vos. Sí, señor, conocéis vuestro oficio y para más de uno podrías servir de ejemplo.

Pasó una página del cuaderno de apuntes y leyó con asombro lo que había apuntado Leonardo.

«Christofano que es de Bérgamo, recuérdale -estaba escrito allí-. Tiene la cabeza que piensas dar a Felipe. Habla con él de cosas que le preocupan: de epidemias, del peligro de la guerra y del peso creciente de los impuestos. Le hallarás en el callejón de San Arcangelo, donde se encuentra ese bello arco, en la casa de las Dos Palomas, encima de la tienda del cuchillero.»

–Escribís -observó Behaim- a la manera de los turcos, comenzando a la derecha y terminando a la izquierda. ¿Y quién es ese Felipe de cuya cabeza parecéis hablar?

–Felipe, uno de los apóstoles de Cristo -le informó Leonardo-. Sentía un gran amor por el Salvador, por eso le colocaré en un primer plano de mi cuadro, donde mostraré a Cristo entre sus apóstoles durante la Cena.

–¡Por mi alma -dijo Behaim-, veo que para realizar ün cuadro así os tenéis que preocupar por algo más que de los colores y el pincel!

Y devolvió el cuaderno de apuntes a messere Leonardo. Luego dijo que sentía no poder seguir disfrutando de la compañía de los caballeros, pero el tiempo apremiaba y su caballo ya estaba ensillado. Tomó su abrigo y su barreta, hizo una reverencia a Leonardo mostrándole su respeto, saludó a D'Oggiono y al escultor con la mano y, tras dedicar una leve inclinación de la cabeza al organista Martegli, que se había granjeado su antipatía, salió por la puerta.

–¡Menudo canalla! – dijo con amargura D'Oggiono agitando los puños-. ¡Y por culpa de ese personaje tuvo que morir Mancino!

–¡Morir! – dijo Leonardo-. Yo lo llamo de otra manera. Se ha sumado con ánimo orgulloso al Todo, escapando así a la imperfección terrenal.

Guardó su cuaderno de apuntes debajo de su cinturón y las palabras que pronunció expresaban alegría y triunfo.

–Ahora tengo lo que necesito. Y en esta obra se verá que el cielo y la tierra, que Dios incluso, han intervenido y me han asistido poniendo a ese hombre en mi camino. Y ahora quiero mostrar a los que vengan detrás de mí que yo también he vivido sobre esta tierra.

–Y por fin -dijo D'Oggiono-, podréis contentar al duque, a quien servís, y engrandecer la fama de esta ciudad a la que pertenecéis.

–Yo no sirvo -dijo Leonardo- a ningún duque, a ningún príncipe, y no pertenezco a ninguna ciudad, ningún país, ningún reino. Sólo sirvo a mi pasión de ver, de comprender, de ordenar y crear, y pertenezco a mi obra.

14

Ocho años más tarde, en otoño de 1506, Joachim Behaim se dirigía de nuevo a Milán en viaje de negocios procedente de Levante. En Venecia, donde había desembarcado, sólo había permanecido algunas horas pues no tenía que guardar géneros en los almacenes. En dos bolsas forradas de seda llevaba sus mercaderías. Eran piedras preciosas. Una de las bolsas contenía zafiros, esmeraldas y rubíes tallados, una docena en total, todo piezas de excepcional belleza, la otra, piedras de menor valor: amatistas, topacios orientales y jacintos; su intención era ofrecerlas, tanto unas como otras, a los nobles y oficiales franceses que estaban acantonados en Milán. Pues Milán, se encontraba en manos de los franceses.

Cuando en 1501 el rey de Francia descendió de los puertos alpinos con un ejército de suizos y franceses para invadir la Lombardía, habían hecho traición al Moro dos de sus capitanes rindiéndose a los franceses. Y por otro lado, ni el emperador romano ni el rey de Nápoles habían cumplido sus

pactos de alianza, pues no habían acudido en auxilio del Moro. De esa manera éste había perdido su ducado, sus bienes, a sus amigos y finalmente, su libertad. Había caído en manos de Luis XII, el rey de Francia, y pasaba sus últimos años en una prisión situada en lo alto de una roca de la ciudad de Loches, en Turena, a orillas del Indre.

Los milaneses se entendieron bastante bien con su nuevo amo. «Ya que estamos obligados a tener a ejércitos extranjeros dentro de nuestras murallas -decían-, preferimos los franceses a los españoles. Pues los españoles son seres refunfuñones y hoscos que se pasan el día arrodillados en las iglesias, mientras que los franceses llevan la diversión y el buen humor a donde van. Y en cuanto a su cristianismo, dicen: "¿Servir a Dios? ¿Por qué no? Pero no vamos a olvidar que a veces también es bueno caminar un poco por las sendas del mundo terrenal".»

Joachim Behaim se dirigía por lo tanto a Milán. Pero cuando hizo un alto en Verona y se puso a buscar alojamiento para él y su caballo, le sorprendió el comportamiento sumamente extraño e incomprensible de los habitantes de la ciudad.

Las personas con las que se cruzaba se quedaban mirándole y luego juntaban las cabezas y cuchicheaban. Había algunos que al verle parecían asustarse. Se paraban en el sitio, meneaban las cabezas y se santiguaban una, dos y hasta tres veces como si tratasen de conjurar una desgracia. Otros actuaban con auténtico descaro, le señalaban con el dedo o intentaban por medio de señas, gestos y ademanes atraer sobre él la atención de sus acompañantes.

–¡Al diablo con ellos! – murmuró-. ¿Qué le pasa a esta gente? Bonita manera de mirarle a uno. ¿Es que no han visto nunca un comerciante alemán que viene de Levante?

En la primera posada que encontró, el posadero le miró fijamente y luego le cerró la puerta en las narices con un «¡Dios me libre!» y se negó a abrirla de nuevo pese a las insistentes llamadas, voces e imprecaciones de Behaim. En la siguiente posada, el patrón también se mostró asombrado y

sorprendido por la aparición de Behaim, pero se mantuvo correcto. Lamentaba, dijo, no poderle acoger en su casa, pues estaba completa; ni con la mejor voluntad del mundo podía proporcionarle una habitación, y con mil excusas le empujó hacia la puerta.

Sólo en la tercera posada consiguió Behaim alojamiento para él, y un lugar y un saco de pienso para su caballo. El posadero, sin embargo, también le miró asombrado y asustado; su perplejidad no le dejó pronunciar palabra, pero Behaim le dijo en tono irritado:

–¿Qué manera es ésa de mirarme? ¿Y cuánto tiempo me vais a tener aquí esperando? Sabed que no tengo un carácter precisamente paciente.

–Ruego al señor me perdone -dijo el posadero serenándose-. Os parecéis a cierta persona que he visto recientemente. Creí tenerla delante de mí, pues el parecido es asombroso.

Luego, cuando hubo conducido a Behaim a su aposento y confiado el caballo a un criado para que lo cepillase, se volvió hacia el sirviente que estaba tan asombrado y asustado como él y le explicó su comportamiento.

–¿Qué podía hacer? ¿Qué podía decirle? Ya se sabe que el mal, lo más abominable y hasta lo perverso es voluntad de Dios y ha sido puesto por él en el mundo.

En ese albergue Behaim entabló conversación con un comerciante tirolés de barba pelirroja que venía de Bolonia y se disponía a regresar a Innsbruck. Mientras cenaban, Behaim descubrió que el comportamiento raro y a veces impertinente de los habitantes de la ciudad no había llamado la atención del comerciante tirolés. Behaim se mostró sorprendido y se quejó de que Verona le agradase tan poco.

–Milán, en cambio, ¡qué ciudad! – dijo-. Allí encontráis inmediatamente compañía, amigos, gente que sabe apreciaros. Allí existen excelentes posadas que están perfectamente provistas de todo lo que uno puede desear; a cualquier hombre

de rango puedo recibir en ellas. También hay albergues modestos que son impecables, así cada cual se puede organizar como le conviene a su bolsillo. Pero dondequiera que vayáis a comer os servirán platos de un refinamiento y una abundancia como no se encuentran en ninguna ciudad del mundo. Y conozco en Milán una taberna donde dan un vino con el que se podría resucitar a un muerto. Allí acuden los pintores y otros artistas y yo tenía un trato muy cordial con ellos.

Guardó silencio y pensó en los tiempos pasados.

Tras llegar a Milán después de algunos incidentes enojosos, buscó en seguida la posada de los Tres Moros donde solía parar la gente distinguida. Pensaba hospedarse allí y tratar de establecer contacto con los nobles franceses a quienes tenía intención de vender sus piedras preciosas.

El posadero que también tenía el aspecto y los ademanes de un noble, le recibió con cortesía. Behaim se mostró satisfecho con el aposento que le asignaron y los precios que le dijeron y encargó que le subieran a su habitación la cena y una infusión para dormir, pues pensaba acostarse temprano.

Cuando hubieron quitado la mesa y Behaim terminó de tomarse la infusión, llamaron de nuevo a su puerta y el posadero entró en el aposento.

–Disculpad, señor -se excusó- de que venga aunque tengáis todo el aspecto de estar cansado. Quisiera preguntaros si la gente no os miraba a veces de manera extraña cuando os dirigíais hacia aquí.

–Sí -dijo Behaim-. Eso me ha ocurrido cien veces, pero no sólo aquí en Milán, sino ya en Verona y también en los pueblos que tuve que atravesar.

–Si me permitís que os dé un consejo -siguió hablando el posadero-, dejad que os afeiten la barba o que le den otra forma. Hoy ya no se estilan esas barbas.

–¡Ni pensarlo! – se enojó Behaim, pues estaba orgulloso de su cuidada barba que todavía no tenía un solo pelo gris-. Que me mire la gente como le dé la gana, poco me importa.

–Haced lo que os plazca, señor -dijo el posadero, pero fio se marchó, y después de reflexionar un momento, preguntó-: No habréis visitado todavía a los monjes del convento de Santa María delle Grazie, ¿verdad?

–No. ¿Qué tengo yo que ver con esos monjes? – Se asombró Behaim.

–En el refectorio de ese convento -explicó el posadero-, se encuentra la famosa Cena del maestro Leonardo, el Florentino, y ésa, señor, es una obra que hay que ver sin falta. Seguramente os habréis cruzado alguna vez con ese Leonardo.

–Sí -dijo Behaim-. Traté a menudo con él, y si no me falla la memoria, me invitó a comer o me hizo algún otro honor. ¿Se encuentra en Milán?

–No, ya hace tiempo que no vive en nuestra ciudad; dicen que está de viaje -le informó el posadero-. Pero volviendo sobre la Cena…, desde hace años vienen las gentes a millares a contemplarla, y no sólo acude todo Milán y toda la Lombardía, no, también vienen de Venecia, del ducado de Mantua, de las Marcas, de la Romana y de más lejos todavía. Vienen jóvenes y viejos, hombres y mujeres, incluso se dejan traer en parihuelas. Entran en el refectorio vestidos con sus trajes de domingo como quien asiste a una fiesta solemne. Y vienen los campesinos de los pueblos, y ellos también se ponen sus mejores galas para contemplar esa Cena, y cuentan, que uno de ellos trajo consigo a su burro engalanado. ¡Escuchad mi consejo, señor, id a verla! ¡Sí, verdaderamente deberíais hacerlo!

Y con esas palabras se despidió.

A la mañana siguiente, cuando Behaim se hallaba delante de la Cena en el refectorio del convento y, tras haber contemplado a Cristo y Simón Pedro, dejó caer su mirada sobre el Judas que sostenía la bolsa en la mano, sintió como si le hubiesen dado un mazazo en la cabeza.

«¡Dios bendito! – se dijo anonadado-. ¿Estoy soñando o qué pasa aquí? ¡Por mi alma que esto es una tropelía, una

tropelía infame! ¡Cómo se ha atrevido?»

Miró entorno suyo en busca de simpatía y comprensión por lo que le habían hecho. A pesar de la hora temprana, había numerosos visitantes en el refectorio y todos le miraban, le veían allí, delante del Judas, y nadie abría la boca, remaba un silencio absoluto, como en la iglesia, cuando la campanilla anuncia la consagración. Pero luego, cuando abandonó enfurecido el refectorio y salió al exterior tan rápido como pudo -pues no quería seguir siendo el blanco de esas miradas-, sólo entonces empezaron los presentes a hablar y a llamarse los unos a los otros:

–¿Has visto? Judas ha contemplado al Judas.

–¡Viene aquí a mostrarse a las miradas! ¡En lugar de esconderse en el bosque más espeso, en un desierto, en una cueva o en cualquier otro lugar abandonado por el hombre!

–¡Este lugar le ha atraído, como la encina atrae al puerco!

–¿Me pregunto si es cristiano y va a misa?

–¿Para qué va a ir a misa? Dios no deja crecer ninguna semilla en semejante campo.

Mientras tanto, Joachim Behaim se dirigía a su posada Meno de pensamientos furiosos, pues estaba decidido a no permanecer un instante más en Milán. En voz alta desahogaba así su ira impotente:

–¡Qué infamia! ¿Cabe imaginar una burla peor? Y eso que es un hombre viejo que no sirve más que para ser enterrado. ¡De modo que me retrató con esa intención! ¡Me está bien empleado por tratar con esos pintores y esa chusma! Por mi alma que deberían dar un escarmiento a ese Leonardo, cuánto mal podrá hacer todavía, si persiste en sus vilezas. ¿Un pintor? Ése tiene de pintor lo que un ciruelo de viña. Por la cruz de Dios, ese Leonardo no debe tener mucho cerebro debajo de su gorra si no supo inventar otro Judas que no fuera yo. Se merece que le muelan a palos. ¡No, que le muelan a palos no… a un ser así deberían enviarle a galeras, encadenado!

Había llegado a la plaza de la catedral cuando vino a su encuentro el escultor Simoni con un niño pequeño a su izquierda y Niccola a su derecha. Pero Joachim Behaim, todavía lleno de cólera, los puños cerrados, la cabeza inclinada, pasó junto a los tres jurando en lengua bohemia sin dirigirles una mirada.

El escultor se detuvo y soltó la mano del niño.

–Era él -dijo sintiendo cómo le palpitaba el corazón y le brotaba un sudor frío-. ¿Le has visto?

–Sí -respondió Niccola-. Le he visto.

–Y tú… ¿todavía le amas? – balbució el escultor.

–¡Cómo puedes hacer una pregunta tan tonta! – dijo Niccola colocándole el brazo alrededor de los hombros-. Créeme, nunca le habría amado si hubiese sabido que lleva el rostro de Judas.

UN COMENTARIO FINAL DEL AUTOR

Algunos lectores de este libro se habrán percatado quizás de que los versos que dejo pronunciar a Mancino se parecen mucho a los poemas del gran poeta francés François Villon que nació en París en 1431, estudió bellas artes entre 1448 y 1452 en la Universidad de París, escribió numerosos poemas notables y también una novela en verso que se desarrolla en el barrio universitario parisino -desgraciadamente esta novela no ha llegado hasta nosotros- y hacia 1464 desapareció misteriosamente del campo visual de sus contemporáneos de manera que nadie puede decir dónde vivió después de 1464 ni cuándo murió.

Reconozco que los versos que pongo en boca de Mancino muestran una acusada semejanza de forma y fondo con los poemas de François Villon, no obstante no se me debe hacer el reproche de haber cometido un plagio. Pues me he tomado la libertad -que tal vez es una gran imprudencia- no sólo de sugerir, sino de mostrar claramente en este libro, que Mancino

no es otro que aquel Frangois Villon, estudiante, poeta, vagante y miembro de una banda de ladrones que, desaparecido en Francia, reaparece en el Milán de final de siglo, donde vive entre los artistas que habitan el círculo mágico de la catedral -escultores, fundidores de bronce y maestros canteros- y después encuentra un final, sin gloria ciertamente, pero, en mi opinión bastante caballeresco. Si, por lo tanto, él es François Villon, tiene todo el derecho de hacer pasar por suyos los versos de François Villon. Quizás algún que otro lector se niegue a seguirme por este camino y no esté dispuesto a dejarse convencer de que Mancino y el poeta francés desaparecido son la misma persona. Yo, evidentemente, no se lo puedo prohibir. En tal caso Mancino, que se llama a sí mismo borracho, jugador, buscavidas, pendenciero y putero, será tachado además de plagiario, eso ya no importa. Pero cualquiera que sea la opción del lector, ya tenga a Mancino por François Villon o por un descarado usurpador, los versos del epitafio que se dedicó a sí mismo y nos legó el vagante y poeta francés, pueden atribuirse por su contenido también a Mancino. Traducidos muy libremente dicen así:

No tenía vaso ni jarra,

no tenía nada, el pobre diablo.

¡Dale Tu paz a este hombre!

¡Dale, Señor, la luz eternal

EPÍLOGO

1

El contenido de estos libros se compone,

por así decirlo, de puro contenido.

ALFRED POLGAR

sobre las novelas de Leo Perutz

El comerciante de caballos Joachim Behaim, hijo de un mercader de la ciudad bohemia de Melnik, «un hombre de

extraordinaria belleza, de unos cuarenta años», y personaje central de la novela *El Judas de Leonardo*, fue «uno de los hombres más rectos y, al mismo tiempo, más terribles de su tiempo». Su memoria «habría sido bendecida por el mundo si no se hubiese excedido en la misma virtud» que su antepasado literario Michael Kohlhaas. El sentido de la justicia de Behaim semeja una «balanza de oro» y así, tras vender dos caballos de pura sangre al duque Ludovico Sforza, se queda en Milán no sólo por amor, sino para cobrar del usurero Boccetta una vieja deuda. Éste rechaza con sarcasmo la reclamación, cuya legitimidad es «incuestionable», y Behaim busca la manera de «obtener satisfacción por la ofensa sufrida». A diferencia de Kohlhaas, comprende rápidamente que fio tiene sentido «apelar a la justicia pública» y de ese modo no se convierte en un «bandido y asesino» arcaico, sino en un bellaco moderno. Para obtener su dinero, Behaim traiciona el amor que siente por Niccola, hija de Boccetta, y valiéndose de un pérfido engaño, la utiliza como instrumento para cobrar su deuda. Para despedirse extiende, «como debe ser», un recibo por diecisiete ducados a su antigua amada.

La lucha entre Boccetta y Behaim no es la lucha a vida o muerte entre la burguesía mercantil y la nobleza -como la que estalla entre Kohlhaas y el señor feudal Von Tronka-, sino una lucha entre personajes de la tradición literaria. La figura de Boccetta, fácilmente identificable, personifica originalmente la mentalidad económica aferrada a las monedas característica del avaro y usurero cuyo lema es: «Quien conserva el dinero, tiene el honor». Behaim, en cambio, es el tipo del comerciante capitalista moderno que adopta la divisa: «Se puede ganar dinero con cualquier mercancía». El mercader Behaim está tan acostumbrado a medir las cosas de la vida por su valor de mercado, que recomienda al perplejo discípulo de Leonardo, D'Oggiono, que a la hora de vender sus bien pintadas figuras de Cristo, del publicano o de los apóstoles pida por ellas precios fijos; Behaim ni siquiera ve a las criaturas femeninas como individuos, sino que les asigna el nombre genérico de «Anitas». Hasta que se produce su encuentro con Niccola.

Desde ese encuentro *El Judas de Leonardo* no es sólo una novela sobre el dinero, sino también sobre el amor.

Niccola, la hija de Boccetta, ama a Behaim tan sinceramente que por ese amor no sólo sacrifica su pureza, sino también la lealtad que debe a su padre. Behaim, que en la novela afirma repetidamente «yo me conozco», se enamora locamente de Niccola y confiesa: «No me reconozco, no, ya no soy el mismo». Sin embargo, finalmente sigue siendo el que era, pues tras tomar la decisión de «contraer matrimonio» con Niccola, traiciona su amor por la deuda de diecisiete ducados. Como hace saber a Leonardo hacia el final de la novela, cuando descubre que Niccola es la hija de su deudor Boccetta, «ella ya no podía convertirse en mi esposa, ni seguir siendo mi amada. La había amado demasiado y eso no lo permitía mi orgullo ni mi honor». Al principio de la novela, el muchacho Giamino definía con las mismas palabras el pecado de Judas ante el maestro Leonardo, y después de que el moribundo Mancino llama la atención de Leonardo sobre el «Judas» Behaim, el maestro puede terminar su *Cena*.

El Judas de Leonardo es, por lo tanto, también una novela sobre la gestación de una obra de arte, sobre el arte y los artistas. La acción interior de la novela, que gira alrededor del dinero y el amor, conduce al descubrimiento del «Judas» Behaim y permite a Leonardo terminar aquella obra con la cual, según sus propias palabras, «se había convertido en pintor». Como antagonista de Leonardo está concebido el vagante Mancino que se llama a sí mismo «bebedor, jugador, buscavidas, pendenciero, putero», pero al que Leonardo considera sencillamente «un poeta». El lector puede juzgar hasta qué punto está justificada esa caracterización, pues Perutz nos ofrece algunos versos de Mancino. Según el patrón del Cordero, Leonardo y Mancino son sin duda los «mejores ingenios» y a su lado discurren por el Cordero y por la novela de Perutz numerosos artistas conocidos y menos conocidos que a veces no hablan tanto de arte como de las dificultades que tienen para ganarse el sustento; que «la verdadera felicidad es crear obras que no desaparecen en un día, sino que

perduran durante siglos» es algo que ninguno de ellos sueña en voz alta y sólo lo hace «con resignación el repostero de la corte».

El Judas de Leonardo es una novela ingeniosa sobre los tres grandes discursos de la edad moderna: dinero, amor y arte. La novela está construida de manera voluntariosa y precisa; los discursos están cuidadosamente asignados a los escenarios y los personajes. El codicioso Boccetta se interesa exclusivamente por el dinero, la bella Niccola aparece sólo en la intriga amorosa, y la vida de Leonardo, él mismo lo dice con cierto orgullo, pertenece únicamente al arte: «Yo no sirvo a ningún duque, a ningún príncipe, y no pertenezco a ninguna ciudad, ningún país, ningún reino. Sólo sirvo a mi pasión de ver, de comprender, de ordenar y crear, y pertenezco a mi obra».

El comerciante bohemio Behaim actúa como protagonista en la intriga del dinero y del amor: él traiciona su amor por cobrar una deuda. Sólo un personaje de la novela juega en los discursos del dinero, del amor y del arte un papel principal: Mancino, un poeta de origen desconocido que, como subraya su balada, no se conoce verdaderamente: «Y qué soy yo en este mundo sino un mercachifle que negocia con lo que tiene en un momento dado, unas veces con versos, otras con mujeres». Ese Mancino, el lector lo averigua, ama a Niccola tan desinteresadamente como a su poesía, pero como no puede vivir de ninguno de los dos amores, ha de prestarse a toda clase de servicios ruines y negocios oscuros.

Los personajes principales de la novela, el viejo codicioso y su bella hija que se enamora de un ser indigno, el mercader que traiciona su amor, el poeta de origen desconocido, todos ellos son figuras artísticas de la tradición literaria pero viven en una novela histórica.

2

Sin preámbulos, transporta Leo Perutz al lector del *Judas de Leonardo* a los aguaceros lombardos de marzo de 1498 y pronto, hasta el conocedor de la historia de Milán, de la vida y

obra de Leonardo y de Villon, tendrá dificultad para distinguir lo que es verdad, lo que es leyenda y lo que es ficción en esta novela moderna. Ya el primer capítulo brinda una excelente ocasión de comprobarlo. Que Leonardo fue exhortado el 29 de junio de 1497 por el secretario del duque Ludovico Sforza a que concluyese los trabajos de la Cena del refectorio del convento de Santa María delle Grazie es un hecho documentado, pero no la descripción que hace Perutz del encuentro que tiene lugar entre el duque, el prior y Leonardo. ¿Una bonita ficción? No, una bonita leyenda que ya en 1554 aparece en los *Discorsi* de Giovanni Battista Giraldi -que la presenta como un relato verdadero de su padre- de donde la podría haber tomado, embelleciéndola, Vasari para la segunda edición de sus *Vite* (1568). En la Vita de Leonardo de Vasari, el prior del convento se queja al duque con tanta insistencia por el retraso de Leonardo «que éste se vio obligado a mandar venir a Leonardo y a instarle con la mayor amabilidad a que terminase la obra». Leonardo se justifica ante el duque «algo a lo que nunca se habría prestado frente al prior».

Expuso al duque la esencia del arte y le explicó que los espíritus sublimes crean a veces más cuando menos parecen trabajar, es decir, cuando conciben su obra en la mente y se hacen una idea exacta de la misma, de manera que después las manos sólo han de reproducir y ejecutar lo que ya se encuentra terminado en la idea. Reconoció también, que aún le faltaban dos cabezas; en primer lugar, la del Salvador que no tenía intención de buscar sobre la tierra; […]. Algo parecido le ocurría con la cabeza de Judas, pues por mucho que se esforzase, le parecía imposible imaginar el rostro del apóstol que había sido capaz de traicionar a su señor, el creador del mundo, que tanto bien le había hecho […].

Leo Perutz, que ya en la Viena de 1937 empezó a estudiar numerosas fuentes para su proyecto del *Judas de Leonardo*, tomó sin duda la leyenda de Vasari como punto de partida para la construcción de la trama de la novela. Es evidente que Perutz también leyó los escritos del propio Leonardo de los que tomó para su novela muchas citas directas e indirectas. El

discípulo de Leonardo, Marco d'Oggiono, el matemático Fra Luca Pacioli, los tañedores de lira y poetas de la corte, el novelista Bandello, todos ellos, y muchos clientes asiduos de la taberna del Cordero son figuras históricas y como tales armonizan bien con los personajes de ficción Boccetta, Behaim, Niccola, el cerero y el patrón del Cordero, cuyos modelos deberían buscarse antes en Moliere y Shakespeare que en la historia de Milán.

Pero Perutz no sólo reúne figuras históricas e imaginarias, en el tratamiento de los personajes históricos también maneja con mucha libertad la historia y la ficción, como puede verse en el personaje de Mancino. En su boca pone Perutz una admirable versión de la «Ballade des menus propos» de Villon, la «Balada de las cosas que conozco y de una cosa que no conozco». En verso y prosa, Mancino «cita» a Villon repetidamente, y con estos montajes de citas Perutz alcanza a veces grandes efectos, por ejemplo, cuando deja que el piadoso Mancino pronuncie en su lecho de muerte el verso blasfemo -que en Villon aparece en un contexto completamente distinto-: «Notre Seigneur se taist tout quoy» («Nuestro Señor persiste en su silencio»). El hecho de que François Villon, que nació probablemente en 1431 y cuyo último rastro documentado data de 1463, reaparezca en el Milán de 1498 afectado de amnesia en la figura de Mancino como «un joven enamorado», aunque en opinión de Behaim «más que un galán, parecía la mismísima muerte descarnada», constituye en verdad una construcción audaz que pertenece exclusivamente a Perutz, pues las leyendas habituales dejan morir a Villon en Bélgica o en Inglaterra o le hacen regresar al final de sus días a Francia, como cuenta, por ejemplo, Rabelais. Perutz celebra finalmente un triunfo irónico sobre los hechos históricos al dejar que Villon, cuya vida alcanzó, casi de manera exclusiva, notoriedad pública por sus robos, sufra en su novela a través de la figura de Mancino la herida mortal, cuando Mancino, un cómplice caballeresco, se presta a llevar a Boccetta el dinero que sustrajo Niccola.

La ironía con que maneja Perutz el concepto de la novela histórica se pone especialmente de manifiesto en el «Comentario final del autor» donde reconoce la libertad y audacia de su construcción al dejar que Villon siga viviendo en Mancino. La primera clave de ese comentario final reside en que el autor no argumenta con una sola palabra en favor de la plausibilidad de su construcción. En lugar de ello remite al lector a las conclusiones que puede sacar de esa construcción. Si el lector la acepta, Mancino, alias Villon, pronuncia en la novela los versos del poeta francés con todo el derecho; si no la acepta, deberá considerar que el vilipendiado Mancino es también un plagiario. En la formulación que hace Perutz de esta alternativa, se encuentra la segunda clave del comentario final: el autor, que surge para hacer frente al reproche del plagio, ya no aparece en ese comentario. Delega la responsabilidad de la utilización de los versos de Villon en su figura literaria Mancino a la que dedica como plegaria precisamente un epitafio de Villon…

El lector que esperaba del «Comentario final del autor» alguna aclaración sobre la novela o las intenciones del autor se ve defraudado -pero es compensado con creces por una pieza de enredo magistralmente escenificada donde aparecen el autor, el personaje histórico y el personaje de la novela. Lo único que parece serio en este juego es el amor que siente el autor por su personaje novelesco Mancino-Villon.

3

Perutz trata la historia y la ficción con libertad y soberanía según sus propósitos; en cambio, el orden narrativo de su novela está construido hasta el mínimo detalle. Las premoniciones de los personajes de la novela, que por un lado caracterizan a los propios personajes y por otro, establecen nexos entre acontecimientos muy distantes del proceso narrativo, desempeñan para Perutz un papel especial a la hora de crear una riqueza de relaciones en el desarrollo narrativo. Pocos narradores alemanes de este siglo han hecho de este recurso narrativo un uso tan rico y diferenciado.

Ya al principio de la novela, Perutz se sirve de una forma bastante convencional de premonición del final cuando describe las visiones angustiosas del Ludovico Sforza: «La soledad, aunque sólo durase algunos minutos, le inquietaba y agobiaba; se sentía entonces como si ya hubiese sido abandonado por todos, y un presentimiento sombrío hacía que el más amplio recinto se le estrechase hasta convertirse en un calabozo». En el último capitulo de la novela, el lector averigua que el duque ha perdido en efecto «su ducado, sus bienes, a sus amigos y finalmente también su libertad» y que «pasaba sus últimos años en una prisión situada en lo alto de una roca en la ciudad de Loches».

Una forma de la premonición referida al pasado es empleada por Perutz en el primer encuentro entre Behaim y Mancino. Behaim tiene la impresión «de haberse cruzado ya con ese hombre […] alguna vez en uno de sus viajes»; cuando Mancino se acerca a él con una «expresión fría y distante» piensa Behaim de pronto: «Altivo como uno que es conducido a la horca […], y al instante se dio cuenta de lo disparatada que era esa ocurrencia, pues nadie caminaba altivo hacia la horca, más bien digno de lástima, desesperado, reclamando compasión o quizás también indiferente, si se había resignado con su destino». Este «recuerdo vago» sólo se convierte mucho más tarde en una imagen precisa cuando, conversando con Mancino, Behaim recuerda un episodio ocurrido años atrás en el sur de Francia: «entonces vi subir por la carretera un cortejo, dos alabarderos a la derecha y dos a la izquierda, que conducían a la horca a un hombre que caminaba entre ellos y ese hombre erais vos. Pero no teníais aspecto de delincuente, caminabais orgulloso, con la cabeza alta como si estuvieseis invitado a un banquete ducal». Sólo el segundo recuerdo «fructífero» convierte el primer recuerdo «censurado» en una premonición y esa premonición se refiere al pasado de Mancino en el que Behaim quiere poner un orden que para Mancino es inaccesible y carente de importancia.

La premonición más clara y enfática de la novela la tiene el propio Mancino en el cuarto capítulo cuando predice a

Behaim que volverá a ver a su «Anita»: «Y recordad lo que os digo: temo que las cosas tendrán un final desastroso para la muchacha. En ese caso también lo tendrá para vos, os lo advierto. Y quizás también para mí».

Esta triple profecía se cumple en la novela: para el futuro «Judas» Behaim, para Niccola que pierde a su amado, y para Mancino que pierde su vida. Que Mancino formule tan ambiguamente el pronóstico que se refiere a sí mismo, guarda sin duda relación con el estribillo de su balada: «Lo conozco todo, menos a mí».

El caso más interesante de una premonición se encuentra en la conversación entre Behaim y el pintor D'Oggiono que en el capítulo cuarto aparece pintando unas bodas de Cana. Behaim piensa en un reencuentro con su «Anita» y reflexiona sobre lo que le dirá cuando llegue esa ocasión. En ese momento, D'Oggiono, que está terminando la imagen del Salvador, cita las palabras de Jesús, «¡Mujer, qué tengo yo que ver contigo!» (Jun.2, 4). «Behaim miró atónito a D'Oggiono que había pronunciado esas palabras en voz alta, parecía como si por obra de magia D'Oggiono hubiese leído la pregunta en su frente y la hubiese contestado siguiendo una intuición» -se siente aliviado cuando el pintor aclara la situación. En el capítulo decimotercero Behaim explica al maestro Leonardo y a sus discípulos cómo ha conseguido cobrar la deuda de Boccetta valiéndose de una artimaña. Cuenta cómo tomó de Niccola el dinero de su padre, cómo la despidió y cómo ella le llamó una «mala persona»: «Pero yo pensé en las palabras que vos -se dirigió a D'Oggiono y señaló el arca con la representación de las Bodas de Cana- dejáis pronunciar al Salvador en esa boda: "¡Mujer, qué tengo yo que ver contigo!". Y le mostré la puerta».

En la primera utilización, la cita del evangelio de San Juan no contiene ninguna premonición -Behaim comete un error de asociación al interpretarla como respuesta a una pregunta que ni siquiera ha formulado en voz alta. Sólo cuando recuerda más tarde la cita y la repite ante Niccola, convierte la primera

utilización en la premonición del final de un amor que todavía no ha comenzado.

4

Oh vana gloria delle urnane posse!

DANTE, Purgatorio, 11 canto, v. 91

En el capítulo duodécimo del *Judas de Leonardo* se le concede al chambelán Antonio Benincasa el honor de «poder recitar al sufriente duque los versos de Dante», y lee aquellos versos del canto undécimo del Purgatorio donde el iluminador de libros Oderisi da Gubio, refiriéndose a su arte, lamenta con palabras elocuentes la vanidad de la fama terrenal. En este pasaje de la novela se aborda abiertamente el tema que en la acción cambiante en torno al dinero, el amor y el arte permanece más bien en un segundo plano, y que, sin embargo, constituye un tema principal permanente: la vanidad de las cosas. En una escena burlesca de la novela, el cerero formula el tema con la expresividad propia de su ámbito vital: «Después de la muerte, el mayor destructor es el tiempo, y al vinagre no se le nota que también fue vino un día», y antes de morir Mancino insta así a sus amigos: «Os pido que lloréis mis días perdidos, han pasado tan veloces como la lanzadera del tejedor».

El tema de la vanidad de las cosas se acentúa eficazmente por medio de la estructura cronológica de la novela que arranca en el año 1498 con los sombríos presentimientos del duque Ludovico Sforza y cuya acción principal tiene lugar ese año; su último capítulo se desarrolla, sin embargo en 1506, cuando las visiones angustiosas del duque ya se han hecho realidad. Al final de la novela, cuando Behaim regresa a Milán, es como si llegase a otra ciudad y otra época; aparte de Niccola y su marido, el escultor Simoni, Behaim no encuentra a ninguno de los antiguos personajes de la novela, y a aquellos dos, no los reconoce. Con este final los acontecimientos lejanos acaecidos en la suntuosa corte de Ludovico Moro adquieren el carácter de pérdida irrecuperable. Pero ya durante esa etapa brillante hay indicios inconfundibles del carácter

efímero de la buena vida de Milán, como pone de manifiesto la visión del exilio de Leonardo: «[…] y se vio en un país extranjero, muy remoto, sin amigos ni compañeros, sin hogar, solo y en la mayor indigencia dedicado a las artes y las ciencias». Pero el problema de la falta de patria afecta también a otras figuras de la novela. Sin duda el prototipo del apatrida es Mancino, el poeta sin memoria que una veces fantasea «que es el hijo de un duque o de algún otro noble», que otras se queja «de no haber sido nunca más que un pobre vagabundo, de haber soportado mucha hambre, frío y otras calamidades y de haber pasado rozando la horca en varias ocasiones». Incluso el avaro Boccetta es un hombre, «que perteneció antaño a la nobleza de la ciudad de Florencia». El poderoso duque Ludovico Moro, cuya corte es el escenario de los capítulos primero y duodécimo, termina, lejos de la patria, en una prisión francesa; el mentor del príncipe ducal es «un griego que se había convertido en apatrida tras la caída de Constantinopla», y hasta Behaim reconoce en la única etapa simpática de su vida, es decir, cuando está enamorado, el carácter apatrida de su inquieta existencia: «¡Dios mío, qué vida que he llevado todos estos años! De un lado para otro, a caballo, en barco, a tierras griegas, turcas, moscovitas, luego otra vez a Venecia, a los almacenes. Y de nuevo a los mercados, a las cortes, siempre detrás del maldito dinero».

Leo Perutz no escribió en su vida ningún texto autobiográfico, y su insistencia estricta en la autonomía del arte no le permitió nunca incluir elementos autobiográficos en sus textos literarios. No obstante, cabe suponer que los temas de la transitorie-dad y de la falta de patria guardan una cierta relación con la época y las condiciones en que fue creada la novela. Ya en la Viena de la segunda mitad de 1937, había comenzado Perutz a documentarse de manera intensiva antes de ponerse a escribir *El Judas de Leonardo*; tras la entrada de las tropas alemanas en Austria y durante el exilio en Palestina suspendió temporalmente sus trabajos sobre la novela. En Tel Aviv se ocupó intensamente de problemas matemáticos y se dedicó a otros propósitos literarios antes de abordar de nuevo *El Judas de Leonardo* en 1941. Entre 1941 y 1947 escribió

paralelamente en las novelas *Nachts unter der steinernen Brücke y el Judas* que volvió a abandonar entre 1947 y 1951 para terminar primero la novela de Praga. Desde 1951 hasta siete semanas antes de su muerte, el 25 de agosto de 1957, Perutz se dedicó exclusivamente al *Judas de Leonardo*. Tal vez la «calma artística» que se había instalado en su trabajo literario en la última fase de su vida estaba motivada por el exilio de Perutz. En 1942 escribía a un amigo:

Trabajo, ciertamente, ¿pero para quién y para cuándo? El mundo escuchará y leerá después de la guerra cosas muy distintas de las que elaboro aquí tan arduamente detrás de un alambre de espino intelectual y que sin ninguna vivencia y sin ningún acontecimiento notable invento y redacto en un alemán pulcro. Con nadie puedo hablar una palabra sobre problemas de trabajo o sobre ideas.

El Judas de Leonardo es una novela histórica que presenta a través del ejemplo del Milán de Ludovico Sforza la grandeza y fransitoriedad de aquella cultura europea a la que estuvo ligado Perutz toda su vida y de la que nunca se vio separado tan dolorosamente como durante su exilio en Palestina.

5

Realmente, el hombre no se diferencia del animal,

salvo en lo accidental, que hace que él sea una cosa divina;

pues donde la naturaleza deja de crear sus copias, allí

comienza el hombre a hacer de las cosas naturales, con la ayuda de la

naturaleza

imágenes infinitas que no son necesarias para aquel

que se limita buenamente, como hacen los animales;

en los propios animales no hay que buscar una disposición para ello.

LEONARDO DA VINCI

Es evidente que Leo Perutz sabía que convertir a Leonardo da Vinci en personaje de una novela histórica era una audacia mucho mayor que dejar que el legendario Frangois Villon perviviese, perdiendo la memoria y el nombre, en una figura novelística. Por esa razón, Perutz no escribió una novela historicoartísti-ca sobre el Leonardo de la Cena; no hizo una descripción literaria del cuadro como había hecho Goethe en su famoso comentario-Bossi y no dedicó una sola frase a la interpretación historicoartís-tica de la obra de Leonardo. Describe la figura de Leonardo desde una gran distancia y, en general, le deja pronunciar frases que nos han llegado de él o que se inspiran en ellas.

Además de todas las otras funciones complicadas que desempeñan en la novela, las figuras de Leonardo y de Villon sirven a Perutz para ilustrar problemas filosoficoartísticos generales. Leonardo es representado como el artista «problema» ebrio de afán cognitivo como le había caracterizado Sigmund Freud en 1910: «Del cuadro le interesaba sobre todo un problema y detrás de éste veía surgir otros innumerables problemas tal como solía hacer en su interminable e inacabable estudio de la Naturaleza. […] En el pasado, el artista había puesto a su servicio al investigador, ahora el servidor se había convertido en el más fuerte y sometía a su amo».

«Quien no sea capaz de conocer y comprender exactamente la anatomía de los nervios, de los músculos y de los tendones», explica Leonardo al poeta Bellincioli en la novela de Perutz, «debería pintar un manojo de rábanos, pero no el cuerpo humano». Antes de iniciar el propio proceso del dibujo y de la pintura, Leonardo tiene que resolver siempre problemas nuevos, problemas cada vez más complicados, y el tesorero ducal no se equivoca cuando atribuye el periodo de «calma artística» que se ha instalado en la creación de Leonardo, al exceso de conocimiento que pesa sobre el artista. Naturalmente, la terapia que propone el tesorero es ilusoria: «Debería olvidar un poco de su arte y de su saber, para realizar otra vez obras hermosas».

Respecto a la figura inconclusa del Judas, Leonardo posee la solución cognitiva del problema en forma de una -por cierto muy moderna- interpretación del pecado de Judas, pero para acceder a ese concepto claro del pecado de Judas le falta la percepción. Por otro lado, Perutz nos muestra que «las percepciones sin conceptos son ciegas» (Kant), al dejar que Leonardo se cruce dos veces con Behaim. En las dos ocasiones éste tiene agarrada su bolsa, como el futuro Judas de la *Cena*, «Pero messere Leonardo, que estaba con sus pensamientos en el Judas de su Santa Cena, no tuvo ni una mirada para él».

Sólo Mancino, que poco antes de su muerte llama la atención de Leonardo sobre el «Judas» Behaim, consigue asociar el pecado de Judas a la figura que corresponde al concepto. Esta función decisiva para la creación de la Cena sólo es capaz de asumirla Mancino porque está concebido como antagonista de Leonardo: él es el artista que crea de manera inconsciente, para quien el amor significa más que el conocimiento y el saber. Por lo tanto, no es un capricho estético que Perutz deje actuar a Mancino como mediador entre los discursos del dinero, del amor y del arte, y a Leonardo, en cambio, exclusivamente en el ámbito del arte. Porque Leonardo no ama. Freud ha expuesto en su estudio sobre Leonardo que un hombre como él es capaz de concentrar todas las energías del amor, en la investigación y el conocimiento: «Un hombre así investigaría, por ejemplo, con la entrega apasionada que dedicaría a su amor, y podría investigar en lugar de amar».

En la novela, Leonardo explica a la amante del duque por qué no ha terminado aún su *Cena*: «La verdad es que estoy unido a esta obra como el amante a la amada. Y como sabéis, la amada rechaza a menudo, malhumorada y arisca, a quien solicita su amor con pasión». Precisamente la distancia irónica permite a Leonardo establecer aquí la comparación abierta entre la obra y una amada.

Al contrario que Leonardo, el artista reflexivo, consciente de los problemas, Mancino-Villon es el poeta ingenuo que crea inconscientemente. Aunque opuestos en cuanto a la

producción de sus obras artísticas, Leonardo y Mancino se tienen un gran aprecio, y el alto grado de entendimiento que existe entre ellos se percibe claramente por el hecho de que Mancino es capaz de mostrar un «Judas» a Leonardo aunque no conoce el concepto que tiene Leonardo del pecado de Judas.

Perutz no revela en su novela que tiene preferencia por uno de los dos tipos de artista -la clave de esta novela es quizas que el contexto en el que tiene lugar la génesis del producto artístico carece de importancia para la obra de arte terminada. Desde la perspectiva de la Cena terminada, la variada trama de la novela en torno al dinero, el amor y el arte sólo tenía el sentido de proporcionar una expresión formal al concepto del pecado de Judas; en el momento en que la figura de Joachim Behaim queda ligada a ese concepto y Leonardo concluye la Cena, ésta se independiza como obra de arte de los contextos históricos de su génesis.

Perutz ilustra de una manera magistralmente irónica esta independización de la obra de arte respecto al contexto de su génesis, por medio del nombre de «Judas» que en la novela lleva una vida personal errante antes de concretizarse como *Judas de Leonardo*. Al principio de la novela, Leonardo no presta atención a Behaim, su futuro modelo de Judas, porque «se halla en pensamientos con el Judas de su Santa Cena». El concepto del «Judas de la Santa Cena» se refiere aquí a algo inconcluso, una mera idea relacionada con el concepto del pecado de Judas que aún no ha encontrado una forma.

Cuando Behaim regresa en 1506 a Milán y se halla en el refectorio del convento de Santa María delle Grazie frente a la *Cena* terminada, las gentes se dicen unas a otras la frase -memorable también para los filósofos que analizan el lenguaje-: «Judas ha contemplado al Judas». El segundo «Judas» de esta frase se refiere sin duda al Judas pintado de la *Cena* de Leonardo. El «Judas» más interesante de esta frase remite, sin embargo, a Behaim para quien la conclusión de la Cena tiene la importancia de un «bautismo»: él ha perdido su

nombre de pila y, a partir de ese momento, lleva el nombre del apóstol que traicionó a Cristo.

Si en la frase «Judas ha contemplado al Judas» sólo desaparece el nombre de Behaim detrás del de Judas, en la última frase de la novela se pone toda la existencia de Behaim bajo el signo de Judas. A la pregunta si sigue queriendo a Behaim, Niccola responde a su marido, el escultor Simoni: «Créeme, nunca le habría amado, si hubiese sabido que lleva el rostro de Judas». Para Niccola la existencia de Behaim ha desaparecido hasta tal punto detrás de la figura del Judas de la Cena que no se da cuenta de la paradoja de su afirmación - pues evidentemente no es Behaim quien lleva el rostro de Judas, sino que es el Judas de la Cena quien lleva el rostro de Behaim. En el título de la novela, Leo Perutz resume todas las alternativas del nombre de «Judas» en una abreviación concisa. Como expresión ambivalente, *El Judas de Leonardo* remite en primer lugar a Joachim Behaim, en segundo lugar al concepto leonardiano del pecado de Judas y en tercer lugar a la representación de Judas en la Cena. Como expresión de un solo sentido *El Judas de Leonardo* remite a una gran novela histórica de Leo Perutz.

NOTA EDITORIAL

1. Sobre la historia del texto

«¡El libro está concluido!», escribió Leo Perutz el 4 de julio de 1957 en su agenda. El 25 de agosto de 1957 murió en Bad Ischl. No es posible reconstruir con detalle de qué manera se dispuso, tras la muerte del autor, del manuscrito que él había escrito con su habitual esmero. De la correspondencia editorial existente, tampoco se desprende quién pidió a Alexander Lernet-Holenia que realizase una corrección del manuscrito. Lernet-Holenia deja abierta esta pregunta en la «Nota final» que acompaña la primera edición de la novela de 1959:

Este libro es el último en el que trabajó Perutz. Tras la muerte del escritor, acaecida el 25 de agosto de 1957 en Bad Ischl, se me pidió que revisase y preparase para la imprenta el

manuscrito terminado. Me he sometido a esa tarea con sumo gusto y respeto, ya que siempre he considerado a Leo Perutz como a un maestro a quien admiro de manera especial.

Como el manuscrito del *Judas de Leonardo* es un ejemplar terminado y cuidadosamente corregido por el propio autor, no es del todo comprensible que se pudiese llegar a la idea de que la novela no estaba terminada o que al menos necesitaba una revisión. La decisión de realizar una revisión es tanto más sorprendente cuanto que la editorial y los amigos del autor deberían haber tenido conocimiento de que Perutz era sumamente sensible y, por nada de este mundo, habría permitido que alguien corrigiese un manuscrito terminado. Pero una vez tomada la decisión de realizar una revisión, era natural que se encomendase esa tarea a Alexander Lernet-Holenia. Perutz había «asistido al parto» de la primera novela de Lernet-Holenia y los dos autores estuvieron unidos desde 1929 hasta principios de 1938 por una relación amistosa que fue retomada a principios de los años cincuenta.

Es indudable que Alexander Lernet-Holenia realizó la revisión con la mejor intención y según su leal saber y entender. No obstante, llevó a cabo ese trabajo bastante deprisa. Ya el 12 de septiembre de 1957, o sea, tres semanas después de la muerte de Perutz, escribió en una carta que había concluido los trabajos de corrección de la «novela póstuma de Perutz».

Tras el examen minucioso del manuscrito de Leo Perutz y la comparación de su texto con la versión de Alexander Lernet-Holenia se llegó a la conclusión de que no existía ninguna razón para que la presente edición no se basase en el auténtico texto perutziano del *Judas de Leonardo*. Éste se publica aquí por primera vez.

2. Sobre la presente edición

La presente edición sigue al pie de la letra el manuscrito del *Judas de Leonardo* concluido por Leo Perutz que se guarda en la Deutsche Bibliothek de Frankfurt am Main. Algunos errores ortográficos sin importancia fueron corregidos sobre la

marcha. De acuerdo con la editorial se conservaron dos modificaciones respecto a ese manuscrito que se llevaron a cabo para la primera edición de la novela en la editorial Zsolnay en 1959. La grafía regional empleada por Perutz del nombre «Lionardo» se sustituyó en todos los casos por «Leonardo»; también se conservó el título *El Judas de Leonardo* que eligió la editorial; en el manuscrito de Perutz el título es: *El Judas de la Cena*.

Como Perutz daba, según sus propias declaraciones, mucha importancia al ritmo sintáctico, sólo se modernizó con mucho cuidado la puntuación (siempre se puso, por ejemplo, una coma entre dos oraciones principales unidas por una «y»).

El empleo de mayúsculas y de minúsculas se adaptó a la ortografía actual; finalmente se unificaron los apostrofes empleados de manera inconsecuente por Perutz.

H.-H.M

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

09/07/2008

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/